1- Yo.

Hola, me llamo Fran, y, si tuviera que definirme, diría que soy un "desarraigado", pero no voy a hacerlo, me refiero a definirme. Vivimos en los tiempos de las etiquetas. Este es el mundo de las marcas; todo está bien definido y bien etiquetado... La música, la gente, las pelis, las enfermedades... A mí nunca me han gustado mucho las etiquetas. Son engañosas, te aprisionan dentro de un círculo tan falso como absurdo.

Al margen de eso, y volviendo de nuevo el principio, es cierto que me siento un "desarraigado". No sé exactamente, lo que eso quiere decir, pero supongo que me refiero a lo desubicado y diferente que me siento al resto del mundo, a la gente que me rodea, a la sociedad que me presiona para que sea de una cierta forma, para que piense y actúe de una determinada manera. Llámame paranoico, pero, de alguna manera que no sé explicar, siento que "algo" abstracto e impersonal nos manipula. No es que sea un tipo de esos, quiero decir un antisistema, o un anarquista, un inconformista, ni nada por el estilo. Al contrario, solo aspiro a que me dejen vivir tal como yo intento dejar vivir a los demás. Tan solo quiero que me dejen en paz. Es difícil vivir en un mundo que no comprende, que te menosprecia, que te explota, que te hace invisible, que te miente sistemáticamente. No soy un idealista. Puedo llegar a comprender que el egoísmo, el miedo, la agresividad, etcétera, formen parte de la condición humana. Pero no logro entender el egoísmo gratuito, la violencia innecesaria, la hipocresía absurda que exhibimos tan alegremente. Es por eso que digo que me siento desubicado, desarraigado.

En mi expediente, pone algo así como que sufro "crisis de identidad". Bueno, no me importa. Ellos han intentado "curarme", pero supongo que ya se habrán dado por vencido, o no. Creen que, por encerrarme aquí, han asesinado mi libertad, pero hoy no me siento menos libre que cuando vagaba por el mundo, como un trozo de hoja errante, aventada por el viento. Sesiones y más sesiones, en las que el psiquiatra intenta no mostrar su aburrimiento ante interminables horas de terapia, para tratar de corregir mí "disociación de personalidad", o mi "desapego emocional de la realidad y de los demás". Lo cierto es que no comprendo este mundo, tanto como este mundo no me comprende a mí, ni a muchos otros. Esta sociedad no puede tolerar alguien como yo. Alguien que no quiera caminar bajo sus pisadas, que quiera salirse del rebaño, que no comparta sus dogmas de racional consumismo, que quiera tener su propia individualidad, que trate de no estar al servicio de los intereses de los poderes económicos. Ellos no pueden comprender eso, no pueden comprender que no admire a los trepas sin escrúpulos de turno, a los famosillos que llevan a la cúspide de la popularidad por cosas absurdas y banales. No pueden entender que no admire a los iconos de la música, del deporte, de espectáculo, auténticos "showman" e lo superficial. No pueden entender que admire a gente como Jesucristo, Gandhi, Einstein, Lao Tse Tung, Teresa de Calcuta... Creo que a veces, lo mejor, es la resistencia pasiva, es decir, no hacer lo que ellos esperan que hagas. Oponerse implica desgaste, adaptarse es fluir. Siempre hay que fluir, fluir en la corriente de las cosas. También, alguien dijo una vez, que hay más felicidad en dar que en recibir, y eso es algo que perturba a la gente, que las confunde.

Me niego a utilizar esas drogas químicas, visuales, emocionales o ideológicas, que ellos suelen recetar. Drogas que utilizan para que uno no se pare a pensar, o a sentir aquello que me hace

sentir insatisfecho, dolido, enojado, insatisfecho, vacío. Eso es algo que también les perturba. No pueden concebir el hecho de que alguien no esté dispuesto a competir con los demás, a pisotearlos, a renunciar a ser un miembro más de esta sociedad del placer y del consumo irracional, a ver las cosas con sus propios ojos. Supongo que algún día se cansarán de mí, me darán por perdido, y puede que, tal vez, hasta me dejen en paz. Es ley de vida, todo tiene un final. Es el ciclo de la vida, y esto puede que también lo tenga. Solo necesito paciencia. A veces resulta muy difícil, pero, por alguna razón, estoy aquí, y he de aceptarlo. No hacer nada para evitarlo, implica dejar que todo ocurra de forma natural. Mientras tanto, me dejaré llevar por el viento de la vida, y trataré de ser lo menos infeliz que pueda...

María.

Os voy a hablar de María. Es una chica muy simpática, aunque algo insegura. Se siente insatisfecha. Trabaja en una empresa, de administrativa. No se siente valorada. Demasiadas horas, poco sueldo, ambiente laboral algo tenso... No es feliz. Cree que la felicidad viene envuelta en un paquete con papel de regalo, lacitos, y todo eso. Mientras se toma el café de la mañana, mira al vacío y se siente cansada, aburrida, harta. Sabe que hoy será igual que ayer, y que todos los demás días serán iguales al de ayer y al de hoy. Pocas cosas la satisfacen, pocas la alegran. Ha crecido oyendo que, para ser feliz, tiene que ser una mujer autosuficiente, emprendedora, hermosa, sofisticada, triunfadora... Y ella no se ve así. Lo único que le produce verdadera satisfacción, es coger su tarjeta de crédito, e ir de compras. Comprarse un vestido bonito, unos zapatos de tacón, un móvil de última generación, bisutería nueva, cualquier cosa. Ha descubierto un extraño placer en comprar. Se siente bien, se siente importante, se siente distinguida. Sueña a menudo, sueña incluso despierta. Sueña que le toca la lotería, o la primitiva, que se hace millonaria, que viste de forma distinguida, y ese tipo de cosas. Después se siente deprimida, y se siente ridícula, por albergar esos sueños, afilados como cuchillos, dentro de su mente, y se siente entonces frágil y triste y desdichada.

Le encanta ponerse delante del televisor, y ver esos maravillosos anuncios, en los cuales se ve una preciosa chica que compra un coche deportivo, y todos los chicos la miran con libidinoso deseo, o se ven chicas que, de forma clamorosa y sexy, exhiben vestidos de temporada, de la diseñadora con más estilo, o de la boutique de moda. A veces, muy a menudo, se imagina que es una exitosa actriz de cine, y que desfila, con un impresionante vestido, por una alfombra roja, o que es una cantante muy popular, que es asediada por sus fans, o, por lo menos, una famosilla de turno, en uno de esos programas casposos. Cree que eso es la felicidad.

Tiene amigas, algunas amigas, unas pocas amigas, pero la suelen mirar por encima del hombro. Básicamente sus compañeras de trabajo. Cuando hablan con ella, lo hacen con un cierto desprecio, que ella se esfuerza en ignorar, a fuerza de la práctica que da la costumbre. A ella le parecen tan inalcanzables, tan guapas, tan seguras de sí mismas, siempre hablando de las mismas cosas frívolas... Adónde fueron y con quienes salieron, las conquistas que hicieron, lo que compraron, lo mucho que les gustó esta o aquella cosa en alguna tienda, lo que hicieron el fin de semana...

Una vez, hace algún tiempo, tuvo una amiga, una amiga de verdad, y un novio, pero, a fuerza de reflejar lo insegura y patética que se sentía, ellos se fueron alejando poco a poco de su vida, tal vez asustados, de que ese sentimiento negativo y ese espíritu de insatisfacción y autocompasión, al final, les impregnará tanto, que terminasen por ser absorbidos y atrapados por este. Lo cierto es que estuvo muy deprimida y triste, por tres o cuatro días, pero el hecho de que estuviesen las rebajas correspondientes a las puertas, fue la mejor terapia contra esos desdichados sentimientos. Fue ahí donde descubrió el placer de comprar. Y es que así es María, muchas son las cosas que le hacen sentirse triste y desdichada, a veces ni siquiera ella sabe por qué, y lo único que ahoga esos sentimientos, es ir a los grandes almacenes, y comprarse algo, lo que sea. "Después de todo, me lo merezco,", piensa. En su universo interior, no existen metas, ni cosas por conseguir, solo fantasías, que las vicisitudes de la vida hace desaparecer. Y eso la frustra mucho, y cuando eso ocurre, vuelve a recurrir a las tiendas.

Pero no siempre tiene dinero para gastar. Hay cosas que pagar: el agua, la luz, la comida, el transporte, el alquiler... Y el sueldo es escaso. Y eso de ir a una gran superficie, sabiendo de antemano, que no podrá comprar, la deprime muchísimo, la enfurece, la decepciona. Entonces recurre a la tele tienda. Se sienta frente al televisor, y pone uno de esos canales, en los que siempre te ofrecen algo que te cambiará la vida. Y contempla los artículos, la gente que habla de ellos y cuentan sus experiencias personales, los que los presentan, y toda esa parafernalia, sintiéndose "a salvo" en su sofá, y en su intimidad, diciéndose a sí misma que, la mayoría de esos artículos, no son lo que parecen.

A María le encanta ver los anuncios de navidad, o los anuncios de la lotería, dónde parece tan sencillo ganar y tener todo lo que deseas. Pero, cuando abre los ojos a la realidad, se siente desdichada, mediocre, frágil y quebradiza. Entonces vuelve a salir a la calle y se pone a ver escaparates. Mira los maniquíes, y estos le hablan. Le pasó una vez, hace algún tiempo, cuando miraba un pequeño escaparate, con dos maniquíes, y uno, de repente, le guiñó un ojo. Ella se quedó sorprendida, y se frotó los ojos, pensando que era una alucinación suya, o algo así, pero, de pronto, ve que el otro maniquí la mira con cara de disgusto, y entonces ambos, percatándose de que ella los observaba, se quedan quietos, inmóviles de nuevo, por unos treinta segundos. Cuando ella ya se estaba convenciendo de que eran imaginaciones suyas, el primero le hace una seña para que entre. Ella, asombrada, le pregunta, con un discreto ademán, si hablaba con ella, y ante su estupor, le contesta que sí con la cabeza. En ese momento no sabe si echar a correr o entrar, y, ante unos intensos segundos de duda, entra en la tienda, y se dirige a estos, ignorando la dependienta que, con una sonrisa en la boca, le da los buenos días, y le pregunta si puede ayudarla en algo. Ella no responde nada. Está anonadada. Solo señala a los maniquíes y balbucea algo, que la dependienta interpreta como que va a ver la ropa del escaparate.

-Hola...-le dice tímidamente a uno de los maniquíes,- me ... has dicho que... entrara... –el muñeco no responde, y la dependienta comienza a preocuparse.- ¿No dices nada?- María se muestra dubitativa, ciertamente desconcertada.- Me hiciste señas para que entrara...- El maniquí permanece impasible, sigue sin responder.

Entonces, entran varias personas a la tienda, y se ponen a hablar con la dependienta, y esta se enfrasca con ellas, intentando buscar el producto que éstas le piden.

-"Ssssss"- le dice el maniquí como mirándola de reojo. Ella se asusta pero se contiene.- No podemos hablar delante de la gente,-le dice en un susurro,- me refiero a la gente normal, ni tú tampoco deberías hacerlo. Creerían que estás loca.

-¡Cállate! ¡No hables con esta humana! No puedes hacer eso...- le dice el otro maniquí, susurrando pero reprochando su acción.

- No te preocupes, ella es diferente.

- ¿Diferente?

- Sí, no es como los otros humanos. ¿No ves cómo nos oye?

- Pero... ¿esto es real?- Pregunta María alucinando, conmocionada, pero eso sí, encantada, sin

percatarse de que la dependienta, entre palabra y palabra, entre Jersey y pantalón, la observa de reojo, sorprendida.

- ¿Tú qué crees? ¿Puedes oírnos, no?

- Sí, puedo oíros…

- Sí, puede oírnos.- Comenta el segundo maniquí, sorprendido.

Como era de esperar, cuando la gente a la que la dependienta está atendiendo, se va al probador, esta se acerca a ella, confusa, y un poco asustada, y le pregunta: "¿Se encuentra bien?"

- Yo... Sí, bueno...- María no sabe qué decir, ni qué hacer...- Es que... los maniquíes...- y los mira de reojo, pero ellos ya están inmóviles de nuevo, sin vida...- No, es que, me gustan las prendas que llevan...

- Ah, bueno, pues aquí las tengo, en estas perchas...- y la dependienta la invita a ir a unas perchas cercanas. María se deja llevar por ella, pero mira de reojo a uno de los maniquíes. Y éste le guiña un ojo, con complicidad.

A partir de ahí, descubre que todos los maniquíes de las tiendas, le hablan, y se convierten en sus mejores amigos, sus únicos amigos. Maniquíes de tiendas pequeñas, de grandes superficies, de almacenes... Ellos le hablan, y le aconsejan. Y por supuesto, ella les hace caso. E incluso muchas veces, les consulta sobre esta o aquella prenda, si le queda bien o no. Esa complicidad tan maravillosa, la cual nunca había sentido con ningún ser humano, le hace que compre uno y se lo lleve a casa. Pero allí la magia no funciona. El muñeco permanece inerte, sus ojos sin vida, su boca no habla, su cara no gesticula... Y ante su frustración, se conforma con hablarles en los espacios comerciales. Incluso les pregunte a ellos por la cuestión. Y ninguno le da una respuesta convincente. "Eso es cómo sacar un pez del agua", y acaba por no darle más vueltas al tema. Pero eso no quita que se sienta diferente, que se sienta bien. Su debilidad compulsiva, parece que cobra cierto sentido. Puede compartir su vida con esos muñecos, a los que nadie más puede "oír" ni "ver", en su estado secreto. Y eso le hace sentirse especial, y también le hace sentirse mejor. Hace que no se sienta una mujer estúpida, ni mediocre o ridícula. Y eso también hace que ya no necesite caer bien a los demás, sobre todo a sus superficiales compañeras de trabajo, ni necesite darles pena para que la incluyan dentro de sus vidas. Ellos son sus confidentes, sus consejeros, sus amigos, sus asesores. Ellos la aconsejan y ella compra. Esa suele ser la dinámica del juego. Tiene su casa llena de cosas. Y un día, ocurre algo especial, mientras disimula, al lado de una maniquí pelirroja, que lleva una blusa de florecitas. Ella habla con el maniquí sobre la ropa que lleva y lo bonito que le quedaría esa blusa. Se dispone, entonces, a comprarla, pero un joven se le acerca y la saluda con amabilidad. María, al principio, se muestra un poco reacia, pero el joven le dice que esa bonita blusa le quedaría muy bien, y ella se queda muda, perpleja, ante las atenciones de este. No está acostumbrada a que los chicos se fijen en ella, y mucho menos que sean tan amables y simpáticos.

- Si te digo una cosa, ¿me guardaras el secreto y no te reirás de mí?- Le pregunta con una sonrisa irresistible. Ella le devuelve la sonrisa, pero su sonrisa es confusa y temerosa.- No sé

cómo decírtelo, sin que parezca ridículo, pero... está guapa maniquí me ha dicho que esa blusa te quedaría genial...- El chico la mira con ojos profundos, y ella da un paso atrás, sin saber bien si salir corriendo o tomarlo en serio. - Creo que me entiendes... Me dice cosas. Habla conmigo. No sé cómo ni por qué...

- ¿Tú...? ¿Tú también...?- Pregunta ella sin pensarlo, emocionada.- Creí que yo era la única que...

- Te entiendo. Hasta hoy, yo también pensaba que era el único, pero ahora veo que no.- Le contesta él.

- Puede que... seamos especiales.

- Sí, no lo había pensado nunca.- Responde el chico como liberándose de un peso.- Déjame preguntarle a ella.- Dice ahora mirando hacia el muñeco femenino.- ¿Por qué habláis con nosotros? ¿Qué es lo que nos hace especiales?- Pero la maniquí pelirroja, permanece inmóvil, sin decir nada, totalmente muda.- ¿Qué te ocurre? ¿No quieres decirnos nada?- Entonces la mira a ella extrañado.

-Son muy reservados. Y muy tímidos. Tal vez por eso…- Responde María, tratando de dar una posible explicación.

- Sí, es verdad. Por cierto, ¿qué haces ahora? Iba a tomar algo al bar. ¿Te apetece?

- Ah... claro...- Responde ella halagada.- Espero que no te importe...- Se dirige, esta vez, al maniquí, y cree ver en éste un tímido ademán de conformidad.- Está bien, vamos.

- Genial, así me explicas un poco, cómo descubriste que tenías ese don, y de qué cosas sueles hablar con ellos.

María y su nuevo amigo se van al bar, y se toman un par de batidos y un bocadillo, y hablan largo y tendido sobre el tema. María piensa que es genial poder hablar con alguien sobre el tema, sin que lo miren como un pirado. Además, le confiesa que es una compradora compulsiva, y a él le parece genial. Después de eso van al centro comercial, y entran en un gran número de tiendas. Sin duda, es el mejor día de su vida. Por primera vez, en mucho tiempo, no necesita que los maniquíes le hablen, ni la escuchen, sólo que lo haga él. Le compra un par de cosas, y ella se siente feliz. Es excitante el hecho de que sea otro el que le compré a ella. Unos bonitos pendientes y un collar de bisutería barata. Luego van al cine, y más tarde, toman algo en una especie de pub. Entonces él la besa, y ella no puede resistirse, es más, en el fondo lo desea. Está medio borracha, alegre, excitada, en una nube, y él, cuando la lleva en el coche hacia su casa, se aparta hacia un lugar oscuro, y después de decirle lo especial que es, comienza a besarla y a tocarla. Ella se siente demasiado excitada como para resistirse, y, por supuesto, no lo hace...

Cuando María llega a su casa, lo hace con una sensación de plenitud y placer que la inunda por completo, y se tira en la cama, encantada. Por fin parece haber encontrado un alma gemela, que la colme de cosas, que la quiera, no solo como amiga, sino como mujer, que comparta sus

secretos y la entienda... y, con esos pensamientos de absoluta felicidad, y placidez, cae en un sueño profundo y agradable...

Por la mañana, no tiene prisa por levantarse, porque es domingo y no trabaja. Lo hace de forma lenta y gradual, rememorando esa tarde y esa noche tan especial. Tiene la impresión de que su vida, de ahí en adelante, va a cambiar. Ya no va a estar sola. Ni va a sentirse un bicho raro. Además, está segura de que va a superar su adicción a comprar de forma compulsiva y descontrolada. Pone un poco de leche a calentar. Le apetece un café con leche para saborear esa bonita mañana. Mientras se hace el café, va al baño, hace pis, se lava las manos y la cara. La cafetera acaba de silbar. Coge una taza, derrama la leche, le echa un poco de café, y dos cucharadas de azúcar, lo remueve, y le da un sorbo. Aquello le sabe a gloria. Está en un estado de felicidad total. De pronto, ve el móvil en el mueble del televisor, y piensa que su nuevo amigo tal vez le haya dejado un Whatsapp o algo, así que deja la taza y coge el móvil. Se lo trae a la mesa, lo pone sobre ella, y comienza a inspeccionarlo. El corazón se le pone a cien cuando comprueba que tiene un mensaje. Lo abre. Parece un vídeo. Tarda un instante en descargarlo, y por fin lo reproduce. Aterrada ve como es su amigo, el que le habla a la cámara, y dice cosas terribles, sobre una loca que le habla a los maniquíes y ese tipo de cosas. A continuación la imagen se enfoca en ella misma, hablándole a dos y lo más terrible no es eso, sino que los dos muñecos no parecen decir nada, están inmóviles, rígidos, mientras ella se siente ridícula al verse a sí misma mantener una especie de conversación ficticia con algo inerte. El caso es que lo recuerda, recuerda ese preciso instante, hasta recuerda lo que hablaban... Algo sobre la nueva temporada primavera verano, y la mezcla de colores pastel con el rojo. Pero en el video ninguno habla, ninguno dice nada, ninguno hace nada. Y, mientras, ese chico se burla de ella, sin misericordia... Sus palabras son como estocadas...

María mira a su alrededor, sintiendo una terrible agonía. Algo explota dentro de sí. Se siente mal, y se siente humillada, furiosa, estúpida, y se da cuenta entonces de todo lo que ha ido comprando, coleccionando, y que no necesita. Todas esas cosas, toda esa ropa, todos esos complementos... Es una mentira. Ella misma se siente como tal. Se siente insignificante y vacía, absurda. Con lágrimas en los ojos, y reprochándose cosas en voz alta, reúne, como fuera de sí misma, una gran cantidad de cosas, despechada, amargada al límite, y comienza a tirarlas por la ventana...

-¡Ahí tenéis! ¡Coged lo que queráis!- grita a la calle con rabia.- ¡Cogedlo todo! ¡No me importa! ¡Nada de esto vale para nada! ¡Todo es mentira! ¡Mentira!

Después de haber tirado bisutería, jerséis, zapatos, bragas y sujetadores, revistas, cajitas de música, rebecas cubertería, y otras cosas, se sienta en el sofá, llorando, destrozada, y deja de gritar el mundo, y entonces habla, habla consigo misma: "¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué me siento tan vacía? ¿Por qué nada tiene sentido? Los días pasan, la gente pasa, mis pensamientos pasan, todo pasa por delante de mí, haciéndome sentir estúpida, ridícula y absurda.. "

"¡Pero ellos me hablan, me hablan! ¡Yo, los oía, y ellos me respondían!

"Se rió de mí, se ha reído de mí..."

"Me dijo que los oye, que él también hablaba con ellos. Fue tan amable conmigo... ¿Por qué la gente es tan cruel? ¿Por qué es tan mala?"

"Necesito hacer algo, algo para olvidarme de toda esta mierda. Necesito ir de tiendas..."

Y, así como estaba, María sale de su casa, y se dirige a un centro comercial. Coge un taxi, y le dice al taxista: "a un centro comercial, necesito desahogarme."

-¿A cuál, señorita?- le pregunta este.

-Me da lo mismo. Lléveme a cualquiera, a uno que sea grande, que esté lleno de tiendas...

El taxista se encoge de hombros, y la lleva a uno que está al otro lado de la ciudad. "Después de todo, si le da lo mismo ir a uno que a otro…", Piensa.

-¿A usted le gusta ir de tiendas?- Le pregunta ella.

-No mucho. Mucha gente caminando de un lado a otro, mucho bullicio... No tengo tiempo para eso. Cuando necesito algo, mando a mi mujer, para que me lo compre. Usted sabe ¿no?

-Pues a mí, sí, a mí me encanta, soy compradora compulsiva. ¿Sabe lo que es eso? Pues que tengo que comprar, es como una enfermedad, necesito comprar para sentirme bien, para sentirme especial. Siento como un hormigueo en mi barriga... una excitación… No sé si me entiende.

-Y ¿qué hace con todo lo que compra?

-No sé, a veces lo utilizo, otras veces lo regalo. Pero casi siempre termino por guardarlo, y lo miro. Me gusta mirarlo, al menos por un tiempo. Mirar lo que he comprado, hasta que me canso de ello, y compro algo nuevo.

-Y ¿no ha ido al médico o algo?

-¿Al médico? ¿Por qué?

-No sé… digo yo.

-Usted piensa que estoy loca, que soy una enferma, o algo así ¿no? Pero, ¿piensa un alcohólico que está enfermo, y que necesita ayuda? ¿Piensa un maníaco sexual que es un maníaco? ¿Un drogadicto que es un enfermo? ¿O piensa la gente que hace lo que los demás quieren, porque quieren ser aceptados, que necesitan ayuda? No, creo que no. Y yo tampoco. Aunque, en realidad, lo sepa. Pero yo no estoy enferma, ni estoy loca, los maniquíes me hablan. Sí, esos estúpidos muñecos con ojos de plástico. ¿Se imagina? Me hablan, y yo les oigo, y le respondo, y ellos a mí. ¿No le parece una auténtica locura? Puede que lo sea, puede que sí. Y un chico que quiso hacerse el gracioso, y de paso, se aprovechó de mí, me refiero sexualmente. Me grabó con su móvil y lo colgó en Internet. ¡Búsquelo! ¡Búsquelo y verá! Con la entrada de "pirada habla con los maniquíes" o algo así, no sé. Vi el video, él me lo mandó, supongo que para reírse un poco. Y, es curioso, ¿sabe qué fue lo que más me fastidió? Sí, me fastidió bastante que ese estúpido me engañará como una pardilla, y se aprovechara de mí, pero lo que más me fastidió, fue ver que hablaba sola, sí, sola, esos muñecos no me

respondían ni me decían nada. Permanecían inertes, inmóviles, muertos, mientras yo hablaba con ellos y les oía responderme. Entonces, ¿cuál es la realidad? ¿Acaso me he vuelto loca, o soy la única que les oye hablar, y a la cual responden?

Entre tanto, llegan al destino, y el taxista la despide mirándola como una loca, con cierto temor. Pero a ella no le importa. Le da algo de propina y entra en el centro comercial. Una vez allí, deambula como ida por los pasillos llenos de gente, hasta que por fin se dirige hacia la sección de moda, dónde hay siete maniquíes, vestidos con ropas de última temporada, y comienza a recriminarles cosas en voz alta:

-¡Sois unos mentirosos, unos malditos mentirosos! ¿Qué tenéis que decir ahora, a ver? ¿Qué tenéis que decir? ¡Vamos, decidme algo! ¿Nada? ¿Ninguno tiene nada que decir? Cuando necesito vuestra ayuda, os quedáis callados como estatuas. Porque eso es lo que sois…- La gente que deambula por allí, observa la escena, unos extrañados, y otros divirtiéndose. Nadie da crédito a sus ojos.- ¿Por qué queréis hacerme quedar como una loca? ¡Sí, señora, sí!- Le dice a una mujer que observa la escena de cerca,- estos malditos muñecos me hablan, pero ahora no quieren decir nada.- Está vez se dirige a los muñecos, refiriéndose a un grupo de señoras maduras que observan, con estupefacción, toda la escena.- ¡Por vuestra culpa ellos piensan que soy una loca...! Tal vez él pensó que yo estaba loca. Si tan solo dijerais algo, ellos no pensarían eso, ni él lo hubiera pensado...

Y, diciendo eso, agarra a uno de los maniquíes por la camisa de estampados negros y celestes, y lo tira al suelo, cual una proyección de Judo.

-¡No! ¡No! ¡Déjame!- le implora el maniquí.

-Ahora sí hablas ¿no, malnacido? ¡Pues, "jódete"!

Tira el primer maniquí, y se dirige a los demás, y comienza a lanzarlos también al suelo, uno tras otro, con rabia, fuera de sí, hasta que llegan los de seguridad y logran detenerla. Por eso, básicamente, trajeron a María aquí, a este centro. La vi cuando la ingresaron. Estaba como ida. Sus ojos fijos en el vacío de la desesperanza. Su espíritu roto, su alma desolada, su mente confusa. Estuvo así, al menos un par de meses. Hasta que, poco a poco, fue volviendo en sí misma, recuperando la noción de las cosas. Sigue un tratamiento de reinserción a la realidad, y otras cosas que tratan los psiquiatras. Hemos hablado mucho, eso es cierto. Hemos conversado sobre la vida, sobre lo que nos pasa, sobre por qué estamos aquí... Creo que esa es la verdadera terapia. No digo que no sea bueno hablar con los doctores, en las horas de terapia individual o colectiva, o seguir un tratamiento, y todo eso. Pero hablar con alguien que está en el abismo, como tú, sin sentir que ningún foco te apunta, sin grabadoras que registren todo lo que dices, sin pretensiones de sanación, o disección, creo que es lo más beneficioso para un alma quebrantada. Después de todo, yo siempre le digo que no estoy aquí, encerrado, por tener ningún tipo de enfermedad mental ni nada parecido, sino por estar demasiado cuerdo para seguir sus rituales de comportamiento programado, porque soy un elemento demasiado subversivo para una sociedad tan modernizada, tan globalizada y estandarizada, y tan superficial. Soy un elemento discordante, algo que les deja perplejo, una oveja negra en un ganado que está perfectamente adiestrado y condicionado...

2. Yo.

Es difícil arraigarte a un lugar, cuando sientes que nada te ata a él. Cuando era pequeño, pensaba que el mundo era un lugar grande, casi infinito. Ahora me doy cuenta de lo pequeño que es. Tan pequeño que no puedes huir de tus propios miedos, vayas donde vayas. Pequeño como para encontrar a la misma gente en lugares diferentes. Confieso que una vez fui idealista. Pensaba que no había ningún tipo de "causas perdidas". Ahora pienso que casi todas están perdidas. Al menos todas las que dependa de algo más que de ti mismo, porque, incluso muchas de las que dependen de ti, también lo son. El ser humano es un ser estúpido e indeciso. Digo en general. Por eso la mayoría de los grandes hombres, que ha habido a lo largo de la historia, han sido incomprendidos, muchas veces menospreciados, e incluso perseguidos y asesinados. Por eso mucha gente se siente tan insegura que necesita el refugio de la mayoría, de la fuerza de la costumbre, del apoyo del resto del rebaño. Es contradictorio, porque, por una parte, actúa de esa manera, sin ser capaz de ver las cosas sin las "gafas" de lo tradicionalmente aceptado, pero, por otro, está en una lucha constante contra la unidad de las ideas y la individualidad del ser. Las grandes ideas unen a la gente, las hace ser grande y libre, pero las pequeñas lo esclavizan y lo hacen mezquino. Por eso, alguien como yo es considerado un peligro social. Alguien que piense por sí mismo supone un peligro para aquellos que pretenden una sociedad estandarizada, manipulable, adicta a los espectáculos baratos de la televisión, la política, o la vida social, en general. Y es que, a eso lo reducen todo, a un espectáculo social. Pero yo no quiero formar parte de ese espectáculo, ni siquiera como espectador...

Javier.

Javier nació en una familia bien acomodada. Sus padres, desde el principio, no escatimaron en medios para que él se sintiera como un rey. Era hijo único, y tal vez eso influyó en ellos para que actuaran de esa forma. Fue un hijo muy deseado. Manuela, su madre, sentía la imperiosa necesidad de ser mamá. Quería tener un pequeño retoño a toda costa. Todas sus amigas de infancia tenían uno o dos niños, y ella era, prácticamente, la única, que no tenía. Así que, algún tiempo después, varios años en realidad, vino el deseado bebé, al que sus padres le bautizaron como Javier José. Javier por su abuelo paterno, y José por su abuelo materno. Desde el principio, fue colmado de atenciones. Era un segundo nieto por parte de padre, y el único por parte de madre. Así que creció teniéndolo todo, siendo el centro de atención. Desde el principio fue ampliamente agasajado: los mejores juguetes, la mejor educación... lo mejor de todo. A eso, había que sumarle la rivalidad que sus padres, en un principio, tenían con Pedro y María Pilar, la hermana de Javier, su padre, y su hijo, su sobrino, Ricardito; rivalidad que, con el paso del tiempo, adoptaron tanto Javier José como el mismo Ricardo. Desde siempre, habían tenido ambos matrimonios, una especie de envidia encubierta, una guerra fría por tener mejor posición social, mejores vacaciones, mejor coche, mejor casa... Esa rivalidad fue traspasada a sus hijos, a Javier y a Ricardo. Y eso, a veces, también le servía de instrumento de chantaje a él para con sus padres. Con todos esos ingredientes, Javier creció siendo un niño irremediablemente caprichoso, creído y arrogante, pensando que todo lo demás giraba en torno a él, o a su alrededor. A menudo despreciaba la gente que creía que era de una condición diferente la suya, inferior. A menudo solía pegarle a otros niños, y nunca compartía sus juguetes ni nada, y formaba sus grupos para fastidiar a los demás. Claro, cuando era pequeño, eran asuntos inofensivos, "casi graciosos", y digo "casi" porque en realidad no lo eran. Ya con diez años, era un niño endiosado y malcriado, que crecía en uno de los mejores y más selectos colegios de la ciudad. Esa dinámica ególatra fue creciendo y aumentando a medida que el mismo crecía. Así que él creció pensando que tenía el derecho a tenerlo todo.

Se hizo un experto en manipular a sus padres para conseguir sus caprichos pasajeros, que luego desechaba, una vez conseguidos, porque dejaban de parecerle atractivos. Fue creciendo en una casa que cada vez más, se basaba en la competencia y la hipocresía; un reflejo exacto de la sociedad, por otra parte. Eso hizo de Javier un niño consentido. A él, especialmente, le gustaba ridiculizar y hacer de menos a otros que, estaba convencido, eran inferiores. En su propio concepto de sí mismo, se veía como esos faraones egipcios que se creían divinos. Eso de aparentar frente a los demás le encantaba. Era lo que había visto en su propia casa, por otra parte. Había que aparentar ante la gente de la calle, fingir que todo iba bien, fingir ante el resto de la familia que se sentían dichosos y que el viento soplaba a favor, incluso aparentar, uno con otro, en el caso de su padre y su madre, que todo marchaba las mil maravillas. Javier aprendió la capacidad de convencerse de sus propias mentiras. Tuvo un buen maestro, su padre, el cual apenas pasaba tiempo con él, inmerso en su trabajo, o en sus líos de faldas.

Aprendió a mentir bien. Aprendió a manipular, a mirar a los demás por encima del hombro. Eso fue así, hasta que a los trece años, le ocurrió algo que le enseñó que no era invulnerable. En su clase, había un chico realmente extraño, ensimismado, ausente de lo que le rodeaba. Apenas solía cruzar una o dos palabras con casi nadie, así que los demás aprendieron a ignorarle, y a tratarle como si no existiera. Pero él fue más allá. Le gustaba ridiculizarlo, hacerle

alguna que otra trastada, y ese tipo de cosas, la mayoría de veces, bromas pesadas. En una ocasión, por ejemplo, le puso mierda de perro en la parte interior de su pupitre. El pobre chico se llenó de mierda, cuando fue a coger uno de los cuadernos. En otra ocasión, le echo lejía en la silla, y cuando este se sentó, se mojó toda la parte trasera del pantalón, descoloriéndose esté. Pero, en una ocasión que él se había quedado un rato más en el colegio, y que iba al baño, este le siguió, cerró la puerta, y comenzó a golpearle como un endemoniado, y a darle puñetazos y patadas con tal intensidad que Javier, que en primera instancia había pensado que podría con él, tuvo que enroscarse y protegerse para no recibir un daño mayor. Aquel muchacho no parecía un niño normal, era como un zombi, con una fuerza y una rabia sobrenatural. No hace falta decir que le dejó hecho una mierda. A partir de ahí se hizo más precavido. Refino sus métodos de sarcasmo malicioso, y aprendió a tener cuidado con quién los empleaba, cómo y cuándo.

Mientras era joven el mundo no se le resistió. Después de todo, era agraciado, era rico, era popular, y era inteligente. Se sentía como un triunfador, y así es como lo veían los demás, como un triunfador engreído. Y siempre lograba salirse con la suya. No tenía respeto por nada ni por nadie, excepto por los más fuertes. Entre ellos, estaba su padre, una de las pocas personas que temía de verdad. Él era, en realidad, su verdadero mentor, quien le había enseñado todo sobre el mundo; al menos el mundo que él veía con sus ojos. Él siempre le decía: "puedes ser un depredador, o una presa. De ti depende." Y eligió ser un depredador. Ya en la universidad sobresalió por su ambición desmesurada. Allí, aparte de sacarse la carrera de abogacía, lo paso muy bien a costa de algunos compañeros, cosa que le encantaba. Enseguida hizo su camarilla de amigos, gente como él o gente manipulable, y con ellos, se divertía bebiendo, haciendo gamberradas, o burlándose de otros. También lo paso bien conociendo a chicas, chicas que, generalmente, conquistaba y utilizaba, porque eso era lo que realmente le excitaba, el sabor de la conquista, pero una vez obtenía lo que quería, o se cansaba de ellas, las desechaba y las apartaba de sí sin ningún tipo de escrúpulos ni remordimiento. Eso fue así con todas menos con una; con "Maggie". Es como ese refrán que dice que cuando alguien juega con fuego acaba por quemarse. Supongo que era inevitable. Quedó prendado de ella, y eso le convirtió en una persona manipuladora e insoportable, sobre todo porque ella era una especie de versión femenina de él mismo. Una chica triunfadora, guapa, coqueta, exigente, irreverente, superflua y egocéntrica, entre otras cosas. Tal vez esas fueron las cualidades que a Javier le cautivaron. El caso es que ambos entablaron una turbia relación sentimental, tan tempestuosa como inestable. Así estuvieron por un tiempo. Maggie le absorbió por completo, le cambió la vida, le alejó de su vida, de sus pocos amigos, le hizo una especie de esclavo sentimental. Pero Javier, extrañamente, se sintió bien en ese rol tan desconocido como desconcertante para él. Sin embargo, eso resultó ser una tarea muy exigente y agotadora. No era fácil satisfacer toda esa pretenciosidad, toda esa ambición desmedida. Así, él se imaginó una vida en común con ella, para formar, más allá de una familia, un imperio, en el cual sería él el que conseguiría el mundo entero y se lo entregaría a su diosa. Ese sueño no duró mucho. A sus oídos llegó que su musa se la estaba pegando con un magnate de las finanzas, veinte años mayor que ella. Después de confirmar sus sospechas, y sentirse como un auténtico idiota, todo hay que decirlo, ella se fue con su príncipe azul a Nueva York, dejando una tremenda herida en ese corazón duro y arrogante.

Eso inicio un periodo suicida, en el que Javier le perdió el aprecio incluso a su propia vida. Se hicieron entonces comunes los excesos y las excentricidades, que generaban algún tipo de lío, de los cuales era su padre quien debía sacarlo. Harto de pagar los desperfectos que su hijo iba ocasionando a su paso, de aguantar su falta de cordura, y sus despropósitos de joven despechado, lo metió en un internado, por dos años, tiempo en el cual logró sacarse ese veneno que le corría por las venas, y salió de allí siendo más fuerte, totalmente repuesto de sus heridas, aprendiendo la lección. Aunque esto, lejos de hacerle mejor persona, le hizo inmune a los demás, y le hizo más frío, más calculador, lo preparó para hacerle un depredador más letal. Se metió entonces en política. Pensó que era tiempo de sentar la cabeza. Trató de mostrar una apariencia impecable, convincente y arrolladora. Trabajó también en la empresa de su padre, y buscó una candidata ideal para formar una familia. Con el tiempo llegó a ocupar un cargo importante en la empresa, y con el tiempo también un cargo importante en el partido. En ese intervalo de años, se casó con Judith, su candidata ideal. Chica guapa, de familia bien, tradicional y poco atrevida, muy convencional. No le fue difícil conquistarla. Fue como navegar a favor del viento. Con Judith tuvo dos hijos, Elsa y Borja. Los primeros años pareció funcionar más o menos bien. Pero a medida que pasaron los años, a Judith no le fue fácil vivir con él. Ella no se sentía del todo arropada, amada. La relación fue decayendo hasta hacerse monótona y lineal. Él fue abandonándola poco a poco, más centrado en sus ambiciones personales. Vivían en el lujo material, pero en una pobreza emocional. A los años llegó Elsa. Eso hizo que Judith tuviera que concentrarse en su hija. Un año después llegó Borja. Ella estuvo demasiado ocupada con sus hijos. Para Javier, sin embargo, fue un respiro, un golpe de suerte, el hecho de que ella tuviera otras cosas que hacer, cosas de las cuales ocuparse todo el tiempo. Así, él pudo dedicarse a lo que realmente le interesaba, subir en el escalafón social. Poco a poco, Javier José se "convirtió" en propio su padre. Obtuvo dicha posición, obtuvo dinero, hizo de su hogar un lugar frío e inestable, consiguió que su mujer se sintiera sola y desdichada, y que sus hijos no tuvieran un padre cercano con el cual entablar una relación estrecha y saludable. La familia fue desconectándose de él poco a poco. En realidad todos, unos de otros, pero sobre todo de él, excepto Borja y su madre, que sí mantuvieron una relación muy estrecha. Elsa fue un caso diferente. Ella, desde el principio, se reveló a la mecánica de las cosas. Ya a los trece años mostró problemas para relacionarse con los demás. No mostraba interés por nada, excepto por la música y por cantar. Le gustaba mezclarse con gente rara de bajo estrato social, y aunque intentó, en más de una ocasión ayudarla, metiéndola incluso en un internado, como hizo su padre con él, por otra parte, ella se escapó un par de veces de allí, y, a los dieciocho años desapareció del mapa sin dejar rastro.

A pesar de que Judith le afectó mucho aquello, sin embargo Javier continuó su vida pensando que era un problema menos. Después de todo, ya era mayor de edad. Paralelamente, murió su padre, legándole todo el, absolutamente todo. Eso le hizo ser más popular, más rico, y más ambicioso. Entonces dejó la política, después de un par de escándalos públicos por malversación de fondos, que no se pudo demostrar, (curiosamente, las pruebas que le incriminaban, desaparecieron,) y se dedicó por completo a sus negocios. Se hizo más rico, y más egoísta y más orgulloso. Su esposa y él fueron alejándose el uno del otro, hasta que Judith descubrió que solía él contratar a prostitutas asiduamente. Él, por supuesto, lo negó todo, pues esa era su política, y eso fue así hasta que se hizo demasiado evidente para hacerlo.

Entonces se divorciaron, y eso hizo que su hijo Borja también se alejara de él, a pasar de que lo trataba como a un niño pequeño al cual manipulaba y chantajeaba con juguetes, solo que sus caprichos eran mucho más caros y sofisticados, pero el dinero no era problema, y después de todo, era su hijo, lo cual le daba licencia para casi todo. Un tiempo después, Borja se mató en un accidente de moto. Por lo visto, iba de coca hasta las "trancas". Desde que empezó a distanciarse de él, había adoptado una especie de espiral autodestructivo, que había culminado esa aciaga noche. Acababa de salir de una de esas fiestas desenfrenadas, con alcohol y chicas, y al final, la combinación letal, un vehículo a motor. Varios chicos habían apostado quién era el mejor haciendo varias piruetas con las motos. En una de esas cabriolas, Borja aceleró más de la cuenta y no pudo esquivar la farola que había frente a él. No llevaba casco. Se partió la cabeza, y murió de camino al hospital. Judith, ya su ex, lo hizo el responsable. En el hospital, la madrugada de su muerte, llena de rabia y dolor, lo culpó a él; le dijo que era un canalla y un egocéntrico, y que había hecho de su hijo una persona egoísta e irresponsable, que nunca le he enseñado nada bueno ni con la palabra ni con el ejemplo, que era un mal padre y una mala persona, que creía que todo se arreglaba con dinero. Y unas palabras, una de las últimas que ella pronunció, con toda la amargura de la que una persona es capaz fueron: "arregla esto, arregla esto con todo tu "puto" dinero", se le quedaron grabadas, y sonarían una y otra vez en su cabeza, como un martillo incansable, cruel y muy fastidioso. "¿Qué culpa tengo yo?" Se decía. "Solo quería lo mejor para él, prepararlo para un mundo salvaje y malvado, un mundo cruel y despiadado." Se repetía una y otra vez para tratar de acallar su conciencia, pero, en el fondo, una vocecita decía que había mucha razón en todo eso. Después de esas palabras, Judith se abalanzó sobre él golpeándolo con los puños en la cara, en los hombros, en el pecho, y entonces la sedaron. Aunque él apenas sintió esos golpes, solo sentía un dolor inmenso al oír lo que ella le decía, como disparos a quemarropa.

Después de eso, fue encerrándose en sí mismo, aislándose de todos. Se enfrascó en su trabajo para liberarse del remordimiento. Siempre buscaba algo que hacer: visitar una sucursal, supervisar un proyecto, darle curso a una inversión, poner en marcha una franquicia, estudiar los mercados... Esa fue su vida durante un par de años, mientras la voz de su mujer sonaba en su cabeza como un eco lejano pero incansable, irritante, desesperante. Para colmo, comenzó a soñar a menudo con su hijo. Lo veía como si fuera después del accidente, todo ensangrentado, sucio y mal herido, que sonreía y le decía cosas no muy agradables, como por ejemplo que "mamá tenía razón, te crees el centro del universo", o "papá, mírame esto es culpa tuya. "

Un año y medio después murió Judith. Él estaba tan aislado del mundo, tan inmerso en su reinado del capital, que era lo único que lograba sustentarlo, que no supo que ella había estado luchando con un cáncer hacía casi un año. Se sintió muy triste, por supuesto, pero lo que realmente le pareció perturbador, fue enterarse de ello en el mismo momento de su muerte. ¿Por qué no le había dicho nada? No es que tuviera una estrecha relación con ella pero, habían sido marido y mujer, por casi veinte años, tenían dos hijos en común, uno tristemente fallecido... Tenía derecho a saberlo. Tal vez podría haberla ayudado en algo. Le podía haber pagado los mejores especialistas. Fue ahí cuando comenzó a darse cuenta de cómo lo veían los demás, cuando comenzó a sentirse un estúpido egoísta, un tipo despreciable al que menospreciaban los demás.

A partir de ahí, fue perdiendo interés en su poderoso imperio. Estaba podrido en dinero, pero se sentía tan solo... Los que estaban a su alrededor, no eran más que aduladores estúpidos, acompañantes interesados, oportunistas sin escrúpulos, que le hacían sentir vacío, insignificante y absurdo. Entonces vino la crisis financiera, y las acciones fueron bajando, y bajando, y bajando, y el imperio fue mermando, fue desmoronándose, y vinieron los buitres, esos mismos que le adulaban y le regalaba los oídos, y le quitaron lo que tenían, le fueron picoteando poco a poco, y le metieron en problemas financieros, problemas con Hacienda. Entonces vino el colapso, y lo perdió prácticamente todo, y no soportó la soledad, la humillación, el vacío, la necesidad, ni esa voz en lo más profundo de su cabeza, que le decía que acabará con todo de una vez por todas. No se le ocurrió otra cosa que emborracharse y cortarse las venas, y la más fortuita de las casualidades hizo que unos Testigos de Jehová tocaran en su puerta, y lo encontraran en su casa, tendido en el sofá, ensangrentado, y llamaran a una ambulancia, y lo socorrieran y le salvaran la vida. Así es como Javier José acabó aquí.

De vez en cuando hablo con él. Siempre se muestra escéptico, siempre irónico, siempre irritado. Sus ojos permanecen cansados. Su voz tiembla. Su cuerpo está cargado de negatividad. Ahora mismo se encuentra ciertamente desorientado. Es ese proceso que casi todos pasamos, en el cual todos nuestros valores e ideales se desvanecen y uno no sabe a qué aferrarse. Hay gente que lo soporta, incluso que se hace más fuerte, y que renace de esa experiencia. Pero hay otros que se compadecen de sí mismos, y así permanecen durante el resto de sus vidas. Ese parece que va a ser su caso, si de alguna forma Javier no lo evita.

"No tengo nada, lo he perdido todo." Repite cada vez que se compadece de sí mismo.

-Tienes lo más importante. La vida.- Es lo que suelo decirle.

-¿La vida? ¿Qué clase de vida? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué vida?-me responde Javier angustiado, resignado.

Cuando dice eso me limito a mirarlo, porque, ¿qué puedo decirle a una persona que cree que perder ese tipo de cosas es lo peor que pudiera pasarle? ¿Cómo convencer a alguien, que no sabe aprender de sus errores, de que no es el fin del mundo, solo una nuevo etapa, un nuevo camino?

-Los perdí a todos. Los eche de mi lado. Perdí a mi hijo, perdí a mi mujer, he perdido a mi hija. Mi hijo me idolatraba, pero se fue alejando de mí hasta que llegó a odiarme. Se mató en un accidente de circulación. Mi hija desapareció y hasta el momento no he sabido nada de ella. No ha querido saber nada de mí. Mi mujer se divorció de mí, y algún tiempo después murió de una enfermedad terminal. No fue capaz de decirme nada. Mis socios me engañaron, se lo tragaron todo, me dejaron en la más absoluta ruina... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Porque lo he hecho todo tan mal? ¿Qué he hecho para merecerme todo esto? Solo me gustaría saber por qué.

-Nadie más que tú lo sabe.- Le digo yo con seriedad.

-¡Sí, sí, claro que lo sé!- Me responde enfadado.- porque he sido un puto egoísta y un estúpido engreído ¿no?

-Aún ahora, después de todo, sigues pensando que fueron "ellos" lo que te han hecho todo eso a ti. Pero esa no es la cuestión. Pregúntate qué le has hecho tú a ellos.

-Me lo he preguntado muchas veces. Pero sé la respuesta. En realidad, sé la respuesta, y me da un miedo atroz…

Ojalá Javier sea capaz que aceptar sus errores, y, una vez que los acepte, sea capaz de vivir con ellos.

3. Yo

Este es un mundo tan injusto... Los que están arriba no piensan sino en aplastar a los que tienen debajo. Y mientras la vida sigue como si nada. Nadie hace nada al respecto. A los que están arriba no les importa lo que ocurre abajo. Ellos solo piensan en sí mismos. En su poder, en su capacidad de adquisición, en tener más y más, mucho más allá de lo que necesitan. Es como una obsesión enfermiza. No importa cómo, no importa por qué, solo importa tragarse al que está debajo, ser más grande, crecer más y más, a costa de lo que sea. A eso lo llaman la sociedad del bienestar. Sobre todo del bienestar de los poderosos. Porque los que están abajo no lo pasan precisamente bien. Son como un rebaño, algo prescindible, algo manipulable. Han sido engañados con todas esas luces falsas, inalcanzables, como el humo. Son oprimidos por estos pero también por ellos mismos. Permanecen dentro del círculo, con miedo a salir de él. Han aceptado su rol, han aceptado los límites que se les ha impuesto. Han renunciado a la cultura, a los sueños, a pensar por sí mismos, por formar parte de la maquinaria. Han mordido el anzuelo como un pez incauto, pensando que este orden de cosas es natural, y siempre ha sido así, que es así como debe ser. Han sido hipnotizados por la sociedad del consumo, por la sociedad globalizada de la estandarización. Eso ha hecho del ser humano un ser manipulable, indeciso, insatisfecho, que se siente seguro dentro de un costumbrismo y una rutina previamente establecida, tal vez imitando el comportamiento de las presas de un depredador, que tiende a unirse al grupo para tener más oportunidades de no ser atrapada y devorada. Pero en este caso, el depredador solo está en nuestra cabeza. Aunque, en mi opinión, no se trata tanto de ser cazador o cazado, de ser depredador o víctima. Se trata de romper las reglas. Se trata de pensar por uno mismo. Se trata de romper el círculo, de no jugar con las cartas que ellos te dan, de no engrasar la máquina, de cambiar la dinámica de las cosas, de reivindicar tu propia singularidad. No soy un idealista. En realidad, solo estoy harto...

Carmen.

Carmen tiene cincuenta años. Su marido se llama Antonio, y su matrimonio ha ido muriendo tan poco a poco, que ninguno de los dos aún se ha dado cuenta de ello. Viven inmersos dentro de la dinámica que da la fuerza de la costumbre, y eso les hace seguir una rutina que, desde hace mucho, mucho tiempo, adquirieron. Tienen una hija, Amparo, que está casada y tiene una niña pequeña, Melanie. Carmen es de esa clase de mujeres que ve un gato negro y se sugestiona. En una ocasión, paso por debajo de una escalera, y, al salir de esta, unos delincuentes desprovistos de humanidad que iban en una motocicleta, le dieron un tirón y la lanzaron al suelo, haciéndole daño en el hombro, el brazo y la cadera, y eso le hizo creer que la mala suerte se había cebado en ella por hacerle caso omiso a esa vieja superstición que dice que pasar debajo de una escalera atrae a la mala suerte. Entonces comenzó a creer que su vida podía sufrir una serie de desgracias si no hacía caso a ese tipo de supersticiones. A partir de ahí, todo lo que hacía se veía condicionado, de algún modo, por esas manías, y por una paranoia constante, de no saltarse ninguno de esos rituales protectores. Así, evitaba, por supuesto, no pasar por debajo de escaleras, no romper espejos, no derramar sal, no pasar por delante de ningún gato negro... Su mayor empeño era tratar de atraer a la buena suerte, así que no era extraño que pusiera una escoba detrás de la puerta, portara siempre un abanico en el bolso, llevará un alfiler clavado en la ropa, o se pusiera ropa interior roja la noche de año nuevo.

Su marido, Antonio, odiaba todo ese tipo de manías y rituales. Como la mayoría del resto de la gente que le rodeaba, no creía demasiado en ello, pero seguía alguno de esos rituales, de forma moderada y por si acaso, pero, a medida que su mujer fue empapándose de tal parafernalia, comenzó a cansarse de tantas manías y tanta paranoia. Así que eso comenzó a producir discordias, antipatías y peleas entre ellos. A pesar de eso, y de que ese antagonismo fue creciendo, ellos no pueden o no saben renunciar al costumbrismo, y a la mediocridad de una típica pareja que lleva más de treinta años casada, y no sé soporta mutuamente, o lo que es peor, que no tienen nada en común. Lo que empezó siendo pequeñas manías, se convirtió en grandes obsesiones. María es de esas personas que continuamente van al médico. Siento un pequeño dolor en el hombro y piensa que tiene artrosis o algo así. Le duele la cabeza, y cree que algo malo le está creciendo dentro. Se siente muy fatigada, y piensa que puede tener fibromialgia, o algunas de esas enfermedades que a ella le parecen extrañas. Alguien le dice que a un conocido le han detectado un cáncer, y, al rato, comienza a sentir algo "que no le gusta nada," y que "no le da muy buena espina".

Siempre está afligida porque se cree la más enferma de las enfermas. A menudo se sugestiona por lo que ve en la televisión, lo que dicen las amigas, lo que oye por ahí, sobre enfermedades y dolencias. La palabra "hipocondriaca", le viene a ella como "anillo al dedo". Es cierto que oír cosas sobre enfermedades le sugestiona bastante, pero, a la vez, le encanta hablar de ellas. Le da un morbo atroz, aunque después tenga que tomarse un paracetamol o cualquier otra pastilla de las muchas que le receta el médico, que, por otra parte, ya está harto de ella, y, cuando la ve entrar en la consulta, suspira y se resigna a todo lo que ella le dice, y bien le manda un par de pastillas sin importancia, o, si se pone muy pejiguera, le manda unos análisis, y así ella sale más o menos contenta de la consulta.

Carmen se pasa casi toda la tarde viendo programas del corazón, y reality shows, mientras se toma el café, o se encarga de los quehaceres domésticos. Cuándo, un rato antes de ponerse a hacer la cena, apaga la televisión, porque ya está embotada de tanta telebasura, cae en la cuenta de lo que es su vida; una sucesión de cosas absurdas, vacías, insatisfactorias. Mira a su alrededor y siente el silencio, la soledad que le rodea en ese pisito de cien metros cuadrados. Ve a su marido pasar por la cocina o cuando entra o sale del baño, cuando resulta que está en casa, y que siempre está como ausente, como si fuera un fantasma o algo así, y se siente deprimida, muy deprimida, tanto que le da ganas de llorar, y entonces coge el teléfono para llamar a Amparo, su hija, y empieza a marcar el número, pero no acaba de hacerlo, no sabe porque, pero es incapaz de hacerlo, y suelta el teléfono, y entonces cree sentir un molesto dolor de cabeza, y se limpia los ojos y va el cajón de las medicinas y se toma un paracetamol, y entonces se pone a hacer la cena, escuchando los sonidos de la calle, imaginándose que es cualquiera de esas personas que pululan por allí abajo, deseando ser cualquiera de ellas, y no ella misma.

Suele soñar bastante. Es lo único que le queda. Tal como hacía don Alonso de Quijano, que se transformó en el caballero don Quijote, a fuerza de leer novelas de héroes y caballeros. Carmen sueña con ser uno de esos personajes de telenovelas románticas. Sueña que es una joven muy guapa y que un joven muy apuesto y romántico, y de buena posición, la corteja. Y sueña tener una vida excitante a su lado, llena de romanticismo, en una mansión o un rancho. Sabe que lo de volver a la juventud es del todo imposible, pero piensa que lo otro no lo es tanto, así que fantasea con encontrar un galán maduro que le ofrezca un amor excitante e intenso, una aventura romántica y una vida colmada de amor y bienestar. Se imagina vestida con una ropa cara y bonita, en una cena de alto rango, bailando con su amado, educado y sensible, que se desvive por ella porque es un caballero muy atento. Y es que la imaginación es algo que no tiene final. Pero luego pasa su desgarbado marido, y siente ganas de gritar, porque es como si el mundo se le viniera encima, y al salir de ese trance, siente unas ganas inmensas de llorar, pero no puede hacer otra cosa que reír, reír compulsivamente, por unos veinte interminables segundos, en los que él la mira como si fuera una loca, y no la toma, ni mucho menos, en serio, pensando: "¿qué mosca le habrá picado?" Cuando deja de reír, se va a su habitación y se mira en el espejo, y se ve a sí misma, y se compara con las heroínas de esas telenovelas, tal como acaba de hacer con su marido, y no le dan ganas de reír. Se siente patética, y se siente absurda y ridícula. Se siente sola e insignificante.

Últimamente tiene una depresión en la cual solo le da por ver la tele y soñar, soñar despierta. Le gustaría cerrar los ojos y desaparecer. Querría ser otra persona muy diferente, porque le duele pensar en quién es, en la clase de persona que es. Sus familiares y amigas la ven languidecer, consumirse, disminuir lentamente, como una flor que se va marchitando poco a poco. Todos le preguntan qué le pasa, y ella les dice que tiene fibromialgia. No es que el médico se lo haya diagnosticado, pero ella lo sabe, lo leyó una vez en algún sitio. "No puede ser otra cosa". Piensa. Cuando no le duele la cabeza, le duele el estómago. Cuando no tiene algo de fatiga, tiene un poco de náuseas. Cuando no tiene molestias en la cintura, las tiene en la espalda.

Hay veces que tiene ganas de estar sola, pero otras veces se siente muy sola y quisiera gritar. Pero nunca se ha atrevido a hacerlo. Prefiere tomarse todo lo que le recomiendan los demás:

que si ginseng, que si magnesio y potasio, que si este o aquel jugó enriquecido con estas o aquellas vitaminas, que si estás pastillas naturistas o aquel jarabe homeópata... Así de triste y monótona y sufrida es su existencia. Si tan solo su marido fuera capaz de entenderla, de comprenderla, de mimarla, de sorprenderla... Él solo la obedece para no llevarle la contraria, para que no le esté diciendo después que tiene migrañas, o qué se siente muy mal , que tiene mareos... Sí, al menos Amparo, fuese capaz de ponerse en su lugar, de ser más empática con ella... Pero su hija la trata como si no tuviera remedio.

El mundo es algo que ella no entiende. Todo le resulta demasiado gris. Ocurren tantas desgracias, se oyen tantas barbaridades... Y ella, mientras tanto, finge ser feliz. Y finge tener una familia estupenda, vivir una vida aceptablemente perfecta. Más que nada, para aparentar delante de sus vecinas. Siempre la recibe con una sonrisa en su rostro, tratando de forzar la máquina todo lo posible para que no crean que ellos son mejores. Eso es algo que no soportaría. Últimamente, (otra vez), piensa que tiene algo malo, aunque no sabe bien qué es. Se siente agotada, y un dolor le oprime la espalda y el cuello. Vuelve, como no, al médico. Le cuenta lo mal que se siente y que piensa que algo malo está creciendo dentro de ella, devorándola poco a poco. Y le cuenta que a menudo tiene dolores de cabeza, y que se siente como muy cansada. El médico la vuelve a oír resignadamente, y le vuelve a mandar análisis y pruebas de diversa índole. Carmen se compadece de si misma. Se hace las pruebas, espera aterrorizada los resultados y desconfía mucho. El médico le dice que todo parece normal, que tiene algún tipo de descompensación por una alimentación poco adecuada y estrés, pero que no hay nada que debiera preocuparla, y le manda unas pastillas, una dieta equilibrada y un poco de ejercicio. Ella sale de la consulta con una sensación agridulce. A medida que va saliendo y se va alejando va olvidando las palabras que éste le ha dicho, y va a la farmacia, compra los medicamentos y le cuenta todo a la farmacéutica, y le dice que piensa que pueda tener algo malo, y la farmacéutica trata de tranquilizarla y le dice que el médico sabe lo que hace, pero ante las reiteradas quejas de esta, desiste de decirle nada más, y solo asiente y le despacha los medicamentos. Es un proceso que se repite. Es adicta al médico y a las medicinas, y a quejarse. Y el médico, ni su marido, ni nadie, sabe cómo tranquilizarla para que no piense ese tipo de cosas. Carmen se ha cansado de todo eso, de esa parafernalia, de ese círculo vicioso, y no le hace caso ni a las palabras del médico, ni al tratamiento que este le ha mandado. Ella se siente una "pseudo farmacéutica". Son muchos años de experiencia y muchos programas televisivos de medicina, y eso lo hace creer que sabe bastante sobre el tema. Entonces comienza a decidir qué pastillas se toma, cómo se las toma y cuándo se las toma. Se hace experta en medicina alternativa, lee revistas naturistas, y se acerca muy a menudo al herbolario, o busca en internet propiedades sobre plantas y pastillas naturales. Le encantan los "zumos milagrosos", los mejunjes pseudo-científicos que venden algunas casas comerciales de dudosa reputación. Pero eso no hace que sus dolencias y dolores desaparezcan. Sigue su existencia mediocre y sufridora. Tal vez sea el sino de su vida. Se resigna a ello. Todo eso la distrae tanto, que no sabe lo que pasa por la cabeza de Antonio. No sabe que él no soporta esa situación, y que ha comenzado a beber. Al principio, es cierto, sus señales son imperceptibles, pero después se hace evidente que se ha refugiado en la bebida para evadirse de una vida que juzga absurda y sin aliciente. Lo hace casi a escondidas, pero, a medida que va cayendo en ese oscuro abismo, va dejando de importarle todo, incluyendo la opinión de su mujer, y sus continuas dolencias. Y eso le va haciendo tener peor carácter, va

haciendo que crezca la amargura y la frustración en él, inevitablemente. Carmen, como siempre, permanece en su mundo, tan ciega, que una de las veces que vuelve algo borracho del bar, le pregunta qué le pasa, a lo que él responde que nada.

-Tienes mal color. Estás pálido. Y tienes los ojos irritados.- Le replica ella, totalmente convencida de que está enfermo o, al menos, "algo le pasa".

-¡No es nada, te digo!- le responde Antonio irritado, deseando dejar de oír esa voz que le golpean la cabeza como una patada.

-Estás, estás enfermo.- Carmen no se da por vencida, sobre todo cuando tiene que ver con enfermedades.- Ponte el termómetro, que te voy a coger hora para el médico.

-¡Que no estoy enfermo! ¡Déjame ya!

-No, te digo que estás enfermo. - Y, a continuación, coge el teléfono y comienza a marcar el número de cita previa.

-¡Que te he dicho que no llames, joder!

Pero ella no hace caso, sigue con su empeño, mientras suena la llamada de fondo.

-No me gusta nada como te veo. A ver si hay hora para mañana, para...

Pero no da tiempo para nada más. Antonio le da un manotazo y le tira el teléfono. Este sale disparado de sus manos, y al caer, se desarma un poco, pero no lo suficiente como para que deje de funcionar, y la voz de la operadora le informa de que ha llamado al servicio de cita previa, y le pregunta quién es y qué desea. Carmen se queda petrificada. Es la primera vez que Antonio reacciona así. No sabe qué hacer ni qué decir. Se queda así hasta que la voz de la operadora, tras pedir varias veces su nombre y preguntar qué desea, cesa. Entonces se echa a llorar, desconsolada, y se va a su habitación, pero él se queda en el sofá. Lo único que quiere es descansar, no oír nada sobre dolencias ni enfermedades. Solo quiere dormir y desconectarse de todo. Ella, en su habitación, se siente morir. Una especie de sofoco le sube por el pecho y siente que no puede respirar. El mundo se nubla bajo sus ojos. Todo se diluye. El corazón palpita a toda velocidad, y su estómago se contrae. Piensa que le va a dar algo malo, y que se va a morir, allí, sola, desamparada, inevitablemente, y cierra los ojos, mientras el mundo se hace vaporoso y su estómago se retuerce, y la realidad deja de existir como tal...

Después de eso la trajeron aquí. Por suerte, Amparo había hablado un rato antes con su padre, y se había dado cuenta de que algo no marchaba bien. Su padre parecía más borracho que nunca, al menos, ella nunca lo había notado así. Entonces tomó el coche, y en algo más de media hora, se presentó en casa de sus padres. El panorama que encontró no fue muy halagüeño. Por una parte, su padre dormía en el sofá, borracho como una cuba, y su madre lo hacía en la cama, en el dormitorio. En primera instancia, intentó despertar a su padre, pero el balbuceó y continuó durmiendo. Pero su madre respondió de manera diferente. No había forma de despertarla, y el gesto de su cara era extraño. Había algo en ella que no presagiaba nada bueno. Entonces llamó al 112, y en diez minutos llegaron dos ambulancias a su casa. Antonio dormía por los efectos del alcohol, pero Carmen, al parecer, había mezclado varios

medicamentos, que originaron una especie de reacción negativa en su organismo y le provocaron un pequeño colapso. Todos creyeron que había sido un intento de suicidio. Posteriormente, ella siempre lo negaría. Pudo salir de ésta, pero le diagnosticaron una enfermedad mental, y la trajeron aquí. Tal vez eso la ayude a ser más fuerte, o tal vez no. Siempre le digo que, de una forma u otra, todos estamos enfermos, pero que eso no significa nada. Ella sonríe primero, y languidece después. Trata de escapar de sí misma, pero nadie es más rápido que su sombra. Aunque, en el fondo, creo que no se siente mal del todo, me refiero aquí adentro. Los médicos y las enfermeras siempre están a su mano, para controlarla, oírla, y recetarle sus pastillas, y eso lo hace sentir más tranquila, más segura...

No sé si lo superará. Tal vez encuentren la forma de dar con la tecla exacta, pero este sitio puede ser tan frío y solitario, a veces aterrador, como adictivo a hipnótico...

4. Yo

No sé qué decir. Reconozco que estoy en blanco. A veces me ocurren cosas como estas. Mi mente se bloquea. Y siento algo dentro de mí que no sé explicar. Supongo que es más fácil decir eso que decir que no siento nada, que estoy en números rojos emocionalmente hablando. A veces es duro ser uno mismo. Si permaneces fuerte en tus posiciones, el desgaste resulta demasiado fuerte de parte de los demás, que te tratarán como un enjambre de pirañas que han olido la sangre. Pero si cedes, sí transiges a ti mismo, dentro de ti sonará esa voz que te golpeara una y otra vez, y que te dirá cosas muy duras, y que acabará por desquiciarte. Yo también necesito las mismas respuestas que todos los demás. Necesito saber quién soy, porque estoy aquí, porque estamos todos aquí. Necesito saber si todo esto tiene algún sentido. Supongo que todo es un bucle, es una especie de ciclo cósmico. La humanidad nace, crece, sufre, muere, una y otra vez. Lo cierto es que lo que creemos es muy importante. Hay gente que piensa que no, que puede creer de una forma, y actuar de otra. Pero eso es imposible. Si crees que el fin del mundo es inminente, y vas a morir tú y todos los demás, eres capaz de hacer cosas que no te imaginas. Si tienes un accidente o si ocurre una catástrofe, y estás en algún sitio aislado, y crees que van a venir a rescatarte, te quedarás ahí, plantado, aunque te mueras poco a poco, con la esperanza siempre de que acabarán por venir a buscarte. Oh, si piensas que la única forma de sobrevivir es tirarse al vacío, lo harás, serás capaz de hacer cosas de otro modo inimaginables. Por eso digo que lo que creas resulta fundamental en tu vida. Y sí, algún día, dejas de creer en aquello que durante esta sido el motor de tu existencia, puede que el golpe sea tan devastador que nunca más puedas volver a vivir, al menos como antes. O si tienes esa creencia bien arraigada, y un día, por unas circunstancias o por otras, sientes que has traicionado esa creencia, te sentirás al ser más bajo de la tierra, indigno de ti mismo, y puede que no seas capaz nunca de superarlo. La vida es tan sencilla y tan complicada a la vez...

Hay tantas aristas en nuestra mente, tantas dimensiones en nuestro universo, que resulta infinito, impredecible, grandioso...

Iván.

Iván se siente un fracasado. Tiene tan solo veintidós años, y se siente así, por que no sabe quién es realmente. Toda su vida ha intentado estar a la altura de los demás, pero nunca se había parado a pensar si estaba a la altura de lo que esperaba de sí mismo. Él sabe que es una auténtica estupidez, pero llega un punto en el que sientes que llevas una inútil existencia; en la que te replanteas lo que eres y si no te satisface mucho, te vuelves exigente contigo mismo, y buscas las razones que te han llevado a ese punto, más allá de pretextos y falsas excusas. Siente que su vida es un poco absurda. Además de eso, siente como si hubiera dos personas muy distintas dentro de él, luchando por tomar el control de su mente y de su alma . En el ámbito familiar, Iván es el chico aplicado que intenta seguir la estela exitosa que su hermano menor va dejando; menor por un par de minutos. Es el muchacho obediente que no quiere decepcionar a un padre exigente que quiere hacer de su hijo "mayor" una diluida imagen de sí mismo. En el culto, es el joven sencillo e inmaculado que aspira a ser uno de los más sólidos pilares de la congregación. En su vida personal, es el estúpido que vive encerrado dentro de sí mismo y que sueña con explotar de una forma enérgica y ruidosa, liberándose de todo lo que le ata y le aplasta, aunque desate la confusión y el caos a todo lo que está a su alrededor. En realidad, lo más curioso es que él mismo se he aferrado a su propio desaliento.

Para comenzar un poco por el principio, suponiendo que esta historia lo tuviera, y así ordenar un poco las ideas, tengo que hablar, un poco, de su padre, que ha sido, junto con su gemelo, la influencia más poderosa y determinante de su vida, de lo que su escasa autoestima ha permitido que piense sobre sí mismo, porque han sido las personas que más le han marcado, que más han moldeado su universo. Su padre siempre ha sido un hombre enérgico, ambicioso, emprendedor, exigente... Desde que Iván tiene uso de razón, él siempre intentó inculcarle sus valores individuales, cosa que, de por sí, no tiene por qué estar mal, si no fuera porque, una vez que él ya tuvo la suficiente edad para decidir cómo quería o podía ser, siguió tratándole como un simple autómata que necesita ser programado para obtener las respuestas esperadas, intentando así anular sus ambiciones personales, sus pequeñas ambiciones personales, tan alejadas de su canon particular. Para Iván, esto siempre ha supuesto un listón demasiado alto de salvar. Siempre ha tenido la necesidad de hacer trampas para estar a la altura requerida. Ambos, Iván y su hermano Gerardo, son como gotas de agua, pero solo aparentemente. Gerardo sí supo, o quiso, captar la esencia de su padre, y ha sabido cautivarle y corresponderle, supongo que por una duplicidad de intereses que Iván nunca he compartido, pero que tampoco ha sabido contrarrestar. Su relación con su hermano ha sido extraña, turbia, contradictoria. Él siempre le visto como un rival. Iván sabe que nunca podría competir con él, por muchas razones, pero él, sin embargo, siempre ha buscado superarlo en todo, ajustarse al modelo impuesto desde la niñez. Siempre ha sido como un peligro para su privilegiado puesto dentro de la jerarquía familiar. Un poco como Esaú y Jacob. Sobre todo después de la repentina muerte de su madre, hará unos tres años. Se volvió mezquino después de eso. Es curioso que Iván estuviera más unido a ella, porque para él era como una válvula de escape, alguien en quién refugiarse, en quien confiar en los momentos difíciles, y sin embargo, fue Gerardo quién se mostró más resentido después del infortunado accidente. Tal vez fuera un exceso de culpa por haber experimentado una cierta e innecesaria distancia hacía ella, más partidario del bando paterno, o quizás ese resentimiento fuese una forma de expresar su rabia, exteriorizar su tristeza. En cierta forma, su madre e Iván resultaban muy semejantes.

Ambos eran vulnerables a su padre, inseguros, conscientes de sus propias debilidades, conformistas hasta cierto punto, pero es que, según lo veía Iván ¿qué más podía pedirle a la vida? Tenía más de lo que necesitaba; posición, estabilidad, comodidades... Se sentía afortunado por todo lo que tenía, pero, a veces, se preguntaba por qué existía tanta desigualdad en el mundo, por qué tanto egoísmo... Cuando reflexionaba sobre estas cosas, se sentía como un imbécil, porque le preocuparan cosas absurdas como si Beatriz aceptaría su invitación para salir a bailar, o si en realidad le gustaba más su hermano que él mismo, o si sacaría la nota pertinente para poder seguir la tradición familiar y ser un buen cirujano, problema que Gerardo desconocía porque siempre sacaba mejores notas que él. Y su hermano presumía de ello, y eso le hacía sentir como un auténtico estúpido. Sentía que no era él mismo, solo una marioneta que su padre manejaba. Se sentía anulado, destituido de su propia vida. Dejó entonces de aspirar a ello, quiero decir a ser un prominente médico, o cirujano, o lo que fuera. Si hasta le temblaban las manos y le sudaban cuando se ponía nervioso. ¿Te imaginas que tuviera que intervenir a alguien y le temblara el pulso como a un alcohólico que le falta su trago? Iván se preguntaba por qué no dejaba que decidiera sobre su vida, si ya tenía a su hermano, que era precisamente una especie de réplica suya, ¿por qué no se conformaba y le dejaba ser él mismo? ¿Y por qué le seguía el juego, por qué lo había hecho durante toda su vida? Pero siempre se respondía lo mismo: que su padre era un hombre exigente, que quería lo mejor para él, que era su deber... Bueno, era su forma de engañarse. Tal vez eso fue, de alguna forma, el detonante, el comienzo del declive. Su padre luchaba en dos frentes, por decirlo de alguna forma. Uno era el ámbito familiar y el otro en la iglesia. Cuando Iván era pequeño le encantaba oírle hablar de Dios, la naturaleza, y ese tipo de cosas. Le encantaba cuando se sentaba con él y le contaba esas fascinantes historias bíblicas, e intentaba plantar en él amor por la congregación. Era miembro de la Iglesia Cristiana Devocionaria. Como buen "devocionario", era un hombre de creencias rígidas y marcadas inclinaciones espirituales. Pero a medida que fue creciendo comenzó a hacerse preguntas, que, en un principio no se atrevía a formularle, y de las cuales siempre recibía respuestas vagas o reprimendas por su falta de fe. Su hermano, sin embargo, era diferente, lo daba todo por sentado, o, en el mejor de los casos, no le preocupaba nada que estuviera más allá de sus intereses. En su caso no era así. Había dudas, algunas preguntas, cosas que no entendía como las entendía su padre. Eso, en un principio, fue una causa de tensión con él, y un tema de debate con su madre, que se mostraba más permeable a sus dudas y conclusiones, erróneas o acertadas, pero no era así con su padre. Él siempre le tachaba de egoísta, por no querer seguir al paso que marcaba la iglesia. Eso le hacía sentir muy mal. Había una especie de sentimiento de culpabilidad que pesaba demasiado en su cabeza y le desgastaba interiormente. Se sentía como un ingrato, como un maldito desagradecido. Iván creía en Dios, pero no en su dios. Creía en una entidad suprema que les había otorgado la posibilidad de elegir, una especie de conciencia superior que había dado principio a la chispa de la vida, que había elegido modelar un universo infinito que alojara una amplia diversidad de vida de todas las características imaginables, y de la cual no somos nosotros ni la más interesante, ni la más importante. Es un sentimiento que albergaba dentro de él. Cuando miraba a su alrededor se sentía pequeño, insignificante. Cuando observaba la belleza y la armonía de todo lo que le rodeaba... eso le transmitía algo bueno, le transmitía paz, armonía, belleza, el reflejo de esa Entidad Superior, su firma. Pero creía firmemente que ese Dios era diferente al de su padre. Su dios er6s un dios saturado de prejuicios, de nimiedades, de ritos absurdos e incoherentes. Desde pequeño había vivido una vida saturada

de negatividad. Todo era malo, o, al menos, sospechoso. La mera idea de vivir en un mundo lleno de pautas y de reglas han hecho de él una persona asustadiza y tímida. Durante toda su vida se ha sentido esclavo de las circunstancias, de las normas, de las conciencias ajenas. Para su padre todo era blanco o negro, y todo tenía una parte oscura, todo era dañino, nocivo. No era más que el fiel reflejo de una concepción devocionaria un tanto limitada. Iván cree que la vida, en cierta forma, es como un boomerang. Es decir, que todo lo que uno hace, vuelve, de una forma o de otra, a uno. Al decir esto no hablo, ni mucho menos, de un caos conceptual o una especie de vida anárquica desprovista de todo concepto de moralidad, libertad o responsabilidad con uno mismo y los demás. Eso es lo que no supo entender su padre. Él es demasiado taxativo en cuanto a ello, producto de una mente limitada. Iván prefiere creer en la tolerancia, la humildad, la hospitalidad, la bondad... Eso en contraposición a la rigidez, el hermetismo, la negatividad…

Sin embargo, quizás por temor a su padre, a los devocionarios que le rodeaban, al sistema que ejercía sobre él una especie de presión psicológica, o por su propia cobardía, nunca hizo frente a esa situación, nunca expuso sus ideas, nunca trató de buscar su camino; tan solo se dedicó a camuflarse entre la comunidad y pasar lo más inadvertido posible. Se traicionó a sí mismo porque aquello era solo una fachada que trataba de mantener a toda costa, sobre todo desde que murió su madre. En su vida personal, sin embargo, era la antítesis de ello. Esa fue su forma de rebelarse ante todo eso. No se daba cuenta de que, en realidad, lo único que conseguía, era hacerse daño, más del que él creía. En ese tiempo era un pobre estúpido que pensaba que lo único importante era escapar al control de su viejo, sin pararse a pensar en las consecuencias, en las secuelas que alma sufriría. Antes mencioné lo del boomerang y todo eso. Pues bien, Iván lo había lanzado sin pensar que este volvería a él. Su evasión eran sus amigos. Aquello estuvo bien por un tiempo, pero las cosas se fueron descontrolando poco a poco. Fiestas ruidosas, saturadas de alcohol, de música y de chicas liberadas. Era algo que le encantaba. como entrar en otra dimensión, como si sus sueños se hubiesen hecho realidad de repente. A veces bebía tanto que después no podía mantenerse en pie y tenía que ir a dormir a casa de Alberto, un buen amigo, para que su viejo no pudiera verle así. Eso hubiera sido su final. Bebían y hacían locuras... cosas que, de otra forma, no se atreverían a hacer. La complicidad de Alberto le salvó en más de una ocasión, y él también le cubría a las espaldas de vez en cuando. Pero Iván fue descendiendo cada vez más hacia el abismo, caminando siempre en el afilado borde del precipicio, y, llegado al límite de un punto de no retorno, Alberto desistió de continuar ese proceso, tal vez por un insospechado incremento de cordura, y lentamente fue desviándose de su camino, alejándose de Iván. Es un buen tío, y en el fondo, él se alegró de que se impusiera su prudencia, porque, de lo contrario, sabía que habría acabado mal, como él, y eso no se lo habría perdonado. Pero Alberto no se sentía tan desesperado como para tirarse al vacío, no sentía sus ganas de fracasar, no quería que todo se desmoronase bajo sus pies, como le ocurría a Iván. Tan solo buscaba un poco de evasión. El caso es que encontró nuevos amigos. Gente oscura que pertenecía a una realidad diferente. Con ellos probó por primera vez, la hierba. Todo aquello era nuevo para él. Resultaba tan turbio y morboso que le atraía, así que se acostumbró a consumirla los fines de semana, pero siempre intentaba asegurare de que su viejo no lo pillara. Lo que en un principio fue una diversión de fin de semana fue transformándose en un hábito más regular. Él pensaba que en ese nuevo círculo había una hermandad que no había sentido nunca en su vida, ni siquiera dentro del culto. En realidad,

eran crápulas que esperaban ser espectadores de honor en el momento puntual de su debacle, atentos a lo que le pudieran sacar al "niño de papá"; timadores del espíritu, falsos profetas que auguraban nuevas sensaciones mientras permanecían impasibles, expectantes, pendientes a que cayera en la tela de araña. Todo se reducía a su dinero, como mendigos sin escrúpulos, fascinados por la ingenuidad cursi de un "niño bien", persuadidos por su tarjeta de crédito. Pasó de sus antiguos amigos. Los veía tan anticuados... Sus estúpidas fiestas, su ridícula música y sus anticuadas costumbres. Con su "nueva familia" traspasó la línea. Tripis a la luz de la luna. Música estridente. Chicas liberales. Ellas le iniciaron en el sexo. No es que él se lo propusiera así, siempre lo había imaginado de otra forma. Por ese entonces estaba enamorado de Beatriz. Ella era hija de un maestro, miembro también de la iglesia, y era una chica de carácter ladino y sonrisa perfecta, poseedora de una psicología propia de Mata Hari, aunque algo más previsible. Era algo conservadora, la verdad, pero a él le gustaba mucho. Le gustaban sus ojos verdes, su boca siempre tan húmeda, su mirada indiscreta, su naturaleza insaciable, su pragmatismo... Iván intentó conquistarla de muchas maneras, y la insistencia y la paciencia consiguieron que lo hiciera, bueno, o al menos, así lo creyó. Pero poco a poco comenzó a ver detalles que le desconcertaron. Primero fueron sospechas, pero después esas sospechas se convirtieron en actitudes certeras que le irritaron. Por ejemplo, Alberto una vez le comentó que había oído una conversación entre ella y su hermana en la que esta confesaba que entrar en "la familia" era un buen negocio porque sabía que ambos estaban llamados a ser miembros importantes dentro de la iglesia y dentro de la sociedad, y además era una familia que le gustaba a sus padres. ¿Te imaginas eso? Una mercenaria de los sentimientos, siempre al lado del mejor postor. Aun así, Iván se decidió a comprobarlo. Después de varios meses de relación formal, se hizo pasar por su hermano y quedó con ella para "dar una vuelta". La verdad, nunca lo había hecho, me refiero a tomar su identidad delante de una chica, pero no le fue muy difícil, tan solo tuvo cambiar un poco su forma de hablar, y poner mirada de seguridad, como si todo lo que pasara a su alrededor estuviera de antemano planificado, y no le afectara en lo más mínimo. Con un poco de discreción y un ron con cola, pudo sacarle lo que le interesaba. Ella pensaba que Iván era un chico algo pusilánime y poco práctico, e inmaduro. Aspiraba a ser una triunfadora y llevarse el mejor partido, y para ello, debía manejar bien sus cartas. Tenía que apostar por la mejor jugada y lo haría de forma contundente. Aunque Iván le caía muy bien por su naturalidad, e incluso por esa inmadurez, esas cualidades no eran las que ella más valoraba, sino todo lo contrario: un carácter emprendedor, tener metas altas, el hecho de encontrar alguien que estuviera siempre dispuesto a pujar por lo más alto, sin importarle nada... Y claro, ese era Gerardo, así que, haciendo muestra de su astucia y sutileza, le besó, con una intensidad y de una forma que "él" nunca había conseguido "arrancarle". Eso le decepcionó bastante. La maldecía por haber descubierto la verdad. Fue como si algo se quebrara dentro de él. Todo dejó de importarle. Esa noche se volvió loco. Invitó a sus amigos a bebidas y droga e hicieron una fiesta por todo lo alto en casa de uno de ellos. Se colocaron como cosacos y salieron por ahí, de marcha. Hicieron locuras con los coches. Como gente maldita que intenta retar al destino y se ríe de la vida. Sacaron a más de uno de la carretera. Para él, todo era una mierda. Incluso embistieron por un costado el coche de alguien que iba paseando tranquilamente. Iban en dos coches, y uno de ellos era el de Iván, pero él ni siquiera lo conducía, iba demasiado pasado. Toda esa serie de peligrosas estupideces atrajo sobre ellos, inevitablemente, a la policía. Cuando salió del coche, después de que se estrellara contra un árbol de las ramblas, al tratar de huir, comenzó a vomitar, y cuando los demás se percataron

de la inminente presencia de la policía, uno de ellos dijo algo así como "ostia, qué vamos a hacer con Iván?", y otro respondió: "déjalo, tío, o nos pillaran. Su viejo tiene pasta... Que se busque la vida... Y si no que se joda..." Bueno, vino la policía, lo atraparon, le tomaron declaración en la comisaría, y le dejaron encerrado en una habitación, hasta que su padre, una media hora después, vino a sacarlo de allí. Cuando llegaron a casa estaba Gerardo esperándolos, sentado en el sofá, tomándose un vaso de refresco, con una mirada de frustración y de expectación a la vez, como si tuviera una lucha interna entre preocuparse y alegrarse. Durante todo el trayecto apenas cruzaron un par de palabras su padre y él, pero sabía que eso era solo el preludio de una tormenta que más tarde, en casa, se desataría. Su padre había sido siempre tan práctico y conveniente, que nunca había lavado los trapos sucios fuera del hogar. Esa maldita corrección le exasperaba. Una vez en casa, esta estalló, como no podía ser de otra forma, y se dijeron cosas muy duras, sobre todo por parte de Iván. Se sentía demasiado frustrado y su lengua fluyó con demasiada libertad. Su padre intentó reprenderle. Pero, por primera vez, preso de una locura irreverente y desbocada, le hizo frente, y, dejando a un lado todo el temor y toda la capacidad de manipulación que antes había tenido sobre él, le hizo saber que no necesitaba sus valores tradicionalistas, ni su falsa moral. Le confesó también que no quería ser un rico y estúpido médico, que prefería ser un pobre trabajador libre e indiferente. No quería ser como él y no aceptaba su dirección ni su ejemplo. No quería su dios ni sus creencias, ni quería ser alguien importante o alcanzar posición a cualquier precio. Le dejó bien claro que solo aspiraba a ser él mismo y a labrar su propio camino, y a no dejar que nadie condicionara ni su conciencia, ni su destino, ni sus valores. Sentía que todo estaba vacío. Todo era un "sin sentido", absurdo y macabro. Su padre le abofeteó, y , después, se quedó llorando, como un niño pequeño. Su hermano quiso reprocharle su conducta, pero su reacción fue incontrolada y agresiva, y le empujó. ¿Qué culpa tenía de lo que a él le pasaba? ¿Qué culpa de que siempre hubiera sido una sombra borrosa de lo que su padre aspiraba de ambos? ¿Qué culpa de triunfar donde él fracasaba? ¿Qué culpa de que Beatriz hubiera fijado sus ojos en él? No, todo fue culpa de Iván, y así lo sintió él. El destino, o tal vez su cobardía, o un cúmulo de circunstancias incomprensibles, o lo que quiera que fuese, tuvo la culpa. Su padre tuvo entonces que intervenir y detenerle, porque se dirigió hacia él con intención de golpearle. Su paranoia había hecho de Iván un individuo enajenado e incontrolado, carente de todo sentido de equilibrio, de autoestima, y de cordura. Después de eso, y una vez cayó en cuál había sido su estúpido y agresivo comportamiento, se encerró en su habitación, cogió algunas pastillas que tenía escondidas, y se las tomó, impulsado por la desesperación. Estaba harto de su vida...

Bueno, de eso hace ya algunos meses. Gracias a ellos, que se dieron cuenta de que algo no marchaba bien, forzaron la puerta de su habitación, y le llevaron al hospital urgentemente, y pudieron así salvar su vida. Después de eso su viejo decidió meterle aquí, para desvincularle de sus vicios ocultos y de sus fantasmas interiores, y no le culpo. Es duro para Iván, pero tal vez sea un comienzo. Es un reto. Ahora se siente un poco mejor, y no por el trabajo o el tratamiento de los psiquiatras, sino por el hecho de que él necesitaba aislarse de todo, apartarse de su mundo anterior, desligarse de sus miedos y aprender a conocerse, a valorarse un poco mejor, a aceptarse tal como era, con sus virtudes y sus defectos. Sabe que debe hacerse fuerte en un mundo saturado de trampas y donde el suelo se tambalea a cada paso, donde no sabes si serás víctima de las circunstancias, de los demás o de ti mismo. He hablado

con él un par de veces sobre lo que siente, sobre lo que ahora piensa de las cosas, y esto es lo que me ha dicho: "Creo que la vida es como un ciclo, que siempre se repite, pero esta vez intentaré desafiar al destino para que no se vuelva a repetir. Si al menos pudiera aprender de mis errores, daría por válido todos los sin sabores, todas las dudas, los fracasos, las equivocaciones... Bueno, ahora mismo no debo pensar demasiado en ello. Soy como un bebé que comienza a hablar, que aprende a dar sus primeros pasos. Tan solo necesito reflexionar un poco, sobre mí mismo, pensar en quién quiero ser, y ser capaz de desechar todo aquello que me aleje de eso. Así es como me siento. Creo que esto es una nueva oportunidad, más de lo que mucha gente tiene. A pesar de todo, me siento tan perdido y confuso..."

5. Yo

Reconozco que, a veces, he sido insensible. No quiero ser insensible al dolor de los demás. Tampoco pretendo que esto sirva de excusa, pero a veces, cuando te golpean mucho, el corazón se encallece y se hace insensible, insensible ante ese dolor, y ante el dolor de los demás. La gente busca respuestas. En realidad, todos nos sentimos solos y perdidos. Tal vez, por eso, nos afanamos tanto por cosas tan banales y pasajeras. Y, tal vez, por eso también, haya tanta mentira en este mundo. Todos vamos dando palos de ciego. No conocemos el camino. Creemos que lo más inmediato es lo que es más gratificante. Creo que por eso la gente de a rienda suelta, en ocasiones, a la peor parte de ellos mismos. Cuando lo hacemos, tenemos una sensación inmediata de satisfacción pero que hace que, a largo plazo, nos sintamos mezquinos. Y eso, a su vez, genera cosas negativas como el egoísmo, la envidia, la insatisfacción, la crueldad, la hipocresía... ¿Cómo es posible que, en un mundo como este, y ante una dinámica como está, pueden surgir personas tan buenas y tan bondadosas, como Jesús de Nazaret, Gandhi, o Teresa de Calcuta? No lo sé, pero supongo que, en el fondo, se trata de una cuestión de equilibrio. Los ecosistemas subsisten gracias al equilibrio, la vida avanza en el equilibrio, y ante tanta maldad, tiene que haber una bondad sobrecogedora, para equilibrar la balanza. De lo contrario, el mundo se había ido ya a la mierda. Así que no pierdas el equilibrio, nunca lo pierdas...

Ángel.

Ángel siente que es un náufrago permanente. Nunca lo ha confesado. Ni siquiera se lo ha confesado a sí mismo, pero lo sabe. A veces se levanta realmente eufórico, y cree que todo va a ir bien, pero, de repente, se siente desfallecer, y una tristeza inmensa le impregna, y le hace sentir un pobre desgraciado que ha perdido el rumbo de su vida, una vida gris que vive de forma rutinaria y monótona. No sabes por qué ocurre. Es como si tuviera un interruptor, que, de repente, se accionará, y pudiera pasar de la cima a lo más profundo, a una velocidad vertiginosa. Cuando eso ocurre, es como si el mundo se le viniera encima, y no siente ganas de nada. No quiere salir, no quiere hacer nada, solo quiere meterse en su habitación y estar solo. Si acaso hace algo es tocar la guitarra. Pero sus manos se ponen tensas, y su cuerpo rígido, y no le sale nada, y se siente irritado consigo mismo y con el mundo, y tira cosas, y da puñetazos a la pared y llora, y cuando todo acaba, su cuerpo se desploma, y se queda casi sin fuerzas. Su madre siempre le dice que se deje de tonterías, que ya es mayorcito. Ella prefiere refugiarse detrás de una cerveza, o de un vodka con limón. Y es como si viviera fuera de la realidad, en otra realidad, mucho más allá de la de su hijo. Cuando era más pequeño le reñía, sobre todo para que no asustara a sus novios. Uno tras otro la abandonaban, y ella le hacía culpable a él, y le dedicaba un sermón lleno de reproches, que él oía sin poder decir o hacer nada. Era como si la voz de su madre le hipnotizase, y no pudiera hacer y decir nada al respecto. Cuando eso ocurría, se quedaba acostado, sin hacer nada, mirando el infinito, o sentado, metiendo la cabeza entre sus brazos, huyendo de todo aquello, sintiendo como sus palabras le herían y le golpeaban dentro, pero aguantaba estoicamente todo ese dolor porque no sabía hacer otra cosa.

Ángel se siente un bicho raro. Cuando mira a su alrededor todo le parece lejano y vacío. Tal vez por eso le cuesta relacionarse con los demás. Es como si llevará una diana en la espalda. Vaya a donde vaya, y esté donde esté, se siente diferente, se siente el rarito al que todos señalan. En su casa nunca encontró la comprensión que un niño necesita. Su padre les abandonó cuando él tenía diez años. Tampoco le hacía mucho caso, también pensaba que era un niño rarito, pusilánime, enfermizo. Y su madre siempre estaba enfadada, de mal humor. Solía ser grosera y maleducada. Desarrolló cierta inclinación a la bebida, y probablemente padecía ciertos problemas emocionales o psicológicos que se potenciaban con su adicción al alcohol. Con ella todo era una auténtica ruleta rusa. Al menos con su padre sabía a qué atenerse, pero su madre podía pasar de ser encantadora a ser una persona insoportable. Eso, en cierta forma, le hizo reservado y desconfiado, y le hizo ser solitario, inseguro, y emocionalmente inestable. Soporta bien la tortura emocional, los desprecios, los desplantes, los insultos, pero no que le toquen. Eso le pone nervioso. Enciende una especie de alarma en su cabeza, y entonces todo se nubla, y, de dentro de sí sale otra persona, alguien que desconoce y que teme.

En cierta ocasión, tres chicos comenzaron a burlarse de él, a decirles cosas como "friki estúpido" o "rarito maldito". Él, cuando le ocurre una situación como esa, cosa que ocurría más a menudo de lo que él quisiera, simplemente agacha la cabeza, se encoge de hombros y camina a pasos cortos, lentamente. Pero los chicos no estaban satisfechos, y le siguieron hasta un rincón de un pasillo del instituto, hasta que a uno se le ocurrió mandarle a parar. Él hizo ademán de parar, pero continuó su marcha seguidamente, y el chaval le agarró por el brazo y le increpó, intentando hacerle parar e intimidarlo, como suelen hacer los matones de barrio.

Ángel sintió entonces un frío aterrador que iba desde su brazo hasta el resto de su cuerpo. Esa sensación se extendió rápidamente por todo su cuerpo. Se puso entonces en tensión, asustado, casi al borde del colapso. Las voces de los abusones sonaban en sus oídos como gruñidos ininteligibles. Sus caras se deformaban como espectros. El chico lo empujó, mientras el otro se ponía a cuatro patas por detrás, para hacerle caer. Y eso mismo fue lo que ocurrió. Los chicos se rieron de forma cruel, como, por otra parte, suelen hacer los acosadores. Ángel se levantó furioso. Su mirada, sin ser directa y valiente, sino al contrario, esquiva y de soslayo, era intensa y estaba llena de rabia. El jefe de todos ellos, Esteban, que era el que le había empujado, al parecer, no estaba satisfecho aún. Tal vez buscaba humillarlo más o divertirse más a su costa. Borracho de crueldad y envalentonado, le dijo que no le mirará así. Sus ojos ciertamente eran los de un enajenado. Pero Ángel ya no oía nada, solo veía una figura sin rostro y sin apariencia que le venía hacia sí, y, sin pensarlo, como un resorte, saltó hacia él y le mordió, como un animal salvaje, por debajo del cuello y por encima del pectoral. El chico trató de quitárselo de encima, pero el dolor era tan intenso que no pudo hacer otra cosa que gritar como un niño asustado. Los amigos trataron de quitárselo de encima, y tardaron un rato en hacerlo. En poco tiempo, aquello se llenó de gente, que veía, en su mayoría horrorizada, el rostro ido de Ángel, y su boca manchada de sangre, así como las consecuencias del mordisco. Ese episodio marcó la línea que nadie podía traspasar. A partir de ahí continuaron los insultos y el acoso, pero ya nadie se atrevió a tocarlo, al menos durante un buen tiempo. Ángel fue expulsado durante una semana. Una de tantas anécdotas que le ocurrieron. Todos esos años de instituto, fueron muy penosos para él. Tan solo tuvo dos amigos, Marc y Frani. Como él, eran dos "frikis" más, otros dos "raritos". Marc era un loco de Star Wars, y sin embargo Frani lo era de Star Trek. Marc era gordito y le encantaban las golosinas y los dulces, pero Frani era delgado y enjuto, y estaba obsesionado con correr y tener resistencia física. Marc era introvertido y tímido, y Frani hablador. A Marc le encantaba la música electrónica machacona, sin embargo Frani era más de rock duro. Marc era grandote y grueso, pero era apocado, y Fran era menudito pero muy nervioso. Pero los tres también tenían cosas en común: la ciencia ficción, la fantasía, la aventura, y sobre todo, jugar a Dragones y Mazmorras. Era un juego de rol antiguo, pero para ellos era el mejor. También existía Cecilia. Era una chica guapa de piel morena, que vestía con ropas anchas y casi siempre llevaba una gorra americana o un gorrito de lana. Ella no quería nada con él, al menos de forma sentimental, pero no lo trataba mal. En realidad lo trataba como a un colega más, cosa que no estaba mal del todo, aunque no era lo que a él quería. A veces, los sábados, los acompañaba al cine, o, de vez en cuando a jugar, pero, a medida que había ido creciendo, había comenzado a elegir mejor a sus amigos y había empezado a vestir de forma más sexy. Había crecido, no como ellos, que se resistían a dejar de ser unos niños. Todas esas relaciones fueron tortuosas. Sobre todo porque Ángel tenía repentinos cambios de humor. A veces se ponía muy impertinente, o se ponía insoportable, y otras veces nada parecía afectarle. Había ocasiones en las que se hacía muy duro relacionarse con él. Eso hizo que, incluso sus amigos, a medida que iban creciendo, se fuesen distanciando de él, porque a veces, no eran capaces de comprender su comportamiento. Cuando eso le ocurría, se iba un lugar solitario y sentía ganas de llorar y de gritar, porque, ni él mismo lograba entender esos cambios súbitos de ánimo, ni el porqué de su forma de comportarse. A veces se iba a la azotea de su edificio y se sentaba en el pretil, con los pies colgando al vacío, y miraba abajo y lo veía todo pequeño y lejano, y pensaba que debía ser maravilloso dejarse caer y volar, volar como un pájaro. Entonces se alongaba un poco, sabiendo que, si lo hacía un poco

más, la gravedad haría que cayera al vacío, y era como si el abismo le llamará, y se quedaba un instante mirándolo, como hipnotizado, pero después desistía de hacerlo y se acostaba sobre el pretil, que era lo suficientemente ancho, y se ponía a mirar el cielo y se quedaba así por bastante tiempo, flotando en la nada.

No era buen estudiante. A menudo le costaba prestar atención en clase. Generalmente terminaba divagando sobre cosas, esencialmente porque lo que oía no le interesa demasiado. No es que no le gustara aprender, pero la forma mecánica y monótona como solían enseñar sus profesores, hacía que las materias fueran aburridas. Eso, junto a su dificultad para prestar atención por mucho tiempo, resultaba una combinación poco propicia para que mantuviera la concentración en clase. Pese a eso, iba sacando las materias como podía, porque es muy inteligente, a pesar de sus rarezas y todo eso. ¿En qué divagaba? Existían miles de temas. A veces se preguntaba quién era. Otra pregunta era qué sentido tenía todo. También solía reflexionar sobre lo vacía que parecía la vida, o sobre si se tirara de una montaña muy alta, si caería al suelo con los ojos abiertos o cerrados. A veces simplemente se preguntaba por qué se sentía enfadado consigo mismo, con los demás, con su madre, con todo en general. Entendía perfectamente que la muerte de su hermano menor, unos cinco años atrás, fue un durísimo golpe para ellos. Para él también lo fue por supuesto, a pesar de que era aún era un poco pequeño para comprender lo que había ocurrido. Pero no entendía porque sus padres actuaban como si él no existiera. No entendía porque su padre les había dejado, se había ido. También se preguntaba por qué fue su hermano el que murió, y no a él. Y aún hoy día sigue preguntándoselo. De esa forma, tal vez, todo estaría donde debería estar. Sus padres, probablemente también estarían tristes, pero tendrían el consuelo de que tenían a su hermano menor con ellos. Él, seguramente, habría hecho algo provechoso con su vida, y no se comería tanto el coco con cosas absurdas. Y tampoco tendría que pasar por todo aquello. A veces, también, divagaba sobre el orden del universo, sobre si ese orden había sido diseñado por alguien o si, por el contrario, en realidad todo era un caos que engañaba al ser humano, que iba hacía una especie de destrucción, a un colapso, lento pero irremediable.

A menudo tenía problemas para dormir. Nunca le decía nada a su madre, pero padecía serios desarreglos del sueño. A veces le costaba cogerlo. Otras se dormía relativamente pronto, pero se despertaba sobre las cuatro o las cinco de la madrugada y ya no conseguía dormir de nuevo. Incluso había veces que dormía y despertaba varias veces en el transcurso de la noche. Cuando le ocurría ese tipo de cosas, se ponía a leer un libro o un cómic, o a escuchar música, o a estudiar, o a imaginar cosas, o simplemente se ponía a mirar hacia la oscuridad. Eso hacía que muchas veces se durmiera en clase, que tuviera los ojos hinchados, y que su rostro tuviera una expresión ausente. Todo eso unido a lo del mordisco al acosador, hizo que la mayoría comenzará a llamarle "zombi" o "vampiro" o "diablo", en clara referencia irónica hacia su nombre. Al principio, eso le gustó mucho, y estuvo irritado y malhumorado por ello, pero después, con el tiempo, fue resignándose y, simplemente, dejó de demostrar que le importaba.

Una noche, mientras volvía de casa de Marc, pues habían estado jugando al Dangeon and Dragons y a la consola, le sorprendieron por un lugar poco transitado, cuatro chicos, dos del Instituto, que conocía, entre los cuales estaba Esteban, el que recibió la mordida, y otros dos que no reconoció, y, sin mediar palabra, salieron de entre las sombras, y comenzaron a

golpearle indiscriminadamente. Esa forma de actuar demostraba que le tenían miedo, pues en el instituto se había corrido la voz de que estaba loco, y, ¿quien no teme a un loco? El castigo fue muy duro, y le dejaron tirado en el suelo, sangrando y lleno de moratones y contusiones, y una vez allí tendido, indefenso, malherido, fue cuando se dedicaron a jugar un poco con él, y a reírse, y a insultarle y a humillarlo. Pero, por suerte, no duro demasiado, porque un señor mayor fue hacia ellos, lo más rápido que pudo, gritando y haciendo algo de ruido para asustarlos. Bueno, el señor resultó ser el dueño de una pequeña tienda que había no muy lejos de allí. Él le atendió y le dio un refresco. Allí estuvo casi una hora. Quiso llevarlo al hospital, pero Ángel aseguró varias veces que estaba bien. Algo machacado, pero bien. Cuando llegó a su casa, su madre estaba durmiendo en el sofá, probablemente algo "pasada". Su padre ya hacía casi un año que los había abandonado. Así que fue al baño, se miró al espejo para ver su lastimoso aspecto, y se fue a su habitación. Su madre, por supuesto, no se dio cuenta de nada.

Al día siguiente fue inevitable que lo viera. Ella se alarmó, y le preguntó qué le había pasado, y él le dijo que unos chicos le golpearon un par de veces cuando volvía de casa de Marc, pero que no tenía importancia.

-¿Quiénes fueron?- Le preguntó ella enfadada.- ¿Viste quiénes fueron? ¿Los conocías?

-No, mamá, no los pude ver bien.

-Pero... ¿te pegaron así por las buenas, sin más ni más?- Su voz delataba cierta incredulidad.

-¡Si! Iba caminando y se echaron sobre mí, de repente. No los vi.

-Pero, ¿te robaron o algo? ¿Empezaron a pegarte porque sí?

-No, creo que no.

-Pero, ¿por qué?

-Yo qué sé, mamá.

-¿No me estarás mintiendo, verdad?

-No, no te miento.

-¿No estarás metido en algún lío, no? -¡Si estás en algún lío, quiero que me lo digas! ¡No quiero que me mientas!

-Pero... ¿en qué lío voy a estar metido?- Ángel se enfada ante su reiterada desconfianza.

-No me estás diciendo la verdad, Ángel. ¿Quiénes eran esos chicos? ¿Y, por qué...?

-¡No lo sé mamá! ¡Ya te lo he dicho! Hay mucho frustrado por ahí...- Su desconfianza y el interrogatorio al que está siendo sometido lo sacan de quicio. Era como si, de alguna forma, lo estuviera acusando, de ser el culpable, a él.

- Fue ayer por la noche... ¿Porque no me lo dijiste cuando llegaste? ¡Estaba en el sofá, descansando un poco!- Su madre estaba visiblemente molesta.

-¡Sí, descansando...!- Protestó en forma de reproche, aunque desistió de continuar con lo que hubiera sido su respuesta completa: "¡Sí, durmiendo la mona, borracha como siempre!" Pero se contuvo. Lo único que quería es irse al instituto. Una vez allí, varios de los golpeadores lo vieron y sonrieron satisfechos. Lo hicieron sin ningún tipo de reparo. Ángel no lo encajó mal, ni se mostró demasiado afectado. Estaba acostumbrado a sentir los golpes de la vida, fuera de forma física o emocional. La costumbre puede llegar a ser una fuerza muy poderosa.

Al acabar el instituto, tuvo que enfrentarse al mundo laboral. No quiso estudiar, y sentía que tampoco podía seguir haciéndolo. No contaba con el apoyo de su madre, ni tampoco de su padre, que casi se había desentendido por completo de él. Por tanto, la cuestión económica en casa iba bastante mal. La pequeña casa era propiedad de su madre, donada por sus abuelos antes de morir. Y eso suponía un pequeño respiro, pero había facturas que pagar y por supuesto tenían que comer. Así que su madre trabajaba en lo que podía, limpiando casas y locales sobre todo. No había sido fácil adaptarse a esa situación, sobre todo para una mujer madura que había trabajado poco en su vida. Esa situación había llevado mucha tensión e inestabilidad a su vida familiar, cosa que obligó a Ángel a tratar de buscar una salida laboral después del instituto, además de que le hiciera aislarse de todo lo que le rodeaba, encontrando en el pequeño sótano de la casa su paraíso o su infierno particular, dependiendo de las circunstancias. Encontró un empleo en una empresa de construcción, de forma eventual. Adaptarse a eso le costó algo de tiempo. El trabajo era duro y agotador. Eso, al menos, le permitió ganarse algo de pasta y poder darse algunos caprichos, por primera vez en su vida, aparte de contribuir a la economía del hogar, por supuesto. Uno de esos caprichos fue comprarse una Harley de segunda mano. Algún tiempo después, conoció a María, que era camarera en una pequeña cafetería que había cerca de unas de las obras en las que trabajó. Era una chica tímida y algo callada, de mirada frágil, también con una historia familiar algo desdichada. Estuvo cinco meses yendo allí, a la cafetería, a comerse el bocadillo o a tomarse un café o una cerveza. Durante todo ese tiempo, desarrollaron una cierta complicidad, que no confianza, pues Ángel le costaba socializar, y María era demasiado tímida para tratar de dar un paso hacía una meta que en realidad quería. Después lo trasladaron a otra obra que estaba a un par de kilómetros de la cafetería, y, sin saber por qué, ni plantearse nada específico, siguió yendo allí, con menos asiduidad, pero no dejó de hacerlo.

En cierta ocasión, aparcó su moto en la entrada de ésta, cosa que a María le gustaba; le gustaba verlo llegar en su en su bonita moto negra; y entró en el local, sentándose en una mesa de una de las esquinas.

-Hola, bue... buenas tardes.- Le saludó ella algo nerviosa.

-Hola María, ¿cómo estás?

-Bien. ¿Y tú?

-Supongo que bien.

-¿Qué te pongo? ¿Lo de siempre?

-Sí, lo de siempre.- Y ambos sonríen. A esa hora de la tarde, cuando salía de la obra, solía comerse un buen bocadillo y una cerveza.

María se va y vuelve al rato con su cerveza y su bocadillo de tortilla y queso.

-¿Qué tal la tarde, María?- pregunta Ángel tomando, a continuación, un sorbo de cerveza.

-Bueno, más bien tranquila.

-No hay mucho trabajo.

-No, bueno... algo, no demasiado.- Y mira a su alrededor indicando que no hay mucha gente en el local.- Tú ya no estás por aquí ¿no?

-No, no... Acabamos el trabajo aquí y ahora nos hemos ido un par de kilómetros al norte de la ciudad.

- ¡Ah...! Y cómo es que... Bueno...- Se atreve a decir ella, sorprendiéndose de sí misma.

-Me gustan los bocadillos qué hacéis aquí.- le contesta Ángel sonriendo, sin titubear lo más mínimo.

María se siente algo nerviosa y excitada. No sabe cómo tomar ese comentario. Desde luego se siente halagada. Sospecha que hay algo más que el bocadillo. Pero no sabe cómo actuar, qué decir, ni qué hacer. Tan solo sonríe y lo mira de forma tímida, pero no dice nada. Se va entonces a atender otras cosas, deseando que le pida su teléfono o le dé el suyo. Pero él no lo hace, nunca lo hace. Es amable con ella, es atento, siente que existe una especie de conexión o atracción entre ambos, pero algo lo retiene, y no sabe qué es. O tal vez tan solo trate de tontear con ella, o simplemente sea su forma de ser y trate de ser amable. Pero ella no lo cree, no quiere creerlo. Algo lo retiene, y ese algo no le deja ser cómo es, como quisiera ser con ella, y María lo intuye, pero no es capaz de hacer ni decir nada. Al final hablan un poco más, y cuando él termina, le cobra, recoge su dinero, mira con agrado la buena propina que él siempre le deja, y espera algo que no ocurre.

-Bueno, que tengas buena tarde. -Le desea él con afabilidad.

-Gracias, y tú... igual.

-Ya nos veremos.-Y, por un segundo, María cree que le va a decir algo más, pero no es así, y lo ve largarse, y oye el ruido de su moto, que se va alejando, y siente tristeza en su corazón.

A partir de ahí, Ángel va menos a la cafetería cada vez, pues le vuelven a trasladar a otra obra que está más alejada, a unos cuarenta kilómetros. Y casi pierde el contacto con ella, a pesar de que, no sabe por qué, le apetece verla, pedirle el teléfono, quedar con ella para ir al cine o a tomar algo. Pero siempre hubo algo que lo retuvo. A menudo se dejaba llevar por su corazón, pero le frenaba algo que le parecía frustrante, y que no podía evitar. Era el hecho de pensar qué clase de vida podría ofrecerle, qué clase de persona era él para poder entablar algún tipo de relación estable. Sentía que siempre se fastidiaba todo su alrededor. Nada parecía funcionar, desde que tenía uso de razón. Tal vez era lo mejor para ella. No quería "exponerla" a una persona que llevaba tanto desaliento, tanta frustración en la mochila. Una persona que era como varias personas en una, y nunca sabía cuál de ellas saldría, si la afable, la amable, la entusiasta, la triste, la frustrada o la enfadada. La inseguridad de su infancia seguía latiendo

dentro de sí, acosándole. Tal vez estos temores estaban más interiorizados, o más asimilados, o simplemente más ocultos, pero seguían ahí. Sus fantasmas seguían con él, no le habían abandonado. Él no los había combatido, no los había expulsado de sí. Tal vez solo había cerrado los ojos. O los había encerrado en una habitación muy oculta de dentro de sí mismo. Pero de esa forma, los problemas, las inquietudes, las frustraciones, no desaparecían. Entonces decidió irse de la obra. Estaba harto de que le trataran mal y de que su vida tomara, cada vez, un cauce más incierto. Pasó una racha muy mala, en la cual se sumió en una depresión cruel, y en la cual se aisló de todo en su pequeña sótano. Y se perdió entre sus fantasmas, y luchó con ellos como el drogadicto que se encierra varios días en su habitación para pasar el síndrome de abstinencia. La batalla fue dura, le dejó realmente exhausto. Y trató de recomponerse de sus propias ruinas, curar sus heridas. Cogió los pedazos que aún seguían intactos, y los que no los desechó. La primera cosa que hizo, a continuación, fue buscarse algo con lo cual ganarse la vida. Encontró un puesto de mantenimiento en una urbanización de gente de elevado poder adquisitivo, y se instaló allí, en una pequeña casa que la urbanización le proporcionó. Por tanto, se independizado de su madre, dejando atrás ese lastre. Encontró que ese trabajo le gustaba. No tenía estúpidos compañeros que le acosaran ni le maltrataran verbalmente. Tampoco un jefe que a veces le exigía más de lo que un ser humano podía dar. Allí encontró la paz necesaria para ordenar sus pensamientos. A veces, limpiaba las piscinas, otras arreglaba algún enchufe que se estropeaba, o cuidaba los jardines, o conversaba con alguna viejecita entrañable que le preparaba un café. Con el tiempo, eso le ayudó a sentirse más centrado y más fuerte, y le permitió sentirse capaz de ir a un psicólogo. Este, después de varias sesiones, le diagnosticó "trastorno bipolar", y "trastorno maníaco depresivo", y le puso un tratamiento y una terapia. Con este y con muchas sesiones, pudo ir superando, poco a poco, gran parte de sus carencias y miedos, y pudo ir dejando atrás mucho del lastre que le frenaba y le hundía en un abismo oscuro y solitario. Después de un tiempo, se sintió también con fuerzas para volver al café, a buscar a María. Esta vez no titubeó, ni se aisló dentro de su propio caparazón. La miró a los ojos y le sonrió, y sintió como estos se abrían como un par de ventanas hacia el alma. Ella también le sonrío de esa forma ingenua y tímida que a él tanto le gustaba. Y, a partir de ahí, él le pidió una cita, y no hubo una sola, hubo muchas más. Pero todavía sentía que había algo más que debía resolver. Era una sombra alargada que caía sobre él. Se trataba de Esteban, el líder de sus acosadores, el que él mordió, el que urdió el plan para pillarlo en la calle la tarde que venía de casa de Marc, y darle esa salvaje paliza. Ese fantasma seguía dentro de él, agazapado, amenazando con salir en cualquier momento y desestabilizar su vida de nuevo. Era como algo maligno, algo que provenía más de su interior que de Esteban mismo. Pero una noche, casualidades de la vida, tomando unas copas en un bar, lo vio, medio borracho y con un aspecto lastimoso, y lo abordó, tratando de superar así ese fantasma que le acosaba, pero con sed de venganza en su interior. Sabía que no era ese el camino, pero no podía evitarlo, esa mezcla de miedo y odio era como un veneno para él. Pero Esteban ya no parecía aquel chaval arrogante, belicoso y enterado, que le hiciera la vida imposible en el instituto. Más bien parecía desdichado. Cuando lo abordó y éste lo reconoció, puso cara de sorpresa y de incredulidad, y se sintió visiblemente perturbado. Pero, a continuación le extendió la mano, y se sintió, aparentemente, satisfecho con el encuentro. Entonces le invitó a unas cervezas, y hablaron durante un buen rato sobre muchas cosas, sobre todo de los viejos tiempos. Entonces este se derrumbó, y lo confesó lo mal que le iba la vida, tal vez por su forma de actuar y por su falta de escrúpulos y de consideración. Por lo visto, había tenido diversos

problemas de índole familiar y personal, y estaba muy "tocado" por ello. También le pidió disculpas por todas las maldades que le había hecho en esa época juvenil, asegurándole que no sabía lo que hacía y que nadie merece que le traten así. Una y otra vez se mostró arrepentido, y también le confesó que estaba sin trabajo y que estaba desesperado. Entonces él le dio la tarjeta del administrador de la urbanización, a ver si tenía algo para él. Más por pena que por otra cosa, porque él también había pasado por muchos momentos en los que todo a su alrededor le aplastaba como una pitón que intenta cazar a una pobre víctima, y eso era algo ciertamente insoportable. Con un poco de empatía y algo de compasión, más o menos todo quedó enterrado entre ambos, enterrado en un pasado triste, cruel, solitario...

Ángel abre los ojos, y ve la austera habitación. Le duele la cabeza, y se echa mano a ella. También le duelen las muñecas. Ayer tuvieron que amarrarlo porque sufrió una de esas crisis en las que le da por golpear cosas, o le da simplemente, por gritar y tirarlas. Lleva aquí unos tres meses, en este frío lugar. Trata de engañarse a sí mismo y se imagina que todo paso de esa forma, pero lo cierto es que no fue así como ocurrió, al menos hasta que dejara la empresa de construcción. En su mente, el imagina que ocurrieron esas cosas, o que debieron ocurrir. Pero, lo cierto es que no fue así cómo ocurrió. En primer lugar, lo echaron de la empresa por sus problemas casi continuos con algunos de sus compañeros, y por alguna que otra pelea. Tampoco se puso a trabajar por su cuenta. Se encerró en su sótano y estuvo mucho tiempo sin salir. Durante ese intervalo, su madre murió. Una de las veces, venía de una fiesta de carnaval, borracha por supuesto, y cruzó una calle sin mirar. Venía otro conductor borracho a toda velocidad y la atropelló. Murió un par de horas más tarde, en el hospital. Su padre, entonces, volvió a aparecer en su vida, y le dio una pequeña manutención, pero a los seis meses le dijo que se la quitaba porque se había hecho un vago, porque, según él, lo único que hacía era estar en su casa tirado sin hacer nada. Tuvieron que vender la casa para pagar algunas deudas. Entonces él se fue a vivir a casa de María, pues para ese entonces ambos mantenían una especie de relación seria. Algún tiempo después encontró trabajo de jardinero, y eso le ayudó a sobrevivir. Tampoco quiso ir a un psicólogo, al menos de forma continua, a pesar de ser consciente de que tenía problemas psicológicos. En cuanto a María, lo cierto era que había pensado distanciarse de ella, pero un casual encuentro hizo que su relación fuera más allá de la cafetería. Ambos se fueron involucrando emocionalmente el uno con el otro, hasta que Ángel le propuso irse a vivir a su casa, cosa que ella aceptó encantada. A partir de ahí, toda su relación fue como una montaña rusa. María era una chica sencilla, cariñosa, tímida, que se vio sumergida en las turbulentas aguas de una relación inestable y poco definida, con una persona que mostraba una gran inseguridad emocional. Poco a poco fue descubriendo todo esto. Fue descubriendo lo que era vivir con una persona que cambiaba constantemente de humor, que lo mismo era la persona más amable y cariñosa del mundo, que el tío más desagradable e insoportable que había conocido. Lo que era convivir con una persona que duerme poco y mal, y que no sabe lo que quiere, que se encierra en sí misma y se hace autodestructiva. Ella sufrió mucho. Esa relación se transformó en una especie de enfermedad que la fue devorando poco a poco, pese a que a él la quería y no quería hacerle daño, ni tratarla mal. Pero las personas pueden sufrir hasta un cierto punto, y pueden entender ese dolor hasta un cierto límite. Más allá de ese límite sólo existe el miedo y el vacío más absoluto. El detonante mayor de toda esa situación de inestabilidad emocional fue el encuentro casual

que Ángel tuvo con Esteban, el acosador, que eso sí que ocurrió de verdad. Cuando Ángel lo vio, sintió como si un alien se revolviera dentro de su estómago. Por unos segundos, lo miró con ojos incisivos cargados de una amargura visceral y sobrecogedora, pero pasado esos momentos iniciales de ira, desistió de todo ese veneno que le comía el alma, y, simplemente, se hizo el tonto, y se dirigió hacia la barra, a tomarse una cerveza. La casualidad hizo que este se quedará solo, porque un par de tipos que estaban con él se largaron, y este, en un giro casual de su cabeza, lo enfocó en la barra, y lo reconoció, a pesar de que tenía el pelo más corto y de qué estaba más fornido. Entonces Esteban, que estaba algo alegre, se dirigió hacia él y lo saludó con efusividad, como si hubieran sido viejos amigos que se reencuentran. Esa efusividad lo carcomió por dentro, como un fuego que lo fuera quemando poco a poco, pero tuvo la entereza de disimularlo y fingir sorprenderse por el encuentro. Entonces estuvieron un buen rato hablando y tomando cervezas, por los viejos tiempos, como le decía Esteban. Este parecía seguir tan fanfarrón como siempre. Y entonces este empezó a rememorar los viejos tiempos, y a hablar de cómo era él, y comenzó a burlarse de lo estúpido y timorato que era, y a reírse de las anécdotas de cuando lo acosaba y de cuando le dio la paliza. Ángel no dijo nada, solo sonreía de forma hipócrita, pero algo en su interior se estaba transformando, como si el "alien" que tenía en el "estómago" comenzará a despertar y estuviera hambriento. Incluso fue capaz de reírse cuando esté recordó el bocado. Bueno, llegó un momento en que Ángel decidió terminar la conversación, y se excusó, despidiéndose de él. Antes de marcharse, Esteban le pidió el número de teléfono, y él se lo dio, aunque ya tenía en la cabeza lo que iba a hacer. En vez de salir, cuando éste no miraba, se fue al baño y se quedó por allí un buen rato, esperando a que apareciera Esteban. Era inevitable que, después de tanta cerveza, visitará el baño más pronto que tarde. Allí lo sorprendió y comenzó a golpearlo, tirándolo al suelo, y propinándole una buena paliza, hasta que un par de tipos entraron y él paró, un poco dándose cuenta de lo que acababa de hacer. Sea como fuere, era como si algo hubiera nublado su razón y le hubiera impelido a actuar así. Después de eso le trajeron aquí. No lo lleva demasiado bien. Eso de que lo estén controlando continuamente, hace que se sienta como una rata acorralada. Aunque, el hecho de encontrar a otra gente que está igual que él, y poder establecer una especie de complicidad con algunos de ellos, le hace sentir mejor, al menos no tan solo. Y a veces esa parte de él sale, y eso le hace sentir mejor, le hace sentirse tranquilo, pero otras veces sale la parte que se siente acorralado, y se pone nervioso, y se vuelve agresivo y desconfiado. Así que, supongo, que le ayudarán a encontrar ese equilibrio interior que le permita sacar su verdadero yo al exterior, y no todo esos "yoes" tan negativos cómo lejanos de sí mismo, de su verdadera personalidad. O simplemente lo atiborraran de pastillas para tenerlo controlado. María viene de vez en cuando a verlo. Entonces es cuando más noto que su alma se rompe en mil pedazos. Sobre todo cuando ella se va. Él la mira con ojos profundos, cargados de pena, y se pregunta por qué, por qué. En el fondo, la psicología humana es increíble. Una persona puede estar rompiéndose por completo en mil pedazos, y estar sentada como si nada, junto a ti, manteniendo una lucha interna que no sabe si está ganando está perdiendo, pero que la está destruyendo interiormente. Pero llega un momento en que ésta se desmorona. Por eso, a veces, una persona puede llegar a hacer algo que juzguemos como una locura, o simplemente se venga abajo como un edificio en demolición, y el resto de la gente, a su alrededor, se pregunte sorprendida que cómo era posible que esta persona tuviera ese desenlace, sí no parecía estar tan mal.

Supongo que poco a poco tendrá que ir asimilando su situación. Eso le ayudará a conocerse mejor, a sentirse más seguro, a superar sus miedos, luchar contra sus fantasmas, a no luchar contra sí mismo.

6. Yo

A veces, he tenido la sensación de que vivía dentro de un sueño. Sé que esto es una locura, pero ¿no lo es también la vida? A veces despierto por la noche, y tal vez sea porque me siento desorientado, que no sé exactamente dónde estoy. No quiero decir que no sepa dónde estoy durmiendo o que acabo de despertarme. Quiero decir que no sé exactamente en qué plano de la realidad me encuentro. Es como esa historia que una vez leí, sobre un monje chino que acababa de soñar que era una mariposa que revoloteaba por el bosque, y al despertar, no sabía si era un hombre que había soñado ser una mariposa, o una mariposa que estaba soñando que era un hombre. Bueno, la percepción que tenemos de las cosas va a influir mucho en cómo vivimos la vida. Y, yo creo que, cuando ocurre algo como eso, puede ser porque se sufre una especie de desapego de la realidad. Puede que todo llegue a parecerte tan vacío, tan lejano, tan vano, que llegues a pensar que esta realidad no es tan "real", que tiene que haber algo más. A veces damos las cosas por sentado pero, y ¿si todo esto no fuera como parece? No sé si esta realidad es tan "real" como parece o no, pero sí sé que la realidad tiene muchos matices. Y esos matices lo hacen todo. Hacen que tu vida sea de una forma o de otra. No esos matices en sí, sino como los ves tú. También me acuerdo de una película que vi una vez. En ella al protagonista se le daba la opción de elegir entre una realidad complaciente pero totalmente falsa, o una realidad dura y catastrófica, pero verdadera. Supuesto, el “prota” eligió la segunda opción, de lo contrario pienso que no habría habido película. Pero, en la realidad, la mayoría de la gente creo que elegiría la primera opción. Básicamente porque nos resulta fácil engañarnos, sobre todo para complacernos a nosotros mismos. En alguna que otra ocasión he escuchado o leído, una especie de dicho o de refrán, no sé exactamente lo que es, que dice así: "vive tu verdad aunque sea una mentira." Y eso es lo que mucha gente vive, tal vez incluso yo mismo. Una mentira sobre uno mismo, sobre lo que le rodea, que uno sabe que es mentira, pero que resulta más cómoda y mejor que vivir la realidad pura y dura. Por eso mucha gente, a veces, abre los ojos, y les resulta muy dura la realidad, y pretenden escapar de ella de muy diversas formas, la mayoría algo autodestructivas. Y hay gente que cae al abismo y lo da todo por perdido, sin darse cuenta que esa terrible realidad de hoy, qué tal vez te empuja hacia el abismo, hacia el desastre, tal vez mañana se transformé en algo muy distinto, y que esa misma terrible realidad de hoy, tal vez haga de ti una persona más fuerte, más sabia, y que te hará disfrutar mejor de las pequeñas cosas de la vida. Al menos eso es lo que siempre me digo, sobre todo cuando noto que algo dentro de mí me empuja hacia el abismo. No quiero echarlo todo por la borda, porque hay cosas que cuando se pierden, ya no se pueden volver a recuperar. Pero, a veces es tan difícil...

Lucía.

Lucía se encuentra en un valle profundo, con un cielo azul oscuro fluorescente, y un horizonte que se cierra ante sus ojos, tenebroso, enigmático. El ambiente es espeso, pesado. Flotan partículas de polvo, pedazos de astillas, minúsculos puntos de la más diversa variedad, como si la atmósfera fuera muy densa. No sabe cómo ha llegado allí, simplemente está allí. Otea el horizonte, pero es en vano. Cuanto más concentra su vista en un punto incierto de la lejanía, está se hace más impenetrable y cerrada. Comienza entonces a caminar. No sabe hacia dónde, simplemente camina hacia adelante. Tal vez así llegue a alguna parte. Aunque sabe que es poco probable, en aquel lugar lo evidente resulta engañoso.

-¡Maldita sea!- exclama ofuscada. Y su voz va rebotando una y otra vez, alejándose en un extraño eco.

Después de caminar un buen rato, se para y mira a su alrededor. Tiene la impresión de que no se ha movido del sitio. Es como si siempre fuera a parar al mismo sitio. Tal vez esté dando vueltas y vueltas y por eso siempre va al mismo lugar. Pero no lo sabe con certeza. Entonces se enfada y comienza a correr. Sabe que es algo estúpido, porque en aquel lugar ir más rápido no es sinónimo de avanzar. Aun así lo intenta por un buen rato. Pero al correr tiene una extraña sensación. Se para entonces y mira hacia atrás. Delante de sí permanece el vasto horizonte, pero detrás ve unas extrañas paredes de rocas qué ascienden hasta el cielo. Sabe que, en cualquier lugar, eso sería imposible, pero no en ese lugar. Entonces sigue caminando. Y tiene la extraña sensación de que, a cada paso, el paisaje se va cerrando poco a poco sobre ella. Se para y vuelve a mirar hacia atrás. Y, en efecto, como temía, la pared que tenía tras de sí está mucho más cerca que antes. Pero, además de eso, observa que a los lados también se han levantado extrañas paredes. Aún están lejos, como estaba la que estaba detrás, pero sabe que es cuestión de tiempo que se vayan cerrando sobre ella. Angustiada empieza a correr de nuevo. Esta vez no es una sospecha. Escucha unos chasquidos, como un pequeño terremoto, y comprueba que las paredes van estrechando el cerco sobre ella, se van cerrando cada vez más. Sigue corriendo, pero esta vez de forma desesperada, intentando huir de eso, aunque sabe que será imposible. Los muros se van cerrando sobre ella, van haciéndose cada vez más angosto, formando una especie de pasillo que se cierne sobre ella. De repente, nota que el suelo se hace como blando, y como, a cada paso que da, se va transformando en una especie de pendiente, de escalera que baja hacia abajo. Ahora el pasillo es muy estrecho, como un pasadizo que baja hasta el mismo corazón de una tierra extraña y desconocida. Y de repente, como un precipicio que surge de la nada, el vacío más absoluto aparece delante de ella, un vacío que no puede eludir, que no puede evitar, y cae en él, flotando, alejándose, entrando en una oscuridad fluctuante y tenebrosa. Lo que en principio se hace una caída suave, que la va llevando a la deriva, termina por transformarse en una caída fulminante y angustiosa. A toda velocidad, a una velocidad vertiginosa, hacia el abismo más insondable...

Lucía despierta desorientada. Le duele la cabeza. Se queda un rato en la cama, tratando de volver a la realidad. Sabe que estuvo en ese otro mundo, y sabe que sintió mucho miedo, pero no quiere pensar demasiado en ello. Se echa mano del cuello, masajeándolo levemente. Un instante después se levanta y se hace un café con leche. En su cabeza, aún perdura la

sensación de caída al vacío, pero sabe, por experiencia, que esa sensación irá desapareciendo poco a poco, a medida que se va introduciendo, de nuevo, en esta otra realidad.

De pequeña sufrió terrores nocturnos. Ella no lo recuerda bien, pero, por lo que le han contado, se incorporaba en la cama, con los ojos abiertos, pero dormida, y se ponía a llorar aterrorizada. Su padre siempre se levantaba y se ponía a su lado, para asegurarse de que no se hacía daño, y después se quedaba hasta que ella se volvía a dormir profundamente. Su padre, que se llamaba Andrés, aunque todos los amigos le llamaban Andy, era un chico de barrio, de familia humilde. Su madre, Luna, sin embargo, era una chica divertida y caprichosa de familia adinerada. Un día, por las casualidades de la vida, se conocieron, y una especie de flechazo surgió entre ambos. Andrés se quedó prendado de su desparpajo, de lo divertida y atrevida que era, y de su bonita figura, hay que decirlo también. Para Luna, fue algo diferente. Digamos que a ella le encantaba conocer gente, y Andy era muy diferente al tipo de chicos que ella conocía en la esfera en la cual solía moverse. Era osado, era independiente, parecía muy seguro de sí mismo. Eso la cautivó. Así que comenzaron una relación, la cual sus padres desaprobaron tajantemente. Eso lo hizo incluso más atractivo para ella, que estaba en una fase de rebeldía total hacia ellos. Desde que había dejado de ser niña, y había comenzado a ser una adolescente, el choque entre ambas partes había ido generando cierta tensión y cierto distanciamiento. Sus padres eran de otra época, con mentalidad algo retrógrada, con cierta inclinación hacia la disciplina, algo rígidos. Y ella necesitaba expandir sus horizontes, necesitaba sentirse libre, odiaba sentirse agobiada. Se asfixiaba con esa especie de control que intentaban ejercer sobre ella. Así que trataron de prohibirle que siguiera viéndole, pero ella hizo caso omiso de esto. Ya no era ninguna niña, así que conociendo lo impulsiva que era, decidieron dejarla un poco de la mano, tratando de no tensar demasiado la situación, pensando que, si no insistían demasiado, quizás ella iría olvidándose de él poco a poco. Después de todo era un pobre desgraciado, y tampoco era el primer chico con el cual tonteaba un poco. Pero la situación dio un giro inesperado para ellos. Un día, les trajo de noticia de que estaba embarazada. Ni que decir tiene, que los cimientos de su casa "temblaron". Como suele pasar en este tipo de situaciones, la confrontación fue intensa e irremediable. Y, como suele pasar en este tipo de casos también, se dijeron cosas muy dolorosas por ambas partes. Una ruptura emocional entre ella y su padre. Tanto así que se largó de casa. Luna se indignó sobre todo con el hecho de que su padre casi la obligará a abortar. Pero ella no aceptó la coacción y se largó de casa, dispuesta a tenerlo. Ambos, Andrés y Luna, formaron un hogar, y tuvieron a Lucía. Al principio todo fue muy difícil. No bastaba con el amor y el empeño que él ponía. Había muchas cosas que los distanciaba. Cosas que poco a poco fueron emergiendo. Fueron seis meses muy duros para Luna. Perder su independencia, jugar de repente a ser mujer, salir del hogar, verse atada por obligaciones que desconocía... Ser madre era algo más que un juego. Era más que rebelarse contra su padre, y llevarle la contraria. Descubrió que no estaba preparada para eso. A pesar de ello, se tragó su orgullo y no recurrió a él. Mientras, Andrés trataba de ganar el pan, cosa que se le hacía muy difícil. A veces trabaja de vigilante nocturno. Otras veces en la carga y descarga de contenedores. Se ganaba la vida como podía, nada estable. Y eso parecía poco para Luna. Él tenía la sensación de que ella, a medida que había pasado el tiempo, se había ido arrepintiendo de su decisión. Pero estaba demasiado ilusionado como para tenerlo en cuenta. Pensaba que debía ponerse en el lugar de ella. Tener paciencia, ser empático, muy empático. Se decía a sí mismo, que cuando naciera la niña, todo cambiaría.

Cuando Lucía nació, la situación no cambió demasiado, al menos para mejor. Aunque el nacimiento de ella hizo que padre e hija se reconciliaran, Andrés siguió sintiendo el rechazo de ellos. Él seguía siendo un extraño que había entrado en sus vidas para torcer todos los planes de ellos con respecto a su hija. A pesar de que le ofrecieron mejorar su situación, con cierta ayuda económica y un lugar donde vivir dentro de su círculo familiar, más concretamente bajo su propiedad, él rehusó la ayuda, aferrándose a un sentido de amor propio y terquedad que Luna no entendió. Eso generó ciertas tensiones entre ellos.

Todo aquello que parecía tan idílico, tan fuerte e intenso, tanto así como para que ella se revelará a su padre, fue desmoronándose poco a poco. A pesar de eso, Luna aceptó la decisión de Andrés a regañadientes. Pero Luna no pudo renunciar a al favor de su padre. Él les ayudaba económicamente, aunque Andrés no quería darse por enterado del tema. Solo esperaba que ellos le aceptaran, no sentirse rechazado de esa forma, pero él nunca tuvo la sensación de formar parte de su familia. Le miraban como a un extraño, le seguían mirando de esa forma. Así transcurrieron los primeros cuatro años de Lucía. Tenía devoción por su padre. Para él, ella era su "princesita". Siempre jugaba con ella y le dedicaba todo el tiempo que podía. Era afable y era complaciente, y muy divertido. Su madre, sin embargo, era algo diferente. En cierta forma, se sentía atrapada en aquella vida tan diferente a la que había llevado anteriormente. No se sentía libre, se sentía agobiada. Aquel había sido un cambio muy brusco y radical para ella. Echaba de menos vivir como antes, a sus amigas, sus caprichos, sus locuras juveniles. Una vez pasado ese estúpido pulso con su padre, fue volviendo a la realidad poco a poco, hasta encontrarse en un punto en el cual sentía no debía estar. Retomó entonces los estudios, hizo las paces con su padre, y volvió con sus amigas, lo cual hacía que no tuviera demasiado tiempo para ella. Al menos, tenía a su padre. Algún tiempo después, Luna decidió volver a casa de sus padres. Estalló una fuerte discusión entre ambos. Andrés no podía creer que eso le estuviera pasando. No podía creer que Luna fuese tan infantil de abandonarle tan solo por querer estar al amparo de papá y mamá. Pero así fue. Ella volvió con ellos, y Andy se quedó totalmente destrozado y abatido, tal vez porque sabía que era inevitable que pasará, tarde o temprano. Tal vez por eso fue tan terrible, porque, a veces, las cosas que parecen inevitables, son las que más duelen.

A Lucía no le gustaban mucho sus abuelos, le daban miedo. No había conocido a los abuelos paternos, porque estos habían fallecido hacía algunos años. Pero sus abuelos maternos eran algo distantes y rígidos. Y, para ella, al principio eran unas personas mayores y extrañas. El hecho de que le obligaran a distanciarse irremediablemente de su padre, le hizo sufrir bastante. Durante esos primeros años sufrió ciertas carencias afectivas, que ni su madre, más ocupada de sí misma y de sus sueños y ocupaciones, ni sus abuelos, que parecían no ser capaces de conectar con ella, pudieron suplirla. Luna retomó sus estudios de abogacía, retomó también su vida anterior, y comenzó a trabajar parcialmente en el bufete de abogados de su padre, y poco a poco fue olvidándose de Andrés. Todo eso le absorbía tanto tiempo que apenas lo tenía para Lucía. Andy, de vez en cuando, en realidad cuando podía y le dejaban, pasaba algún tiempo con su hija, pero no era suficiente para ninguno de los dos. Pero cuando Lucía tenía ocho años, su padre falleció. Fue en accidente de circulación. Se salió de la carretera y cayó a un pequeño barranco, matándose en el acto. El mundo, entonces, se convirtió en algo terrible y cruel para ella. La ausencia de su padre supuso un profundo golpe, haciendo de ella una niña reservada, triste y confusa. A partir de ahí, comenzó a tener una

especie de terrores nocturnos. Se despertaba en la noche llorando angustiada, aterrorizada. Los episodios se repitieron por unos dos años. Su madre la llevo a diferentes especialistas, y todos apuntaban en la misma dirección; que todo era fruto del tremendo choque emocional de la muerte de su padre, y que no había ningún tipo de tratamiento para paliar esos episodios nocturnos. Hasta los doce años, esos episodios fueron repitiéndose, aunque, a medida que fue creciendo, se hicieron más esporádicos y más distanciados en el tiempo. Mientras tanto, su vida se desarrollaba en una especie de desierto emocional. La ausencia de su padre, el vacío emocional de su madre, y la poca sintonía que sentía con sus abuelos, le hicieron ser una niña retraída, pero también problemática, distante, e insegura. Con ese lastre, es fácil adivinar que no era muy popular en el colegio ni en el instituto. La mayoría de la gente, lejos de empatizar con ella e intentar penetrar esa muralla que había construido sobre sí misma, le hicieron un vacío social en el cual ella se sentía como un náufrago en una isla, perdida y desorientada. Los terrores nocturnos fueron desapareciendo poco a poco, se hicieron cada vez más distantes en el tiempo, hasta que dejaron de ocurrirle, así, sin más. Luna se sentía satisfecha, porque pensaba que el psicólogo infantil que la trataba, estaba dando buenos resultados. Lucía, sin embargo, sabía, de una forma que no podía explicar, que aquello era un proceso natural, que no tenía nada que ver con fuentes externas. Pensaba que si lograba estar seis meses sin ningún tipo de terror nocturno, significaría que lo había superado. Eso sucedió, justamente cuando cumplió los quince años. Entonces se sintió fuerte, se sintió feliz, se sintió segura. Decidió que esa etapa de inseguridad, de miedo, de incertidumbre, pasaría a la historia. Se sintió una nueva persona. Dejaría atrás todos los complejos, todas las dudas, todos sus fantasmas. Ante ella se habría una nueva etapa, llena de posibilidades. Pero, por mucho que veas un espejismo en un desierto, no se hace realidad. Algún tiempo después, Lucía tomó un medicamento para el estrés, y se acostó. Unas horas después, de madrugada, abrió los ojos, porque algo la había hecho despertarse, aunque no sabía qué era. Al principio permaneció desorientada, aunque sintió una sensación extraña, y tuvo la intención de cerrarlos de nuevo para intentar volver a dormirse. Pero una alarma sonaba dentro de su cabeza. Seguramente sería una tontería, pero se sintió como fuera de lugar, como en algún sitio extraño. Creyó oír unos ecos lejanos que sonaban, de forma tenebrosa, en su mente. Eran una especie de susurros ahogados que no sabía si sonaban en sus oídos o en su cabeza. Entonces abrió un poco los ojos y se incorporó. Estos se fueron habituando a la oscuridad. Creyó percibir algo raro. Algo que no sabía explicar, pero que, sin duda estaba ahí, como un martillo en su cabeza. Sintió entonces que respiraba una atmósfera densa y un poco rancia.

- Pero qué...- Dijo un poco perturbada. Entonces se levantó de la cama. Y adivinó, por las siluetas de lo que le rodeaba, que no estaba en su habitación. Aquella no era su cama, ni ningún lugar que pudiera reconocer, y en el cual hubiera estado antes. No entendía nada. Solo sabía que comenzaba a estar asustada, muy asustada. Se levantó entonces a ciegas. Caminó unos pasos hacia el frente, hacia dónde suponía que debía estar el interruptor de la luz. Notó la frialdad del suelo. Llegó a la pared y la palpó. Nada tenía que ver con la textura de la pared de su habitación. Está, sin embargo, era rugosa y áspera, y tan fría como el suelo. Por supuesto, no había ni rastro del interruptor. Siguió palpando entonces muy asustada, esta vez buscando la salida, porque la oscuridad, aunque no era total, sí era impenetrable; impedía que pudiera ver un par de palmos más allá de dónde se encontraba. A duras penas llegó al final de la estancia, a una especie de hueco, y caminó por él. Parecía un largo pasillo, como una especie

de gruta. Camino a través de ella, palpando la pared, aguzando la vista, aterrorizada, hasta que por fin vio una especie de reflejo en frente suya, como una salida que, aunque no estaba iluminada, al menos parecía tener algo de claridad. Cuando llegó, salió de una especie de cueva a una extensión abierta. Era de noche, pero era una noche insondable, etérea, profunda. Aquel lugar era un lugar extraño, y, hasta cierto punto tenebroso. Delante de ella se extendía una noche de reflejos azulados, en donde el cielo estaba invadido por nubes rojas, y el horizonte se perdía en un fulgor de fuego. Delante de ella todo era un vacío infinito. Entonces enloqueció y comenzó a gritar aterrorizada...

Despertó empapada en sudor, temblando, aterrorizada, muy asustada. Esa fue la primera vez que experimentó esa especie de viaje, ese sueño envolvente, o lo que quiera que fuese... A medida que fue creciendo, Lucía se fue distanciando más de su madre. Ella nunca quiso contarle abiertamente lo de los sueños, o las visiones. No había buena sintonía entre ambas. A Lucía nunca le había gustado que ella solo pensara en sí misma. Además de eso, de alguna forma, responsabilizaba a su madre de lo que le había pasado a su padre. Eso era un lastre muy pesado para ella. Luna, de alguna forma, lo sabía, pero nunca se había atrevido a hablarlo con ella. Era algo que ambas sabían, pero que ninguna era capaz de mencionar. De pequeña, nunca había sentido el calor de su madre, al menos no de la forma que había sentido el de su padre, y, a medida que había ido creciendo, esa sensación no había cambiado. Por eso, Lucía fue aislándose en su propio mundo. Un mundo que estaba a años luz del de su madre. Eran como universos paralelos, que nunca convergen en ningún punto. Su madre era pragmática, era ambiciosa, era impulsiva, y protegía su espacio como una leona protege a sus cachorros, y no había nada de fuera de ella, que pudiera penetrar ese espacio más de lo que ella quisiera, con la excepción, tal vez, de su padre, que era el único capaz de entrar en su "habitación emocional" y desordenarla por completo. Lucía sin embargo era insegura, era solitaria, pensaba mucho en las cosas, se sentía muy perdida. Con su abuelo era aún peor. A diferencia de su madre, que, a pesar de las desavenencias y las crisis internas, sentía que tenían una especie de objetivo común, un anclaje emocional indivisible, en su caso no era así. Ella no sentía que tuviera nada en común con ellos. Sí, formaba parte de la familia, pero era como si perteneciera a ella por la más pura casualidad, como si fuera un miembro de "segunda clase" o algo así, si es que acaso eso podía existir. No soportaba la forma con la que ellos se referían a su padre, aunque no dijesen nada malo sobre él, pero siempre lo hacían de forma despectiva, como si hubiera sido un pobre diablo. Y, además, siempre le culpaban de todo lo que tenía que ver con su madre. Por ejemplo, de que hubiera perdido un año de estudios, a pesar de que ahora fuera una eficiente abogada, una de las joyas del bufete. O de los años de rebeldía juvenil, aunque esa rebeldía comenzara antes de conocerle. Incluso le culpaban de que su hija llegara a ser madre tan joven, aunque no se atrevían a decirlo en voz alta y delante de ella. Además, sus abuelos le trataban como a una propiedad que ellos podían y debían manejar a su antojo. Eso la frustraba enormemente. Y eso también hacía que chocaran como antagonistas. Aunque ella no era de reacciones explosivas ni de fuerte carácter, no dejaba que sus opiniones, las discusiones, ni las reprimendas, le hicieran entrar dentro del "traje" que su abuelo trataba de tejer para ella. Y eso era algo que a él le hacía enfadar enormemente.

Lucía, de repente, despertó de su trance, al caer en una especie de mar denso. Sabía que había estado cayendo al vacío, en una caída aterradora y que parecía infinita. Pero, al fin, había caído en esa especie de caldo acuoso que se asemejaba al mar, al mar profundo, pero que

parecía más denso y oscuro. Una vez repuesta de la sorpresa inicial de la caída, trató de nadar, para llegar a la superficie. Intentó orientarse, para descubrir dónde se hallaba esta, pero fue en vano. En primer lugar sintió que le dolían los brazos y las piernas, pues el líquido era demasiado denso, y se le hacía difícil bucear en él. Además de eso, no logró orientarse, porque parecía que no había un punto al cual desplazarse. O bien no existía ninguna superficie, o estaba en un punto tan profundo que era imposible averiguarlo. Trató de guardar la calma, y también trató de buscar algún indicio que le indicará dónde se hallaba la superficie, pero no había ni un reflejo de luz que le indicará tal cosa. Intento entonces nadar hacia arriba. El agua era "pesada", y tuvo que hacer un gran esfuerzo. Pero en vez de conseguir nadar, comenzó a hundirse poco a poco. Como si tuviera un lastre que la llevara al fondo, pero no se veía ningún fondo. Era nuevamente como caer al vacío. pero un vacío denso y acuoso. Entonces el elemento acuoso que la envolvía comenzó a moverse de forma rápida e incontrolada. Su fuerza fue aumentando hasta convertirse en una especie de tormenta submarina. Y Lucía fue llevada como una hoja a voluntad de las aguas, en una corriente incontrolable y furiosa, que formaba un violento remolino, que la arrastraba irremediablemente hacia abajo. La angustia y el pánico se apoderaron de ella. Pero no podía hacer nada, la fuerza de la corriente era ineludible. Es como si alguien hubiera sacado un imaginario tapón del fondo, y todo el líquido se fuera escapando por una sola salida. Se lo tragaba todo irremediablemente. A duras penas, se vio arrastrada hacia ese fondo, hasta ser lanzada a través el pequeño vórtice de succión...

Entonces despertó de nuevo.

Su madre pensaba que estaba trastornada. No era capaz de entender por lo que estaba pasando. Y sus abuelos mucho menos. Fue inevitable que, con el tiempo, todo saliera a la luz, a pesar de que ella quería ocultarle esos episodios. Pero ocultarlo, a la larga, había sido imposible. Su madre entonces la llevó a varios psiquiatras. Se preguntaba qué había hecho ella para merecerse eso. Su hija no hacía sino darle problemas, y ella lo único que quería era volar. La internó entonces en un centro psiquiátrico, por seis meses. Fue un tiempo muy duro para ella. De repente, se vio apartaba de todo lo que conocía, y, allí adentro se sintió tan sola y perdida... Los doctores no paraban de hacerle pruebas y hacerle preguntas y mandarle medicamentos; medicamentos que la atrofiaban, que la sacaban de su lucidez, que la dejaban en un estado mental abotargado, y eso era algo que odiaba. Luna se contentaba con visitarla los fines de semana, a veces sola y a veces con sus abuelos. La odiaba por eso. Durante todo ese tiempo no tuvo sino solo una vez un episodio de los sueños, pero ¿cómo tenerlos, sí estaba la mayor parte del tiempo drogada? A los seis meses le dieron el alta, y volvió a su hogar. Pero ya no era la misma persona. Con el tiempo, Lucía se fue de su casa. Conoció a un chico y ambos se fueron a vivir a un piso de alquiler. Su madre no se opuso demasiado a ello. Pensaba que ya era hora de que ella tomara su propio camino. Además, ya ni siquiera se atrevía a imponerle nada. Cualquier cosa se convertía en una disputa que terminaba en acusaciones y recriminaciones. Así que ambas optaron por tratarse con cierta ficticia amabilidad. Eso era mucho mejor que estar en un continuo campo de batalla, lanzándose reproches y sacando sentimientos que hacían daño. En el fondo Lucía odiaba eso. Esa forma de actuar le hacía mucho daño. No entendía como su madre no era capaz de "bajar hasta el fango por ella", de tratar de imponerse como madre, de tener capacidad para sufrir pero también para disfrutar de ella. Con sus abuelos, era otra historia. Nunca se había sentido realmente parte de ellos. Al menos no como ella hubiera querido. Ella no era ninguna pertenencia ni propiedad suya para

que tratara de manipularla siempre. No le gustaba que él tratase de imponer su voluntad, que la tratase como trataba a unos de sus empleados. Resultaba agotador estar siempre en pugna con él, ese "tira y afloja" interminable. Pero tampoco podía darse el lujo de rendirse, de retroceder un paso. Era como abrir la guardia ante un boxeador que permanece atento a un pequeño fallo para meter un directo. Así que, se sintió dolida pero a la vez se sintió liberada al dar ese paso. Ya para ese entonces, ella había asimilado el hecho de que sus sueños o visiones, eran una especie de capacidad que, inexplicablemente, poseía, y que la llevaban a una especie de mundo alternativo, de universo paralelo. Esos "viajes", cada vez resultaban más reales, hasta el punto de que llego a dudar cuál de los dos mundos era el real, y cuál era el supuestamente imaginario...

Lucía abrió los ojos. Delante de ella tenía un desierto multicolor. Aquello parecía pequeñas dunas de arena, salpicada de piedras de diversos colores. Comenzó a caminar por allí. La sensación era muy análoga a la de la arena. Aunque podía caminar, suponía un pequeño esfuerzo hacerlo. De pronto tuvo un ligero flashback. Se vio cayendo por una especie de "desagüe cósmico", al vacío. Pudo sentir en su garganta un nudo, y el miedo que había pasado. Al cruzar la zona más estrecha del remolino, el vórtice de succión, había ido a parar a ese desierto, como si hubiera caído de una especie de reloj de arena gigante. Y, ahora mismo estaba allí, en aquel lugar tan extraño, tan diferente a los otros. En primer lugar, no era de noche, ni el cielo era oscuro, lleno de reflejos. Al contrario, era un cielo luminoso y casi blancuzco, tanto así que resultaba casi imposible mirar hacia arriba, sin pestañear y cerrar los ojos. Era como si todo el cielo fuera un sol potente y deslumbrante. Y hacía calor, un calor que se pegaba a la piel de forma sofocante. Entonces sintió mucha sed. Su paladar estaba reseco, su lengua totalmente áspera. De alguna forma que no subo explicar, supo que más allá de las dunas, había una pequeña inclinación que le llevaría a un lugar en la cual podría conseguir agua. Comenzó entonces a subir la duna. Esta se elevaba unos metros. Por fin consiguió hacerlo. Se paró al borde, y miró hacia abajo. Era como una especie de agujero en el cual se encontraba un valle con árboles extraños. Todo parecía tranquilo, y el descenso no parecía ser muy difícil. A unos quinientos metros, sobre un pequeño montículo, había una especie de lago pequeño, que se formaba de una especie de fuente que brotaba de una roca. Distraída y satisfecha como estaba, dio un paso en falso, y cayó por la pared inclinada hasta el fondo del valle. No se hizo mucho daño, porque rodó por arena hasta caer a un terreno no demasiado duro. Se levantó, se sacudió un poco, y caminó hacia el agua. Pero casi como a la mitad del camino, creyó oír algo extraño. Se detuvo un momento y permaneció atenta a todo lo que había a su alrededor. Todo era normal, así que continuó. Unos pasos más adelante sintió una especie de intuición. Algo le decía que estaba siendo observada. Volvió a pararse, y miró en todas direcciones. No veía nada sospechoso ni amenazador, pero no podía evitar sentir que estaba siendo observada. Entonces comenzó a correr hacia el agua. Y de repente oyó pasos y crujidos de la arena, a su espalda. Giró rápidamente su cabeza y observó que, a unos cincuenta metros, había una criatura grande, parecida a una araña, con muchas patas, y un cuerpo abultado que se hinchaba y se deshinchaba como un globo, y que venía a toda velocidad hacia ella. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad. El estómago se le contrajo. Los miembros de su cuerpo se paralizaron debido al terror. Pero su mente reaccionó rápidamente. Supo que tenía que huir para salvar su vida. Esa criatura venía hacia ella y la devoraría, o algo peor. Entonces comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia el lago. Corrió por un rato, adivinando

que la bestia se acercaba cada vez más. Por supuesto, no subió hacia la fuente, eso sería letal. Siguió de largo corriendo. Oyó entonces un ruido que no supo identificar, y vio una gran sombra que se proyectaba desde arriba. Adivinó que la bestia había saltado sobre ella. Su final era inminente. Pero de repente el suelo cedió bajo sus pies. Entonces cayó por una especie de estrecho agujero, que se convertía en un pequeño túnel, como un tobogán que la llevaba hacia otro lugar. Después de unos metros de caída llegó a la parte inferior, un pequeño hueco oscuro. Había mucha humedad, y un olor a rancio que se hacía casi insoportable. Se orientó como pudo y palpó por toda la pared hasta que encontró una especie de salida angosta, a ras de suelo. Asomó la cabeza a una especie de túnel principal. Ante ella se extendía un largo túnel penumbroso qué más adelante se ramificada en diversos caminos. No sabía qué hacer. Pero no podía quedarse ahí para siempre. Tenía que tratar de salir de allí. Tal vez ese monstruo le había perdido la pista. Quizás estuviera desorientado por su repentina desaparición. Tenía que aprovechar eso para esta salir de allí. Así que se aventuró a caminar a través del túnel. Lo hizo con mucho sigilo, con mucho cuidado, tratando de hacer el menor ruido posible, y de permanecer lo más oculta posible. Pronto se dio cuenta que era difícil llevarlo a cabo. Varias veces, pateó sin querer alguna pequeña piedra mientras caminaba, el chasquido de esta parecía amplificarse en el túnel. Sus simples pasos a veces sonaban, delatando su posición. A pesar de eso debía continuar. Había caminado demasiado, y no sabía dónde estaba. No sabía por donde había venido, por donde había llegado al túnel. Se fijó que en algunos puntos había pequeños huecos, cercanos al suelo, idénticos al que ella cayó, tapados con matorrales, y que, en apariencia. Entonces oyó unos ecos alejados. Eran pasos, múltiples y rápidos pasos. Esa bestia estaba buscándola por allí abajo. Aquello era su guarida, y no dejaba de ser una trampa para sus víctimas. Estaba segura de que pronto la cazaría. Se paró entonces. Y observó que al poco tiempo, los pasos también se pararon. Entonces comenzó a correr. Y observó también que los pasos aumentaron. La bestia la perseguía, a través de aquel laberinto penumbroso. No sabía exactamente cómo había encontrado su rastro. El caso es que la tenía donde quería. Encontró una bifurcación. Era una decisión importante, pues quizás de ello dependiera su vida. O tal vez era absolutamente lo mismo. Tomó a la izquierda y siguió corriendo. Los pasos de esta comenzaron a sonar con mayor cercanía. Era evidente que cada vez estaba más cerca. Incluso podía oír de fondo un extraño sonido que el monstruo producía, como un repiqueteo continuo de unos apéndices endurecidos, tal vez sus mandíbulas o sus dientes, no lo sabía. Entonces este apareció el fondo del túnel. Lucía viró la cabeza un instante para corroborarlo. En la oscuridad, partes del abdomen de esta brillaban con una fluorescencia maligna, al igual que sus dos ojos redondos. Corrió con todas sus fuerzas, pero sabía que eso no era suficiente. El monstruo la alcanzaría más pronto que tarde. Entonces vio a uno de esos matorrales que tapaban uno de los huecos, y se aventuró a penetrar de él. La bestia se apresuró para tratar de atraparla antes de que lo consiguiera, pero por unos segundos no lo hizo. Aun así, uno de sus apéndices penetró por el pequeño pasadizo, y le arañó la parte baja del gemelo. Pero ella se escabulló, salvando su vida...

Su vida con el chico no fue lo que ella p había pensado. Sí, al principio todo era muy bueno, muy romántico. Vivian como querían, hacían lo que les daba la gana, y practicaban mucho sexo. Era genial, vivir liberada de agobios e imposiciones. Y lo mejor era la cara que ha puesto sus abuelos cuando ella Isa me ha dicho que no los necesitaba para nada. Pero la realidad, a

veces te golpea con un directo al mentón, pero otras veces te va despertando poco a poco, casi suavemente, hasta que caes en la cuenta de que el sueño ya pasó, y estás de nuevo en la vida real. Fue así como ocurrió. La rueda siempre sigue su curso, y atrapa al que se pone en su camino. La realidad no es un sueño, ni un cuento de hadas. Es un estado en el que las cosas se hacen inevitables. Por ejemplo, se hizo inevitable que necesitaran algo más de ingresos para poder satisfacer todas sus necesidades. Robin, cómo se llamaba su pareja, era un chico bohemio, que solo estaba dispuesto a pintar, escribir, y hacer canciones con su guitarra, denunciando la hipocresía del mundo, para ganarse la vida. Ella entonces dejó los estudios, y se puso a trabajar en lo que encontraba; el sector de la limpieza, de canguro cuidando niños, y cosas así. Al menos, en la creía. Y le decía cosas que le gustaban. Cosas como que ella vivía varias vidas paralelamente, o que tenía el privilegio de vivir varios universos a la vez. Esa fue una idea que ella fue albergando y asimilando poco a poco. En realidad, tenía una extraña sensación, en cuanto esas visiones, pero que no sabía explicar. Pero lo que le decía y lo que ella pensaba le hizo llegar a la conclusión de que vivía entre dos mundos, entre dos universos, cuyo puente era el sueño. Recordaba esos episodios vívidamente, como por ejemplo el de la araña persiguiéndola en la gruta. Pero pensó que tal vez esos no eran los únicos episodios vividos, debía de haber muchos más, pero no lograba recordarlos. Cuando ella estaba allí adentro, sí podía asegurar que esta otra existencia, la de la vida real y cotidiana, era difusa, como una niebla, tal como esos episodios nocturnos lo eran en esta realidad. Todos dejaron de creerla. Su madre, sus abuelos, la gente que le rodeaba, incluso Robin. La tomaban por una loca enferma. Y eso sí que la enfermaba. Su pseudo-teoría de los mundos paralelos hizo que los demás la vieran como una friki. Y lo cierto era que se había comenzado a obsesionar con ello, hasta tal punto, de tratar de controlar el paso hacia ambos mundos. E incluso, tractor de viajar hacia otros mundos. Su "segundo mundo", o como a ella le gustaba llamarlo, su "segunda realidad", era un lugar solitario, al menos de viajeros como ella, estaba repleto de peligros y de cosas sorprendentes. Se preguntaba por qué, por qué ese mundo y no otros mundos. Contaba que ocurriría si en alguno de los dos mundos moría. ¿Continuaría en el otro, o simplemente moriría para ambos? Comenzó a divagar y a escribir al respecto, compulsivamente. Tal vez si moría en uno de los dos mundos, no desaparecería, como pensaba, sino al contrario, se liberaría, y conseguiría poder viajar a otros mundos. Y se obsesionó con la idea de la vida y de la muerte. En ese período, Robin la abandonó, porque se cansó de ella y de su vida. Lucía sabía el mantenía relaciones esporádicas con otras amigas. Al principio, hacía algún tiempo, cuando lo descubrió, fue duro golpe para ella. Realmente fue algo que le dolió mucho, pero ahogó su dolor razonando que ellos eran diferentes al resto del mundo, y que Robin era un espíritu libre, en todos los sentidos, y si lo aceptaba, debía aceptarlo así. Por eso, no le importaba que él mantuviera sus aventuras en secreto, que no quisiera abandonar su vida bohemia, que desapareciera por varios días, porque siempre volvía a aparecer. Pero el hecho de que él se largara una mañana de mayo, llevándose todas sus cosas, y sin decirle nada, la destrozó. Siempre había existido buena comunicación entre ellos, y habían hablado de todo tipo de temas con libertad. Y el hecho de sentirse así, despreciada, abandonada, después de todo lo que ella había aceptado por él, la destrozó por dentro. Y su único consuelo fue pensar que volvería, antes o después lo haría. Aunque sabía casi con total seguridad de que eso no ocurriría. A partir de ahí, se encerró en su casa, un par de días después, su madre la encontró sin conocimiento. Se había tomado un bote de pastillas. Lo cierto es que tuvo suerte, mucha suerte, de no morir. No hacía mucho que se había tomado las

pastillas, y con un buen lavado de estómago y algo más que no sé decir, pudieron salvarla del desenlace fatal. Después de eso, la trajeron aquí. Siempre la veo en un rincón, sentada, mirando al infinito, ausente de sí misma. Se encierra en sí misma, le cuesta mucho abrir su puerta los extraños. Me costó varias semanas para que conversara conmigo. El otro día, por la tarde, estaba sentada en el patio, mirando al cielo, y me senté junto a ella, pero sin decir nada.

-¿Qué?- Me preguntó

-No sé.

Y no me dijo nada durante un buen rato. Se fue después de media hora. Al día siguiente ocurrió lo mismo. Pero no me senté cerca de ella. Me senté a unos metros, pero enfrente. Ella me enfocó con su vista un par de veces, tal vez esperando que yo le dijera algo. Al final vino hacia mí.

-Oye, ¿me estás espiando?

-¿Te sientes espiada?

Me miró seriamente pero luego sonrió. Se fue de nuevo.

A la tarde siguiente me acerqué a ella.

-¿Te importa que me siente aquí? Para espiarte mejor, digo.

-Claro.- Me respondió sonriendo de nuevo.- ¿Por qué estás aquí?- me preguntó una vez me hube sentado a su lado.

-Bueno... Es un poco difícil de explicar. Digamos que esta sociedad no puede permitirse un elemento como yo.

-,¿Un elemento como tú?- Rió con incredulidad.- que eres, ¿terrorista o algo así?

-Hay algo que esta sociedad teme más que a un terrorista... A un libre pensador...- Su mirada de incredulidad se acentuó, pero terminó por reírse jocosamente. -Supongo que todos estamos atrapados en este mundo tan absurdo cómo irreal.- Le dije y ella, por primera vez, me miró sin observarme como a un extraño.

-Sí, supongo que sí.

Bueno, es así como rompimos el hielo. En el fondo, ambos sentíamos que no pertenecíamos del todo este mundo. A partir de ahí, hablamos sobre nosotros mismos. Ella realmente necesitaba a alguien con quien compartir todo eso que desde hacía años arrastraba dentro de sí. Así fue como me contó toda su historia. Estaba totalmente convencida de que tenía una especie de doble existencia. Como si viviera entre dos mundos. De alguna forma que no sabía explicar, había llegado a creer seriamente existencia de otras realidades, la cual ella traspasaba al entrar en el profundo trance del sueño. Vivía en una especie de puente entre ambos mundos.

-Háblame de ese otro mundo.- Le pedí.

-Bueno, ese otro mundo no tiene nada que ver con este. Las cosas no funcionan como aquí. No estoy segura si es un solo mundo, o son varios mundos. El cielo es infinito, lleno de reflejos azules. La noche es eterna. Es como si estuvieras metida en una cueva enorme. Las nubes son como densas tinieblas que flotan pesadamente sobre tu cabeza. Pero no siempre es de noche. A veces es de día, y la luz es casi insoportable. Como el reflejo de cientos de espejos. Es como si emanara de la tierra y del cielo. Sea de noche o sea de día, te sientes atrapada en él, por lo menos al principio. Y sientes que cualquier cosa puede ocurrir. Todo es imprevisible. Tienes que ser fuerte. Y tienes que dejar que te guíe el instinto, nunca la lógica ni la razón. Sobre todo, no puedes dejar que el miedo te atenace. Si tienes voluntad, siempre puedes evitar lo que parecía inevitable, por muy difícil que pareciera. Yo me quedé pensativo. Ese mundo parecía aterrador, pero, a la vez, me resultaba fascinante.

-¿No tiene nada que ver con esta realidad, verdad? Ya veo.- Contesté.- Y, ¿Porque trataste de quitarte la vida?

- ¡No he tratado de quitarme la vida!- contestó visiblemente molesta.

-¿No?

Por un instante nos miramos con sinceridad.

-Vale.

-Sé lo que estás pensando...- Me dijo mientras miraba algo que yo no podía ver.- No me tomé todas esas pastillas para matarme...- Volvió su cabeza hacia mí y me miró, traspasándome con la mirada.- Solo quería dormir... dormir para siempre.

-¿Dormir? ¿Para qué?

-Porque... este mundo... esta realidad en la que ahora estamos tú y yo… es demasiado dura... para mí…

-Sé que ese mundo te lo arrebatarán. Es lo único que tienes, pero te lo quitarán. Te darán fármacos, y te dirán cosas, hasta convencerte de que todo ha sido una ilusión. Y tal vez así sea, pero, ¿quién puede asegurar que este mundo es real, que no es una mera ilusión, algo que solo está en nuestras mentes? Todo es tan confuso…

Conclusiones.

Existen finales, pero, realmente, no existe una conclusión como tal. Lo único que he hecho es contaros un poco de la vida de algunas personas. Pero eso es cómo coger un vaso de agua del mar. Somos tan extensos que ni uno mismo alcanza a conocerse a cabalidad. Es cómo ver la punta de un iceberg que, por debajo del agua es inmenso. Pero bueno, mejor es ver la punta del iceberg que no verlo. Si no pregúntale al capitán del Titanic. Quiero decir que una persona es como un planeta inexplorado, y una vida es como un planeta dentro de una galaxia. Entonces ¿porque os he contado estas pequeñas historias de estos personajes? Lo cierto es que me apetecía. Pero justificarlo así, es ser demasiado simplista. Creo que estas historias, quizás, nos enseñen pequeñas elecciones. La vida te enseña lecciones, grandes y pequeñas. Las grandes lecciones las aprendes por ti mismo, y es la misma vida la que te las enseña. Las pequeñas las puedes aprender de otras formas, como, por ejemplo, conociendo otras historias. Aparte de eso, me gustan las historias que son diferentes. Aquí adentro, aparte de tratar de adaptarme, una de las pocas cosas que hago es conocer historias. Y, a través de esas historias, conozco no solo a la persona que está detrás, sino también a mí mismo. De cierta forma, todos somos diferentes. Pero, a la vez, no somos tan diferentes. Sé que esto suena contradictorio. Pero no sé explicarlo de otra forma. Todos estamos en nuestra pequeña barquita, navegando en el mismo mar, y, al menos, eso es algo que tenemos en común. Las tormentas no hacen distinción entre uno y otro. Y las tormentas siempre vienen, créeme.

Los domingos suele ser el día de visitas. Para unos es el mejor día de la semana, pero para otros es un verdadero infierno. Cuando ves que nadie piensa en ti, que no le importas a nadie, se hace realmente duro. Como el niño que espera un regalo y ese regalo no llega cuando debe llegar. No lo digo por mí. Yo hace tiempo que sé que nadie vendrá a visitarme. No es que nadie se acuerda de mí, sé que mucha gente lo hace. Pero la gente que le importa y que yo le importo son almas libres, como yo, que he ido encontrando en el camino, como decía Jack kerouac. No puedes pretender que un pájaro se meta por si solo en la jaula, al menos, no un pájaro que quiera volar.

Dicen que te meten aquí para curarte. Te meten porque quieres ser diferente, porque no quieres seguir a la manada, porque no quieres encajar en esta sociedad. Te meten porque hablas con maniquíes, o porque piensas que todas las enfermedades se te pueden "pegar", o por qué crees que vives otra realidad, y ese tipo de cosas. No digo que eso no pueda suponer un pequeño problema para uno, pero, después de todo, todos tenemos nuestras manías, nuestra pequeña o gran dosis de locura. Pero no meten aquí al que piensa que es mejor que los demás, al que desprecia a otros por su color, su posición social, o su sexo, al que sólo piensa en sí mismo y no le importa el resto del mundo, al que intimida y acosa a los más débiles, al que miente para obtener algún beneficio, ya sea poder, posición, riquezas... No meten al que es hipócrita, al que se escuda en la multitud para hacer cosas terribles, o en una cuenta anónima para burlarse o acosar a otros, al que cree que la felicidad está en tener muchas cosas, al que no sabe que cada día de vida es un regalo, al que es feliz con las desgracias de otros...

En fin, son elucubraciones mías...

Pues bien, como iba diciendo, este pasado domingo mucha gente recibió sus esperadas visitas, pero otros no, no recibimos ninguna. Entonces nos reunimos en un rincón del patio algunos de los que no habíamos tenido. Generalmente, en estos casos, se suele respirara un ambiente triste, y la gente no suele hablar mucho, o por el contrario, si alguien necesita desahogarse, te cuenta toda su vida y te cuenta cosas sobre sí mismo y ese tipo de cosas. Pero en esta ocasión, comenzamos a charlar un poco sobre nosotros mismos.

-Me gustaría estar en otro lugar.- Dijo Lucía.- Lejos de aquí, un lugar diferente... No, no es lo que imagináis. Hace algún tiempo que no voy a ese lugar. Lo cierto es que lo echo de menos, aunque no os lo creáis. Dónde me gustaría estar es en algún lugar donde el sol alumbre con alegría, el mar brille bajo sus reflejos, y se oiga el graznido de las gaviotas. Un lugar donde el tiempo no signifique nada. Que ni siquiera exista el tiempo. Perderse en un lugar así debe ser genial...

-SÍ, conozco algún que otro lugar como ese.- Dije yo.- He caminado mucho con mi mochila. Y he conocido algunos sitios que son todavía puros, limpios, llenos de vida.

-Lo siento amigo, pero creo que esos lugares ya no existen. La gente no dejaría que un lugar así existiera todavía. Somos tan voraces, que destruimos simplemente por el placer de destruir.- Comentó Ángel con un halo de nostalgia en sus ojos.- Ellos dicen que adaptan los lugares, los mejoran, para que el ser humano puede vivir en ellos. Lo único que hacen es destruirlo, quitarles el alma.- No pueden existir lugares como esos, sería demasiado bonito para ser verdad.

- No hay muchos, pero existen.- Argumenté yo.- Están perdidos por los cuatro costados del mundo. Por eso permanecen así, y uno solo tiene que encontrarlos. Pero, incluso no hace falta que sean lugares físicos. Pueden estar dentro de uno. Uno puede crear una especie de rincón de esos, en el cual uno se sienta como fuera del mundo, en el cual el tiempo se detenga y uno se sienta libre.

-Suena bonito. Demasiado bonito.-Ahora fue Carmen la que habló, con una voz profunda y tremendamente pesimista.

-Sí, suena muy bonito.-Agregó Ángel.- pero, si dices eso, es porque eres muy ingenuo, o demasiado optimista. Y no creo que tengas nada de ingenuo. Lugares así hace mucho tiempo que no existen. Ni fuera ni dentro de uno. La gente no dejaría que existieran. Ni dejarían que te lo inventaras. Irían a por ti como verdaderos depredadores. Ellos los destruyen por el simple placer de hacerlo.

-La gente es demasiado envidiosa para permitir que alguien se sienta libre y se sienta feliz.- Ahora fue Carmen la que habló.

-¿Dónde está ese lugar?-Preguntó Lucía.

-Ahora mismo está aquí, entre ustedes.

Todos se quedaron algo perplejos, mirándome, como esperando a que resolviera el acertijo.

-Sí. Se supone que nadie ha venido a vernos, y que deberíamos estar tristes. Se supone que deberíamos pensar que el mundo es una mierda. Se supone que deberíamos estar decepcionados. Y mirad, estamos aquí, reunidos, como si estuviéramos en la plaza del pueblo, hablando de nosotros mismos, con más sinceridad y más autenticidad que lo haríais con cualquier psiquiatra o psicólogo de aquí.

-¿Lo dices en serio, o te burlas de nosotros?- Preguntó con gesto incrédulo Carmen.

-Es una forma muy peculiar de verlo. Tal vez solo sea una forma de engañarse a sí mismo.- Argumentó Iván.

-Yo solo digo que hay mucha gente que tiene muchas cosas y que no es feliz porque cree que le faltan muchas otras, y que desperdician cada momento porque piensan que ese momento es insignificante. Y otros que pensamos que cada momento es importante, que las cosas que tenemos son suficientes, que los amigos que tenemos son únicos y especiales, y que no importa tanto el "dónde estés" al "cómo estés". Claro que me gustaría estar por ahí, caminando, sintiendo la brisa del viento, bebiendo una cerveza, cogiendo olas, perdiéndome por algún sitio, conociendo alguna chica interesante... Pero ahora estoy aquí, sintiendo el sol en mi cara, conversando con vosotros... Quiero disfrutarlo, porque todo es tan efímero...

-Sí, creo que lo entiendo.

Nos quedamos callados por un buen rato.

-Cuéntanos tu historia...- Dijo uno de ellos. Esta petición me cogió tan de sorpresa que me quedé sin habla por unos instantes.

-¿Qué?

-Sí, háblanos sobre ti.- Expresó Javier, que, hasta el momento había permanecido callado, sin decir una palabra.

-Te hemos contado cosas sobre nosotros, nuestras historias, pero no sabemos realmente nada de ti. Cuéntanos algo, cuéntanos tu historia. -Apoyó María.- Me gustaría conocer cuál es tu historia.

-Está bien. Pero os advierto que mi historia no tiene nada de particular. No es ninguna gran historia. Más bien, es la sucesión de muchas pequeñas historias...- Dije al comprobar como todos parecían secundar la petición.- Bueno, imaginaos dentro de la barriga de mi madre. Ella me hablaba, y me cantaba. Me encantaba oír su voz. No recuerdo las canciones que me cantaba, ni recuerdo las cosas que me decía, pero recuerdo su voz, y recuerdo que me encantaba oírla. Eso me hacía feliz. Pero un día algo terrible ocurrió. Sentí como un impacto, una explosión, una sacudida... no sabría explicarlo. De pronto todo se volvió muy difuso. Cuando desperté estaba en un lugar terrible. Aquello no era la barriga de mi madre. Hacía frío, y todo era muy extraño para mí. Apenas podía moverme. Había cosas raras, como apéndices, pegados a mi cuerpo. Y algo punzante metido en mi brazo. Y me aterró el hecho de que ya no sentía el corazón de mi madre palpitar. Y nunca más volví a oír su voz. Entonces fue como si me desconectara de la realidad. A partir de ahí hay un periodo que no recuerdo. Después de

eso, el próximo recuerdo que tengo es con dos años, jugando con muñecos y con cosas. Vivía en una casa no muy grande, pero que se me hacía muy solitaria. Recuerdo las fotos donde había una mujer de pelo moreno y rostro afable, que me gustaba mirar. Era mi madre. A los ocho años me escapé de casa. Estaba un poco harto, porque nadie me prestaba mucha atención. Mi padre casi nunca estaba en casa, siempre estaba afuera, trabajando. A mí solía dejarme con niñeras, o en guarderías, la mayoría de las veces. Para colmo, solían destinarlo a diferentes sitios, por lo cual nunca conseguía tener buenos amigos en ningún lugar. Y cuando estaba conmigo, era a veces un poco distante. Y se refugiaba en sí mismo, cuando no lo hacía en la bebida. Yo buscaba llamar su atención, necesitaba tener más su atención, y no sabía cómo conseguirlo. Entonces, una vez, cogí mi pequeña mochila, la llené de algunas cosas, y me fui, así, sin más. Mi padre no se dio cuenta hasta un día después. Estuve vagando por aquí y por allá. Con el paso de los días me di cuenta de que yo era demasiado pequeño para eso, pero me gustó la idea. Y entonces me dije a mi mismo que algún día lo haría, caminaría por todas partes sin tener un rumbo fijo. Bueno, la aventura terminó pronto. Un policía me cogió y me devolvió a mi padre. Él estaba muy enfadado, era normal. Me metió entonces en un colegio interno. Venía a verme de vez en cuando, cuando podía. Pero no me importó. Desde que tenía uso de razón, era el lugar donde había permanecido más tiempo. Conseguí algunos amigos. También lo pase mal. No tanto por la soledad, que ya estaba acostumbrado a ella, pero ya se sabe, en estos sitios no suelen tratarte con mucha delicadeza, además siempre están los típicos abusones que tratan de avasallar al nuevo. Bueno, yo no era ningún angelito. Me hicieron un par de cosas, sí. Pero pronto forme un grupo, un pequeño grupo en realidad, pero de chicos que, como yo, éramos auténticos lobos esteparios. Y bueno, conseguimos que nos dejaran en paz y que nos respetaran. Fueron buenos tiempos. Pero un par de años después, mi padre se casó con otra mujer, y lo destinaron a otra parte del país. Así que me sacó del colegio y me llevó a vivir con ellos. Esta mujer tenía dos hijos, los cuales eran tres y cinco años mayores que yo. Fue ahí donde comenzó mi verdadero infierno. Como mi padre siempre estaba fuera, yo era como el personaje de la Cenicienta, pero en chico. Mi madrastra era una estúpida integral. Aparte de eso, no es que me tuviera en mucha estima ni me tratará muy bien. Y mis dos hermanastros, eran una auténtica pesadilla para mí. Cuando mi padre estaba en casa, trate de protestar al respecto. Pero como cabía suponer, ella siempre se encargaba de que nada de lo que yo decía pareciera verdad. Mi padre, que pensaba, desde hacía tiempo, que yo era el peor niño del mundo, el más caprichoso y malcriado, no me hizo el menor caso. Aquello fue una pesadilla para mí. Me convirtió en una persona abatida, miedosa, insegura pero a la vez agresiva, desconfiada, inestable. Me hicieron ser fuerte tanto física como mentalmente, aunque emocionalmente estaba destrozado. Mi vida no era muy agradable que digamos. Esa bruja y sus hijos me lo hicieron pasar mal, y mi padre, no sé si era ignorante de todo eso, o simplemente no quería saberlo. Puede que esta historia, hasta aquí, se parezca mucho al cuento de la cenicienta, pero a mí no se me apareció ninguna hada ni nada por el estilo. A los quince años, le robé todo el dinero que pude a mis hermanastros y a mi madrastra, destroce todo lo que pude de la casa, sobre todo la televisión donde ella solía ver sus programas basura, y me largué, lo más lejos que pude. Sé que ellos estuvieron buscándome un par de años para darme una buena paliza, pero no me encontraron. Al menos de pronto. Me fui muy lejos de allí, a casa de otros chicos que había conocido por internet, que estaban buscando a alguien para vivir en la gran ciudad. Bueno, cuando llegue allí los encontré. Eran dos chicos y buscaban a otros dos más. El otro llegó cuatro días más tarde. Al final resultó que

estaban metidos en actividades delictivas, y con ellos aprendí muchas cosas. Para mí se convirtieron en una especie de familia, la familia que nunca tuve. Además, esa vida, al principio, era apasionante, además de peligrosa. El hecho de poder tener el dinero, mucho dinero en el bolsillo, era algo tan estupendo... Con el resentimiento que tenía por todo mi pasado, y mi nueva vida, me convertí en alguien cruel y sin escrúpulos, al que no le importaba nadie excepto yo mismo. No importaba tener que robarle a alguien, ajustar cuentas, o cualquier otra cosa. Lo único que me importaba era hacerlo bien, hacerlo rápido y ganar dinero. No llegué al punto, gracias a Dios, de quitarle la vida a nadie, pero sí hice daño a mucha gente. Unos años más tarde, oí que mis hermanastros estaban en la ciudad, para un tema de negocios o algo así. Los localicé gracias a unos amigos que me dieron el soplo. Tenía amigos por toda la ciudad, y fui a hacerles una visita. Tuvimos una interesante conversación. Ellos estaban muy enfadados conmigo, pero desconocían quién era yo, en quién me había convertido. Entonces, después de una pequeña charla, saqué mi arma y los encañoné. Disfruté al ver sus caras incrédulas y sorprendidas, incluso asustadas. Los metí en un coche, y me los llevé lejos, a un almacén abandonado que solíamos utilizar a veces.

-Y, ¿ahora qué?- Me preguntó el mayor.

-¿Por qué nos has traído aquí?- El otro parecía más asustado.

-¿Vas a pegarnos un tiro o qué?- Preguntó el primero. Parecía demasiado confiado.

-No, no vamos a ponernos tan dramáticos. Pero oí que me estabais buscando, desde hace años. Supongo que para darme una paliza o para arreglar cuentas. Pero hace tiempo que no soy ese niño débil e indefenso al que vosotros avasallabais. Ya lo veis. Pero no es tiempo de comportarse como niños. Eso ya pasó. Aunque sí creo, sinceramente, que debemos arreglar nuestras diferencias para siempre.- Con eso, procedí a sacar todas las balas del tambor de mi revolver, y dejé solamente una. Ellos me miraban alarmados, mientras yo disfrutaba el momento. Giré entonces el tambor y apunté a uno de ellos.

-Supongo que ya lo habréis adivinado ¿no?- Sonreí satisfecho.- Ahora tienes que decir algo que hiciste mal, sobre todo con relación a mí, y eso te dará derecho a un solo disparo. Creo que es la mejor forma de arreglar las cosas ¿no?

-!Que te den!- Dijo el mayor con desdén, que era al que precisamente apuntaba.- No creo que te atrevas a apretar el gatillo.

Yo moví un poco la cabeza de forma jocosa y entonces apreté el gatillo. El clip seco del percutor fue bastante efectivo, porque sus ojos delataron un miedo repentino e inesperado. Supongo que se convenció de que no era un simple juego.

-¡Vamos, tienes que decir algo! Si no, me obligarás a volver a apretar el gatillo.

-¡Está bien! ¡Está bien!- Suplicó este, mientras le temblaba la voz.

- Pero Fran... ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? Aquello era cosas de niños. Baja el arma y déjanos ir, por favor. Y no volveremos a molestarte más.- Suplicó también el menor, - Te lo prometo.

Pero entonces hice ademán de apretar de nuevo el gatillo.

-¡Vale! ¡Vale!- Tragó un nudo y se quedó apenas sin saliva en su boca. Ahora estaba muy asustado, al punto de pensar que podría pasar cualquier cosa.- Pues... Reconozco que fui un poco cruel contigo... Yo... yo... Solía quitarte tus cosas, y a veces te ponía la almohada en la cabeza como haciendo que te iba a ahogar, aunque nunca lo hacía. Pero no estuvo bien, no estuvo nada bien... Lo siento, de verdad, lo siento.

-Está bien. Para empezar está bien. Me ha gustado. Eso ya está olvidado. Ahora pasemos a ti.- Entonces apunté al otro. Este temblaba como un niño pequeño asustado.

-¡Espera! ¡Espera!- Rogó con resignación, vehementemente.- ¡Estoy dispuesto a confesar mis culpas! ¡No hace falta que aprietes el gatillo! Por favor...

-Sí, pero como desde principio tu hermanito no ha querido cooperar, hemos cambiado la dinámica del juego. Primero el "click" y después y la confesión... Si hay oportunidad, claro. Entonces apreté de nuevo el gatillo, sin previo aviso. El sonido metálico del percutor le heló la sangre. Una mueca de espanto se quedó dibujada en su cara. -Vamos, tú confesión.- Dije en plan jocoso. Me estaba divirtiendo una barbaridad. Pero él sospecho que no tanto. Estaba tan nervioso que le costaba hablar.- ¡Vamos! Es para hoy. ¿O quieres ganarte otro boleto?- Le apremie enseñándole el arma.

-Sí, sí, está bien, está bien. Yo... Yo confieso que... Siempre te encerraba en el sótano. Yo te solía dejar allí a oscuras, a pesar de qué te daba mucho miedo. Me aprovechaba de ti, te maltrataba y te golpeaba a veces. Creo que estaba enfadado con mi padre por largarse, y con mi madre por haberse enrollado con tu padre, y por no intentar arreglar las cosas con el mío. Le echaba la culpa a tu padre. Y con el único que podía pagar mi frustración era contigo. No sé por qué, cuando te hacía algo, me sentía bien al momento, pero después me sentía muy mal. Solo me dejaba arrastrar por esa rabia. Era superior a mí. No podía o no quería evitarlo. Con el tiempo me empecé a dar cuenta de lo mal que me había portado contigo. que tú no tenías la culpa de nada... Lo siento, de verdad, Fran. Lo siento.

Me quedé como unos segundos conmocionado, recordándolo. Sabía de lo que hablaba, yo me había sentido así muchas veces. No hasta el punto de hacer daño a nadie ni de ahogar mis frustraciones haciendo daño a nadie. Pero sabía lo que era sentirse desesperado, enfadado, confuso por lo que pasaba a tu alrededor. Me sacó del trance el hermano mayor.

-Y ahora ¿qué?- Dijo como si se tratara de un reto. Él estaba fastidiado, muy enfadado.- Supongo que tú también jugarás, ¿verdad? Lo suponía. No pensabas hacerlo, solo quieres divertirte a nuestra costa.

-Está bien. Pensaba dejarlo aquí. Pero como veo que te ha gustado, voy a hacerlo conmigo, pero después continuaré contigo.- Nuestras miradas se cruzaron con intensidad. Había mucho resentimiento.

-¡Pero...! ¡Pero…! ¿Estás loco o qué?- Le recriminó el más pequeño. estaba fuera de sí.- ¡Por favor, déjalo así. Déjalo así...!

-A ver si eres capaz de hacerlo.-Retó este como si estuviera fuera de sí.-Él ha querido darnos una lección. Nos ha traído aquí pistola en mano, pero no es nada. Sigue siendo el mismo estúpido de siempre.

-De acuerdo. Tú te lo has te lo has buscado.

-¡No quiero seguir jugando!- Gritó el hermano menor, visiblemente nervioso.- ¡Páralo ya!

-Es tarde para eso.- Entonces me separé, un poco, el arma del cuerpo, y me la puse apuntando a la cabeza, y apreté el gatillo. Otro "click" seco, sin detonación, que sonó como un trueno silencioso en nuestras cabezas.

-Y ahora ¿qué?- Ambos se quedaron mudos, como conmocionados.- Bueno, supongo que me toca hablar. Cuando me largué, llevándome el dinero de "mami", y rompiendo varias de vuestras cosas, lo hice por rabia, por venganza, por frustración. Estaba cansado de que me acosarais y me humillarais continuamente. Estaba harto de que me pegarais sin motivo, de que os rierais de mí, de que apagarais vuestra frustración a mi costa, de vuestra crueldad. Y decidí largarme de allí. Qué más puedo deciros...- Hice una pequeña pausa, como para darle dramatismo al momento.- Creo que ahora te toca a ti.- Le apunte de nuevo con mi arma, a la cabeza otra vez. Él se quedó helado. Creo que no pensaba que podría llegar la ronda de nuevo a él. Tal vez pensará que había muchas posibilidades de que se me disparará a mí la pistola. Entonces fue como si cayera en la cuenta, en ese preciso instante, de lo que estaba a punto de pasar. Comenzó a sudar, apenas tenía fuerzas para hablar.- Lo siento, tú lo has querido. Pero te prometo que, si en este tambor no está la bala, pararemos el juego aquí.- Sin dejarle decir nada, apreté el gatillo.

Él se echó las manos a la cabeza, en un inútil instinto de protección, mientras su hermano menor gritó, pidiendo que no le hiciera, pero, lo cierto es que la detonación sonó como un cañonazo, y ellos se estremecieron. El tiempo se paró por varios segundos. Ambos se miraron desencajados. Pasado esos segundos iniciales de miedo, en el cual este se había meado encima, sus miradas se cruzaron de forma incrédula. Seguía vivo, no había ningún rastro de agujero en su cabeza.

Entonces comencé a reírme como un poseso, como si estuviera loco de atar.

-¿De verdad creíais que os iba a matar?

-Pregunté como enloquecido, disfrutando del momento.- ¡Joder! Solo era una bala de fogueo. Cómo vais a pensar que os iba a pegar un tiro, a mis queridos hermanastros. Ha sido una broma. solo era una broma...

El mayor se quedó temblando, estaba flácido, como si se le hubieran ido las fuerzas del cuerpo, Pero el menor me miró como enloquecido, como fuera de sí.

-¡Maldito malnacido!- Me dijo con toda la rabia que pudo, y se vino hacia mí con intención de golpearme. Pero yo estaba preparado. Esquivé su acometida, y de un puñetazo lo tumbé al suelo. Se levantó de nuevo, y de nuevo arremetió contra mí. Pero había tenido varios años

para aprender a luchar, y no me fue difícil volver a esquivarlo y volverlo a llevar al suelo con varios golpes certeros.

-No te recomiendo que continúes, esto podría ir a peor, te lo aseguro.

El otro no hizo nada, se limitó a mirarnos con ojos desencajados. Estaba paralizado del miedo.

-Supongo que estamos en paz. Al menos por mi parte. ¿Queréis que os lleve alguna parte? Esto está un poco alejado.

Este último, el que se había quedado paralizado, se dirigió entonces a su hermano y lo ayudó a levantarse.

-Vete a la mierda.- Respondió sin mirarme.- Ya nos las apañaremos. -Está bien. Espero que todo se quede aquí- Entonces me largué de allí. Fue la última vez que los vi.

Algún tiempo después de eso, vi a mi padre. Pensaba que se lo debía. No iba con ningún tipo de ánimo de revancha, como con mis hermanastros. Pero tal vez, él lo había pasado mal, y bueno, quería darle una pequeña explicación, o tal vez solo charlar con él para ver cómo estaba. En realidad hablé poco con él. Sentía una sensación contradictoria en mi cabeza, por el hecho de querer arreglar un poco las cosas pero a la vez estar un poco enfadado. Pero, sea como fuere, no quería entrar en ninguna disputa con él. En sus ojos vi que estaba realmente resentido conmigo. Probablemente por la manera en que me fui, por no haberme puesto en contacto con él más a menudo, pero también por lo que les hice a mis hermanastros. Me di cuenta que desde hacía algunos años, su única familia era su segunda mujer y sus hijastros. A mí ya me había dado por perdido. Aun así, no hubo palabras de rechazo ni de reproche. Tal vez lo hubiera preferido. Hubiera preferido que me dijera "¿Por qué lo hiciste?" o "¿Dónde te habías metido?" o cualquier otra cosa. No es que no quisiera hablar conmigo, o que me rechazara. Pero me resultó chocante que, después de tantos años, de tantas cosas que habían pasado entre nosotros, me saludara simplemente como si me hubiera ido de vacaciones y hubiera vuelto de nuevo. Iba dispuesto a decirle muchas cosas, pero no iba preparado para eso. Así que conversé con él por un buen rato, hasta que sentí que el silencio que se formaba entre las palabras se hacía incómodo, y, entonces me despedí. Lo único que le dije es que sentís algunas cosas de las cosas que había hecho. Y él me dijo que lo sabía, y que él también lo sentía. Me fui de allí, y también fue la última vez que lo vi. Seis meses después falleció. Aquella sensación de estar solo en el mundo, a pesar de que de entre mi padre yo no hubiera demasiada afinidad, me cogió por sorpresa. Me sentí extraño, desamparado. Y entonces me concentré en ascender en mi "carrera delictiva". Me hice intrépido, presuntuoso, temerario. Dejó de importarme todo lo que había a mi alrededor. A medida que fui "ascendiendo", mis pocos amigos me fueron abandonando. Nada era suficiente para mí. Siempre quería un pedazo más grande. No me importaba mucho lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Eso me hizo que me franqueara muchas enemistades. Pero no me importaba demasiado, porque creía que era demasiado listo, invulnerable. Hasta que un día me hicieron una encerrona, y me dieron una paliza tremenda. Era una especie de ajuste de cuentas, de venganza personal. Los tipos me dejaron tirado en el suelo, pensando que había muerto. Me destrozaron por completo. No sé quién me encontró, ni cómo llegué al hospital. Desperté un par de semanas más tarde, porque había estado en coma. Cuando desperté me encontré con dos sorpresas. La primera era que

tenía un alto grado de amnesia. La segunda era que la policía me tenía vigilado. Estuve cuatro meses más en el hospital, y después me ingresaron en prisión, más concretamente en la enfermería de la prisión, por varias causas judiciales. Estuve casi un año en la enfermería. Tenía un gran número de lesiones musculares y óseas, sin nombrar un pequeño derrame debido a varios golpes en la cabeza que, gracias a Dios, pudo ser eliminado. La amnesia me duró por bastante tiempo, y, además de hacerme olvidar cuál era mi pasado, me hizo olvidar quién era yo y cómo era. Tenía un gran vacío en mi cabeza, y en mi alma. No sabía nada de mí mismo, pero sí sabía que nadie había venido a preguntar por mí, ni a verme, de lo cual deduje que yo no había sido una buena persona. Eso me atormentó bastante. Para llenar ese vacío, comencé a leer. También conocí a un personaje muy singular llamado José Li, de origen chino. Realmente él fue el "culpable" de que yo comenzara a leer. Me encantaba hablar con él, porque él siempre tenía una visión diferente de las cosas. Además, a veces era enigmático en sus respuestas, y te hacía pensar, y te hablaba de una forma directa, como si, más que a ti, le hablara a alguien que había dentro de ti. Él me dio el "Tao Te Ching", y me puse a leerlo. Creo que eso supuso un antes y un después en mi vida. Me hizo enfocar las cosas desde otro prisma. Me ayudó a tener paciencia, a no tratar de forzar las cosas, en cuanto a la memoria perdida, a mí mismo, a mi vida. Fue como un principio. Mientras estuve en prisión, tuve muchas conversaciones con él, y me integré en sus cursos de taichi. Con él aprendí muchas cosas, además de Taichi practiqué Chi Kung y Kung Fu , y además medicina oriental. Como dije antes, me dio por leer. Estuve leyendo la Biblia, en especial los libros de Eclesiastés, y los evangelios. También leí a gente como Gandhi, Albert Einstein, Auguste Comte, Herbert Spencer, German Hesse, Federico García Lorca o Bruce Lee. Tres años y más tarde, salí de prisión, siendo otra persona diferente. Durante todo ese tiempo, fui recordando poco a poco mi vida anterior, quién era yo, y no me gustó demasiado. Así que decidí olvidar esa parte voluntariamente, y traté de caminar la senda del "no camino", siendo como era en ese momento, tratando de saborear mi existencia segundo a segundo, dejando que las cosas tomarán su propio curso, aislándome de todo lo que no me gustara, con una mente abierta, sencilla, y humilde. Y cuando salí al mundo exterior de nuevo, descubrí que este mundo no me gustaba. Después de eso, ya no quedaba nada de mi antiguo yo. Fue como nacer de nuevo. Y eso me hizo sentirme muy desorientado en el mundo. No sabía exactamente en qué lugar encajaba. El mundo no me gustaba, no me gusta en absoluto. Pero, en aquel momento no comprendía nada, y eso me hacía sentirme perdido. A mi alrededor, no veía sino luces que parecían contener la clave para la felicidad, pero no eran más que un señuelo. Todo era una ilusión vana y estúpida. La gente vivía inmersa en una mecánica repetitiva e insulsa. El ser humano se había convertido en un autómata que sólo sirve para consumir. La gente estaba tan enganchada de la tecnología, que había perdido la esencia de sí misma. La sociedad era una sociedad obsesionada con la búsqueda de placeres y comodidades. No importaba nada ni nadie, lo único importante era obtener cosas, cada vez más y mejores. La masa era tremendamente manipulable. Las grandes mega-corporaciones la amoldaban a sus intereses. Lo más importante era mejorar el estatus social, tener el último aparato que hubiera salido al mercado, dar una imagen de felicidad y éxito, aunque fuese falsa, ser adoctrinado por una sociedad tan vacía como materialista... Entonces decidí romper con todo. Me sentía demasiado mal conmigo mismo, y me sentía fuera de lugar en este mundo. Lo más importante, para mí, fue recuperarme a mí mismo, saber quién era, recordar mi pasado. Y me decidí que hasta que no lo hiciera, me aislaría del resto del mundo. Así estuve

por algo más de un año, hasta que me pillaron. Alguien pensó, algún alto funcionario, algún comité mental o social, que no debía estar muy bien de la cabeza cuando rechazaba seguir la corriente de la sociedad, sus objetivos de bienestar y consumismo, sus ideales tan avanzados y prácticos. Se vende la idea de que el bienestar y la tecnología nos hace libres, y que esto hace que vivamos en una sociedad libre, pero lo cierto es que nos someten a un control publicitario y a una vigilancia tecnológica que intenta eliminar la libertad individual, la singularidad de cada persona. Supongo que "ellos" no podían permitirlo, y siguen sin poder hacerlo, que un "don nadie" como yo fuera la excepción de la regla. Soy un elemento divergente y diferenciador que no pueden permitir.

-¡Espera! ¡Espera!- Cortó Carmen.- ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

-Pues... "ellos..." No sé exactamente quiénes son "ellos". Nadie lo sabe. Supongo que los que mandan, los que manejan los hilos entre las sombras... Está claro que un grupo reducido e indeterminado de personas, maneja los asuntos para actuar de acuerdo a sus intereses. Tienen el poder, y los mecanismos suficientes para manipular a las masas en un sentido u otro. Pues, bueno, como iba diciendo, me encerraron en un sitio como este por dos años. Conocí a gente como vosotros, que me contó sus historias, las cuales guardo para mí y de las cuales he aprendido mucho. Allí trataron de reprogramarme, por decirlo así. Y allí aprendí a ser paciente, y aprendí que la verdadera libertad no está fuera de uno, sino dentro de uno. Me di cuenta de que cuanto más me impacientara, y más tratará de evadir o salir de esa situación, más prisionero me sentía, y más sometido a ellos me sentía. Así que aprendí de ese proverbio chino que dice "el junco no lucha contra la tormenta, y por eso sobrevive a ella." El caso es que después de seis meses me di cuenta de que no tenía sentido luchar contra esa situación, que lo mejor era adaptarme a ella. Y eso fue lo que hice. Hasta que se cansaron de mí, o pensaron que me habían "curado", que me habían "rehabilitado". Entonces me sacaron de allí, me colocaron en un pequeño habitáculo, me dieron un puesto de trabajo repetitivo y absurdo, que me permitía ganar un poco de dinero, para mantenerme ocupado y satisfecho. Y desempeñé ese papel durante un año. Logré que se olvidaran de mí, al menos relativamente, mientras hacía lo que ellos suponían que yo debía hacer, aunque a escondidas, y con mucho cuidado, seguí leyendo, y seguí soñando, y seguir cuidando mi cuerpo, y también mi espíritu. Un día, cuando vi el momento oportuno, cogí una mochila y desaparecí. Me fui a caminar por todas partes, a viajar, a conocer, a experimentar. Así estuve por cinco años, hasta que me volvieron a pillar. Y me encerraron aquí, cómo a vosotros...

Para mí este es un día más de tantos días. No es ni mejor ni peor que cuando estaba por ahí, caminando.

-¿Quieres decir que te encuentras tan bien aquí como en la calle? No lo entiendo...- Confesó Carmen.- Yo estoy aquí porque realmente estoy enferma, ahora me di cuenta de eso. Quizá cuando me ocurrió todo eso que me trajo hasta aquí, no era capaz de ver lo mal que estaba. Si no hubiera estado así de mal tal vez me hubiera dado cuenta. Pero era imposible. No pude hacerlo. Pero tú... Podrías no estar aquí. Realmente no estás enfermo. Solo creo que le has echado un pulso al sistema, pero no creo que puedas ganar. Todo eso de ser rebelde, y ser diferente, está muy bien, pero hasta cierto punto...

-Todos actuamos según nuestra propia naturaleza. ¿Acaso puede un cocodrilo comportarse como un león, o un león como una serpiente? Somos lo que somos, y nos comportamos como lo que somos. No podemos elegir lo que somos, simplemente lo somos. Igual que tú no podías evitar actuar de esa forma, yo tampoco pude evitar actuar de esta. - Contesté.

-¿Quieres decir que lo que somos, lo que hacemos, lo que decimos, está escrito, predestinado en alguna parte, y no podemos hacer otra cosa?- La que ahora hablo fue María.

-No, no es eso lo que quiero decir. Somos como barcos en el agua, que, aparentemente, pueden navegar hacia donde quieran. Y, cuando navegan, dejan unas estelas que pronto desaparecen. Pero, al navegar, hay circunstancias que condicionan la navegación, aunque uno quizás no se dé cuenta de ello, pero no quiere decir que no existan, solo que uno no está consciente de ello. Las mareas pueden condicionar tu navegación, las corrientes, la luna, el tiempo, la profundidad...

-Pero, entonces, eso suena contradictorio.- Opinó Iván, algo confuso.

-Sí, suena contradictorio, pero no lo es. Solo nos lo parece. A la gente hay muchas cosas que le parecen opuestas, o, tal vez contradictorias, pero no lo son, solo son complementarias. El día y la noche, el frío y el calor, la agresividad y la mansedumbre, la compañía y la soledad...

-Todo eso suena muy poético, muy bucólico, pero yo solo quiero curarme, y salir de aquí.- Protestó Ángel.

-Te "curarás" cuando seas capaz de aceptar tus propios defectos, tus propias carencias. Lo harás cuando seas valiente para aceptar tus debilidades. Ellos no te curarán hablando, ni sus drogas tampoco lo harán.

-¿Es cuestión entonces de ser valiente o ser cobarde?- Preguntó Carmen con mueca de fastidio.- No soy una persona valiente, eso lo sé.

-Dentro de todos hay un valiente y hay un cobarde.- Comentó Iván.

-Así es. - Corroboré.- Esa es otra de las cosas que parecen opuesta, pero no lo son. La valentía es la certeza que uno tiene de su propia fortaleza, y la cobardía es la certeza que uno tiene su propia debilidad.

-Puede que sea cierto.-Dijo Lucía.- Todos vivimos en nuestro propio universo. Encerrados en él, continuamente.

-¿De qué depende que uno esté cuerdo o no lo esté? ¿Porque lo dice un comité médico?

¿Porque lo pone en un papel? ¿Porque se encuentra en un documento?- Divagó Ángel.

-Yo, lo único que sé, es que mi médico tiene que certificar que yo estoy sana para poder salir de aquí. Probablemente se reunirá con el Comité de Control o como se llame, y tendrán que firmar un certificado de salud mental. Sí, y entonces podré salir.- Comentó Carmen con cierta resignación.

-Lo harás.- Le dije yo, poniendo mi mano sobre su muñeca.- Saldrás, no te preocupes, lo harás. Todos saldréis.- Dije dirigiéndome a todos.-Todo en la vida es un aprendizaje. Primero aprendemos a caer. Después aprendemos a caminar. Y al final aprendemos a aprender. Nunca hemos dejado de aprender, porque nunca hemos dejado de ser novatos. Aunque hay gente que nunca aprende. Y hay gente que cree que nunca cae, y hay gente que nunca se levanta. Y hay gente que nunca aprenderá, al menos a conocerse. Nunca aprenderá a contentarse, nunca aprenderá a crecer interiormente, nunca aprenderá a estar agradecido. Aprenderá otras cosas. A trepar, a no darse por satisfecha, a seguir el ritmo de los demás, a no importarle ni su conciencia ni sus sentimientos, a ser una pieza más del engranaje...

-Y, ¿para qué sirve todo eso? ¿Para no ser nadie? ¿Para acabar aquí, fracasado, acabado? Eso, ahí afuera, es una jungla, y tienes que comer o serás comido.- Argumentó Iván.

-Sí, es cierto es una jungla. Pero no lo es el hecho de que te creas que eres un depredador. Eso es lo que quieres que pienses. Quieren que pienses que no lo tienes todo, qué necesitas algo más. Quieren que pienses que tienes que ir a cazar al animal más débil. Tienes que acabar con él, para sobrevivir. Quieren que pienses que es él, o tú. Quieres que tengas miedo de los que te rodean, que te sientas solo. El miedo, la confusión, la desesperación, son el mejor caldo de cultivo para la manipulación. Y recuerda que el cazador puede convertirse también en presa.

-A veces me acuerdo de cuando era niña... - rememoró Carmen con una mueca de melancolía en su rostro,- cuando jugaba con mi hermana a las muñecas, cuando me peleaba con ella, cuando mi padre nos traía churros calientes, cuando íbamos a la nieve, y nos tiramos y lo pasamos de miedo...- Y es como si fuera otra persona, como si no fuera yo. Tuve una infancia feliz. No sé en qué momento se torció todo. A medida que fui creciendo, es como si me hubiera ido perdiendo a mí misma. Así llegué hasta los cuarenta, y lo único que hacía era ver telebasura y poco más.

-Tener un objetivo, tener una meta te ayudará. Os ayudará a todos. Antes de dar un primer paso, tienes que saber hacia dónde te vas a dirigir. De lo contrario, nunca darás ese primer paso.- Les dije a todos.

-Cuando salga de aquí, voy a leer más. Voy a leer sobre cosas interesantes. Cosas que me alejan de mi realidad. Cosas que me fascinen. Historias que me conmuevan.-Comentó de nuevo Carmen, con una extraña luz en sus ojos.- Montaré un pequeño negocio que me permita ganarme la vida y tener tiempo para mí. Y voy a implicarme más en ayudar a otros. Tal vez fundando alguna asociación de ayuda, o participando con alguna ONG, o con agrupaciones de ayuda, no sé...

No le dije nada a Carmen, pero la miré con satisfacción, y ella me correspondió con otra mirada de complicidad.

-Pues yo...- Habló Iván,- creo que trataré de montar mi propia empresa. No sé exactamente de qué. Algo que me permita trabajar cuando quiera, sin tener que atarme a un horario¡ demasiado estricto ni nada de eso. Tal vez en un taxi, o arreglando cosas a domicilio, pero, sea lo que sea, cerca del mar, lejos de la ciudad. En un lugar donde brille el sol y el mar sea infinito y transparente. Un lugar donde todo el mundo se conozca, y todos sean buena gente, y por las

noches te vayas a tomar un par de cervezas al bar con los amigos. Y en rni tiempo libre, saldré a pescar, o haré algo de submarinismo, y hablaré con todo el mundo por radio... Ese tipo de chorradas...

-¡Mmmm! Trato de imaginármelo y... eso del mar, una cerveza, y el sol, me gusta...-Le dije tratando de imaginarme ese cuadro. ¿Y tú, María?

-No sé, nunca lo había pensado...- María se quedó por un instante pensativa.- Siempre he deseado ir a París. Visitar el Louvre, caminar por las calles de Montmartre, ir a Notre Dame, subir a la Torre Eiffel, o navegar por la noche por el río Sena... Aunque siempre lo había deseado hacer con alguien, alguien que fuera especial. Por lo demás... Me gustaría dedicarme a algo que estimule mi creatividad. Aunque no sé bien qué. Hacer algo que me guste, que me permita vivir sin demasiadas estrecheces, y poder ir a menudo al teatro y el cine...

-Vamos, ¿y tú qué, Lucía?- Inquirió Iván.

-¿Yo? No sé... creo que es lo primero que haría al salir de aquí, sería buscar un sitio donde esté tranquila, dónde me pueda aislar un poco del mundo... No me gusta mucho la gente... Probablemente, cuando salga de aquí, ellos me habrán quitado mi "otro mundo"... No lo sé. Me gustaría escribir historias, historias sobre ese mundo, sobre otros mundos. Escribir y leer. Poder viajar a esos otros mundos fascinantes. Evadirme un poco de esta realidad que tan absurda y vacía me parece... Tal vez cree una web para viajeros de otros mundos, para compartir experiencias, para conocernos, para hablar de cosas. Convertirme en una especie de Úrsula K. Le Guin... Que no solo escribió sobre mundos diversos, sino que también utilizó sus libros para denunciar actitudes que la sociedad promueve. Supongo que también me gustaría visitar sitios, pero no en plan turista. Ir al Tíbet, y a África, y a las islas Galápagos, a las islas de la Polinesia...

-Tengo que confesar que eso suena muy bien...- le dije, tratando de imaginármelo.- ¿Y, qué hay de ti, Ángel?

-¿Qué haré, o que me gustaría hacer?

-Qué te gustaría hacer por supuesto. Lo que hagas, después, depende de ti.

-Bueno, me gustaría hacer cosas que me ayudarán a canalizar la agresividad que siento dentro de mí en ocasiones. Algo que me ayude a racionalizar esas crisis, gestionar esa rabia que en ocasiones golpea mi cabeza. Tal vez me pondría en clases de kung fu shaolin y de Taichi. Eso creo que me ayudaría. También me gustaría prepararme para participar en algún triatlón. Algo que me ayudará a tener una alta estima de mí mismo. Y, a la vez, algo que me ayude a liberar adrenalina. Escalar montañas, o ir a lss colonias exteriores... Por supuesto me gusta pintar. Me gustaría dedicarme a depurar mi técnica, a crecer, a mejorar. Poder hacer exposiciones, y dedicarme un poco a eso. Montar una banda de rock. Algo alternativo a la pintura. Cosas que me ayuden a expresar, a liberar eso que siento a veces. Sentir que estoy vivo. Que siento la vida dentro de mí. Que la vida explota a través de mí. No sé... Algo de eso. Todos asintieron con la cabeza, y se quedaron unos segundos callados. Después de eso dirigieron sus miradas hacia Javier.

-Supongo que me toca a mí, ¿no?

-Has estado muy callado todo el tiempo.- Le dije.- ¿Hay algo que te preocupe?

-No, no es eso. Solo os estoy escuchando hablar. Y la verdad, es que me gustaría tener el optimismo que tenéis vosotros. Me gustaría pensar que cuando salga, hare esto o haré lo otro. Creo que os estáis engañando a vosotros mismos. Y creo que tú no estás haciéndole ningún favor a ellos.- Se dirigió directamente a mí.- Sé que quieres darles esperanza, con todo ese rollo tuyo de trascendencia y positivismo, o lo que sea. Pero solo los estás engañando. No eres ningún sabio, ningún elegido, ningún Mesías... Solo eres otro enfermo más, como lo somos nosotros, como el resto de enfermos que están aquí. Te crees que estás por encima la sociedad, que has encontrado la luz interior o el sentido de la vida o algo así. Pero solo eres otro enfermo más...

-¿Es así como te ves, como un enfermo?

-Es lo que soy, ¿no?

-No soy médico. No puedo diagnosticarte. Solo quiero saber qué te gustaría hacer al salir de aquí. Que sea o no lo que vayas a hacer, depende, en parte, de ti.

-No sé cuándo voy a salir. Lo más probable es que tarde algún tiempo todavía. Y, probablemente, lo que haré, será estar muy deprimido y sentirme solo. O tal vez intenté crear un nuevo imperio y me de bruces contra el muro. Como ya me ocurrió. Probablemente volveré a fracasar.

-Sí, probablemente vas a fracasar, porque seguirás tratando de darte lástima a ti mismo y a los demás. Fracasarás, porque te sigues viendo como un fracasado. Y porque quieres seguir dando lástima los demás, sobre todo a ti mismo. No has aprendido nada de lo que te ha ocurrido. Ese es el mayor fracaso de todos. Pero olvídate por un momento de eso. Olvídate de lo que tú crees que ocurrirá, olvídate de cómo te sientes, olvídate de dar lástima a los demás, y a ti mismo. Y, ahora, dime qué es lo que te gustaría hacer.

-Lo que me gustaría hacer... Me gustaría... poder darle marcha atrás al tiempo y cambiar tantas cosas... No haberlo perdido todo por mi estupidez... No haber perdido a mi hijo, ni haber perdido a mi mujer, ni a mi hija. Pero eso es imposible ¿no?- Varias lágrimas cayeron de los ojos de Javier. Acto seguido se las enjugó.- Es lo único que pido. Lo demás no me importa demasiado.- Javier pausó unos instantes, como para reflexionar sobre algo que le desgarraba el alma.

-Me gustaría saber por qué. Sí, por qué, por qué el que redacta nuestras vidas nos ha hecho unos desgraciados. En vez de hacer que mi hijo y mi mujer murieran, que mi hija me odiara, que perdiera todo lo que tenía, que fuera un fracasado que intentó quitarse la vida... ¿Por qué me hizo todo eso?- Javier protesta insatisfecho, con mucha rabia.- ¡Sí, tú, maldita sea! ¿No podías haber dejado mi familia en paz? ¿No podías haber dejado que mi mujer y mi hijo vivieran al menos? ¿No te podías haber olvidado de nosotros?- Javier pausa un momento, sintiéndose ridículo. Mira hacia arriba, como buscando una respuesta.

-Pero, ¿qué estás diciendo?- Pregunta sorprendido Ángel.

-Él, el que está escribiendo nuestra historia en este mismo momento. Tal vez no ahora mismo, pero la ha escrito.

-¿Te refieres a... Dios?- Pregunta algo sorprendida María.

-¿Dios? No, no me refiero a Dios. Él no es Dios.- Responde Javier claramente ofuscado.-

Probablemente será un tipo lleno de frustraciones...

-Pero ¿de qué hablas?- Vuelve a interrogarle María.

-¡Tú! !Sí, tú! El que está detrás de la cortina de humo. Sé que nos estás escuchando, nos estás viendo, nos estás observando.

-¿Te... te refieres... a mí?- Pregunto yo entre sorprendido y asustado.

-Sí, sí, a ti. ¿Dónde estás?- Javier me contesta visiblemente sorprendido, y los demás se quedan entre paralizados y estupefactos.- ¡Te oigo pero no te veo! ¿Vosotros lo oís? ¿Lo oís?- Javier está excitado. Aún no sabe si es realidad o producto de su mente.

-No puedes verme. Digamos que estoy en otro... plano de la realidad, por decirlo así.

-Te oigo pero... dentro de mi cabeza... ¿Lo oyes no?- Le pregunta a Iván.- ¿ Y tú también, no?- Esta vez se dirige a Lucía.- ¿Lo oís, no?

Los demás asienten pero son incapaces de hablar.

-Dime... Dime entonces por qué... Por qué nos has hecho unos fracasados, unos pobres desgraciados... ¿Qué te hemos hecho?

-Solo... Solo sois unos personajes...- Digo todavía perplejo.- Tienes que entenderlo.

-¿Entender qué?

-Pues... Entender que no estoy escribiendo ningún cuento de hadas. No estoy escribiendo una de esas historias en las que todo acaba bien. Estoy escribiendo sobre gente real, sobre cosas reales. La mayoría de la gente busca un sueño, pero en el transcurso de su vida se pierde. Lo que encuentra no es ese sueño, lo que encuentra son dificultades. Y, en muchos casos, cosas terribles. Y los que no tienen sueños es peor. Esos se hunden en su propia desilusión, se auto mutilan emocionalmente. Tú eres el ejemplo de lo que le pasa a las personas. Todos ustedes lo sois. Puede que alguien que esté leyendo esta historia se vea reflejado en alguno de ustedes.

-Esos argumentos no me valen. Es muy fácil decirlo desde ahí. Pero prueba a ponerte en mi lado. Te aseguro de que la cosa cambiaría. Lo único que has hecho es contar nuestras miserias. ¿Acaso te crees que eres mejor que nosotros?

-No es eso, te lo aseguro.- Le confesé a Javier.- No me siento mejor que vosotros. También tengo mis problemas, mis paranoias, mis fantasmas, mis miedos. Además, en vosotros hay cosas mías, y en mí hay cosas vuestras.

-Sí, como todo el mundo, pero seguro que tú no estás en ningún psiquiátrico, recluido, bajo tratamiento, ni lo has perdido todo.

-Yo solo he contado tu historia. Pero, ¿qué podría contar si no? ¿Acaso eras altruista, eras bondadoso, eras sacrificado, eras humilde? Si hubieras sido así hubiera contado ese tipo de cosas sobre ti. Pero sabes bien que no lo eras. Eras egoísta. Solo pensabas en ti, y en hacer un imperio poderoso a tu alrededor. Solo dedicabas tiempo a construirte tu propio castillo, no lo dedicabas a tus hijos, ni a tu mujer, ni a otras cosas...

Javier se queda callado, con un nudo en la garganta. Y rompe a llorar.

- Lo siento. Siento haberte hablado así. No pretendo hurgar en tus heridas.

-No, sí tienes razón. Sé que era un asqueroso egoísta. En realidad, no me daba cuenta de ello. Pensé que lo hacía por ellos mismos, pero en realidad era por mí. Era un deseo irrefrenable de escalar, de poseerlo todo, de sentirme en la cúspide, en la cima. Eso a costa de mi familia, de mis hijos, de mi mujer.

-Eres como esa parte de mí. La parte de mí que no tiene nunca suficiente. Esa parte que a veces me hace no darme cuenta de lo que realmente importa...

-Pero, ¿escribes de nosotros lo que escribes porque somos así, o somos así por lo que escribes de nosotros?

-En realidad sois como mi válvula de escape.-Confieso algo apesadumbrado.- Es algo que va en dos direcciones. Supongo que soy responsable de todo lo que os ha pasado, en parte, y vosotros también lo sois, en parte, claro. Sois mis instrumentos. Ódiame si quieres, pero es lo que hay. A mí me ocurre igual. En mi vida personal. Y me preguntó con frecuencia por qué. Por qué me ocurren algunas cosas, por qué me comporto de una determinada forma. Supongo que en parte es culpa mía, pero también es culpa, en parte, de las circunstancias, del azar, de lo que me rodea, no sé. Si te sirve de consuelo, te diré que soy un desastre, y también me han pasado cosas terribles, cosas que me cuesta superar. Por ejemplo, también he perdido cosas importantes como tú. O me he aferrado a ideas que después he pensado que eran equivocadas, y he echado muchas cosas por la borda por esas ideas. Y también me he sentido preso de algunas debilidades, que me han costado mucho superar. O me he creado mi propio universo, más allá de la realidad que me rodeaba, para salir un poco de esta, para protegerme de cosas que me hacían daño...

-Entiendo...- confesó Javier.

-Bueno, me siento un poco ridículo contándote todas estas cosas. Creo que debemos volver a la narración.

-¡Espera! ¡Espera! ¿Eso es todo? ¿Y ahora qué?

-Me ha gustado hablar contigo. Ha sido una experiencia tan perturbadora como increíble.-Le dije con toda la sinceridad de la que era posible.

-A mí... también... pero...

Javier salió del trance mientras un celador lo llamaba. Se había quedado como atrapado en sus propios pensamientos.

-¡Javier! ¡Eh, Javier! Corre al teléfono. Tienes una llamada. Vamos.

-¿Al teléfono? Sí, sí, claro.- Javier salió disparado hacia el teléfono. En los treinta segundos que tardó, se preguntó infinidad de cosas.

-¿Sí?- Dijo entre asustado y sorprendido.

-Hola papá... Soy... Soy yo...

Javier no dice nada. Durante un par de segundos su corazón estalla de alegría, y llora sin poder articular palabra. La emoción le embarga. Su hija le vuelve a hablar y él encuentra las fuerzas para responderle, y ambos hablan por un buen rato.

El tiempo no se detiene. La vida sigue su curso. Las heridas no se cierran tan fácilmente. Todos ellos tienen diversas heridas emocionales, carencias, que poco a poco aprenderán a gestionar. En un mundo tan turbulento, saber hacia dónde se pone el timón puede salvarte del naufragio...